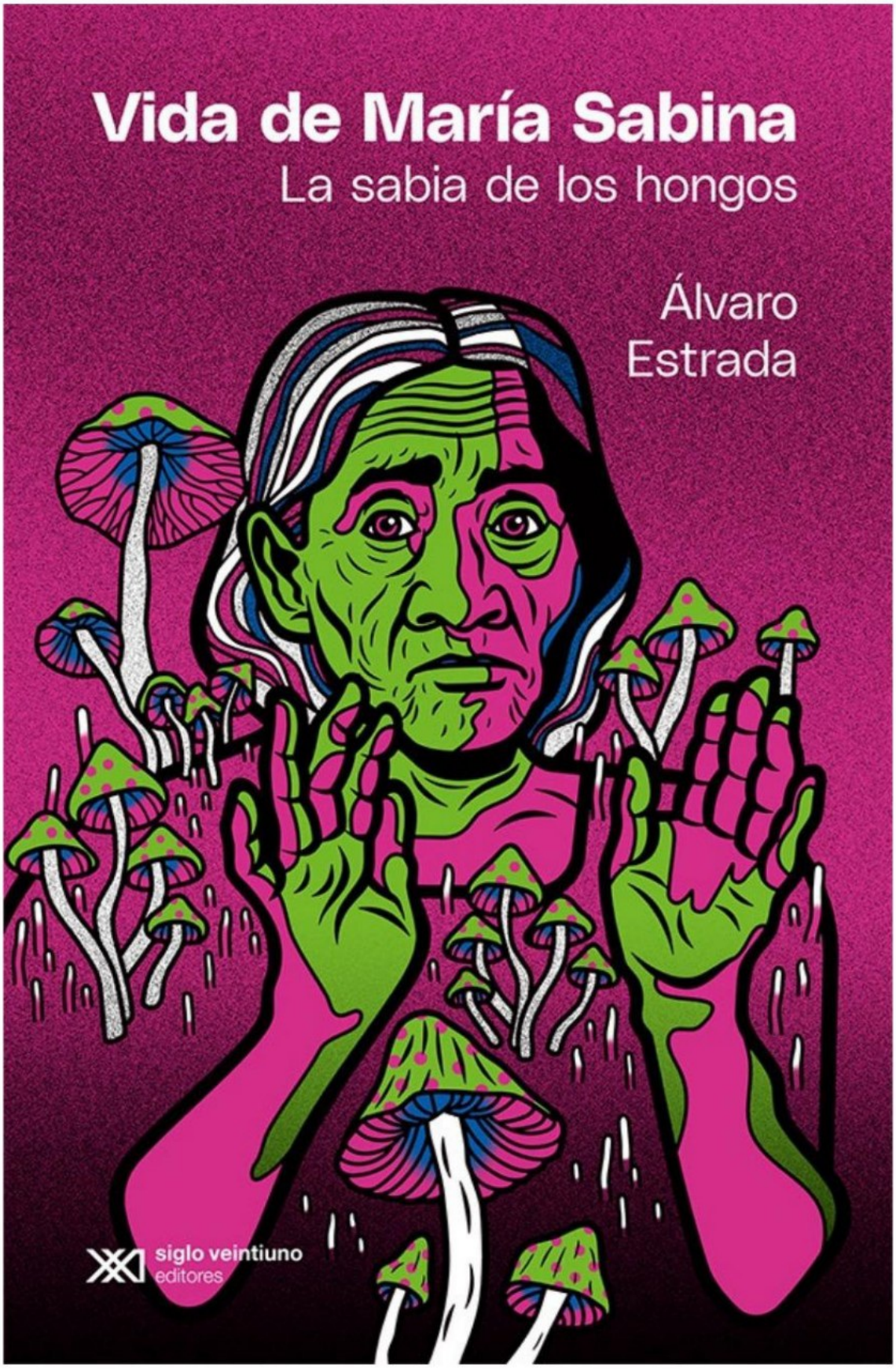
Vida de María Sabina

La sabia de los hongos

Álvaro Estrada



siglo veintiuno editores

Table of Contents

Cover Page

Portada

Título

Derechos de autor

Índice

De la alucinación a la visión enteogénica

Breve correspondencia entre Álvaro Estrada y Albert Hofmann

Presentación

Introducción

Vida de María Sabina

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX
XXI
Epílogo
Cantos chamánicos de María Sabina
Cantos chamánicos de Román Estrada

vidas para leerlas

Vida de María Sabina

La sabia de los hongos

Álvaro Estrada

Con la traducción de cantos chamánicos mazatecos cantados por María Sabina

siglo veintiuno editores

archipiélago
siglo veintiuno

argentina
siglo xxi editores
www.sigloxxieditores.com.ar
capital intelectual
www.editorialcapitalintelectual.com.ar
guatemala 4824, c1425bup, buenos aires

méxico
siglo xxi editores
www.sigloxxieditores.com.mx
cerro del agua 248, romero de terreros, 04310, ciudad de méxico

españa
clave intelectual
www.claveintelectual.com
calle recaredo 3 - 28002, madrid

Estrada, Álvaro

Vida de María Sabina. La sabia de los hongos / Álvaro Estrada ; trad. de cantos chamánicos mazatecos, cantados por María Sabina. – 3a. ed. - México : Siglo XXI Editores, 2022

206 p. ; 13.5 x 21 cm – (Colec. Vidas para leerlas) ISBN: 978-607-03-1238-0

1. Chamanismo 2. Mazateco – Ritos y ceremonias 3. Hongos – México – Oaxaca I. García, María Sabina Magdalena, tr. II. Ser. III. t.

LC F1221.M34 E88v Dewey 398.3 E791v

primera edición, 1977

segunda edición, 1989

tercera edición, 2022

© siglo xxi editores, s. a. de c. v.

ilustración de cubierta: dr. Alderete
isbn 978-607-03-1238-0
isbn-e 978-607-03-1239-7

Índice

De la alucinación a la visión enteogénica

Breve correspondencia entre Álvaro Estrada y Albert Hofmann

Presentación

Introducción

Vida de María Sabina

I

II

III

IV

V

VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
Epílogo
Cantos chamánicos de María Sabina
Cantos chamánicos de Román Estrada



Figura 1. María Sabina, “la sabia de los hongos”. Fotografía de Adalberto Arroyo.

A mis padres,

Evaristo G. Estrada y Maximina Pineda,

quienes me han demostrado

que la fe es la fuerza más poderosa

del ser humano

De la alucinación a la visión enteogénica Hace casi medio siglo se publicó Vida de María Sabina. La sabia de los hongos y casi setenta años que Gordon Wasson descubrió, para el mundo moderno occidental, los rituales de adivinación y sanación con hongos sagrados, celebrados durante veladas en el ámbito doméstico en la sierra Mazateca. La estrecha y cálida amistad que Álvaro Estrada mantuvo con ambos hizo posible la aparición de este libro, un texto imprescindible para conocer el trabajo chamánico, la ritualidad y la cosmovisión mazateca.

Álvaro conoció a María Sabina en una circunstancia difícil. Ya se habían publicado el reportaje de Wasson en Life y Life en Español, y el libro de Fernando Benítez Los hongos alucinantes, de modo que su fama había comenzado a despegar cuando fue injustamente acusada de vender marihuana a los jóvenes visitantes que llegaban a Huautla. Álvaro estudiaba ingeniería en el Politécnico de la Ciudad de México y la visitaba con cierta frecuencia en su casa después de que su hermana los había presentado. En una de esas visitas, María Sabina le mostró, preocupada, un requerimiento del Ministerio Público de Teotitlán que daba crédito a la difamación de la venta de marihuana a los hippies. Entonces

Álvaro le propuso esconderla en la Ciudad de México y ella aceptó el ofrecimiento. Durante ese mes se fue gestando entre ellos una sólida confianza y amistad de la que derivó el libro que el lector tiene en sus manos. El título era originalmente "Confesiones de María Sabina", pero tanto al editor de entonces, Arnaldo Orfila, como a Octavio Paz les pareció sensacionalista y Paz sugirió cambiarlo por el título que lleva actualmente.

Debieron ocurrir largas series de acontecimientos, ajenos y distantes tanto geográfica como culturalmente, en las vidas de María Sabina y Gordon Wasson, para que el destino, bajo el rostro de la casualidad, los colocara frente a frente.

Por un lado, un banquero neoyorquino —tan apasionado desde hacía treinta años en el estudio de los hongos y su relación con las culturas— que fue el creador, con su esposa Valentina Pavlovna, de la etnomicología; por otro lado, una chamana mazateca, poseedora de un profundo conocimiento curativo y adivinatorio proporcionado tanto por una ancestral tradición comunitaria, como por una larga experiencia personal en el consumo ritual de hongos sagrados.

La noche del 29 al 30 de junio de 1955 en que Wasson ingirió los hongos ofrecidos por María Sabina se tendió un puente cognitivo entre dos culturas, un puente ante el cual la sociedad moderna se ha mostrado, en muchos sentidos, incomprensiva. Quizás el mejor ejemplo de esta incomprensión sea continuar utilizando el término alucinación para referirse a las imágenes mentales que aparecen durante la velada.

Una alucinación, dice la neurofisiología moderna, es una percepción que surge en ausencia de ninguna realidad externa, es decir, "ver o escuchar cosas que no están presentes" (Oliver Saks). Con toda legitimidad, la psiquiatría puede calificar como alucinación las percepciones de este tipo en pacientes que individualmente han tenido estas experiencias. El verbo alucinar —dicen Gordon Wasson y Albert Hofmann— impone de inmediato un juicio de valor sobre las percepciones alteradas, pues significa "ofuscar, seducir o engañar haciendo que se tome una cosa por otra". Alucinar viene del latín (h)al(l)ucinari, que significa divagar mentalmente o hablar sin sentido, y en esa lengua es sinónimo de verbos que significan estar loco o delirar. Alucinar remite a equivocación, engaño, desvío de la razón, que a su vez deriva de un término griego que significa "no ser dueño de sí".

Sin embargo, este concepto se ha utilizado, indebidamente, para calificar las visiones que se tienen durante un trance chamánico. Digo indebidamente porque significa postular, desde la razón occidental, una idea de la realidad que las sociedades tradicionales no comparten. Si una alucinación consiste en "ver o escuchar cosas que no están presentes", debemos considerar cuidadosamente lo que significa "estar presente" en una sociedad tradicional, donde la presencia no se limita a la ocupación de un espacio por un cuerpo material, sino que también comprende la sutil presencia —imperceptible a los sentidos en estados ordinarios de conciencia— de seres espirituales que revelan su existencia en las imágenes mentales. Justamente la función de María Sabina, como la de tantos chamanes, consiste en ser intermediarios entre ese mundo espiritual que coexiste en todo tiempo y lugar con el mundo material. Entonces, en la ritualidad chamánica que emplea sustancias psicoactivas, la percepción se convalida a sí misma y no requiere estar sustentada en algo "objetivo", puesto que la visión misma que se revela es una realidad primordial e irreductible de carácter sagrado.

El objetivo del chamanismo al alcanzar el estado de éxtasis radica en establecer una comunicación con las imágenes mentales, pues es así como cumple su verdadero fin —que estriba, fundamentalmente, en interpretarlas y actuar de

forma ritual— incidiendo en la vida del individuo y su comunidad, cuya memoria e imaginario colectivos reconocen esas imágenes mentales como seres espirituales que interactúan con el mundo material. Por esta razón, para poder expresar debidamente estas resonancias culturales, Carl A. P. Ruck, Albert Hofmann y Gordon Wasson propusieron el

neologismo enteógeno, que significa

“dios dentro de nosotros” o “generar lo sagrado dentro de sí”, para sustituir el término equívoco de alucinógeno. Fue en 1980 que el nuevo concepto se dio a conocer y ha ido ganando terreno en el lenguaje de la antropología y la etnomicología, socializándose también más allá de estas disciplinas. En esta nueva edición, Siglo XXI Editores ha respetado la terminología anterior a la propuesta de Ruck, Hofmann y Wasson, pero es importante tener en consideración el concepto de enteógeno, pues, lejos de ser un sinónimo, apunta en una dirección radicalmente distinta a la de alucinógeno.

En una ocasión María Sabina le comentó a Álvaro Estrada: “El día que por primera vez hice una velada ante los extranjeros, no pensé que algo malo fuera a suceder… Pero ¿qué resultó?: pues que ha venido mucha gente a buscar a Dios… desde el momento en que llegaron los extranjeros a buscar a Dios, los niños santos perdieron su pureza. Perdieron su fuerza, los descompusieron. De ahora en adelante ya no servirán. No tiene remedio.” El señalamiento que lo responsabiliza conmovió profundamente a Wasson, quien comentó lacónicamente: “me temo que dice la verdad, ejemplificando su sabiduría. Una práctica realizada en secreto durante siglos ha sido sacada a la luz, y la luz anuncia el final.”

¿A qué se refería María Sabina cuando hablaba de la pérdida de pureza de los hongos? Ella recuerda que cuando era niña los hongos que crecían alrededor de su casa no se usaban en las ceremonias porque ya habían caído sobre ellos las miradas humanas que les restaban fuerza y los volvían impuros: “Había que ir a lugares lejanos a buscarlos —decía— donde la vista humana no los alcanzara.

La persona indicada para recogerlos debía guardar cuatro días de abstinencia sexual y en ese lapso tenía prohibido asistir a velorios para evitar el aire contaminado de los difuntos. El aire que rodea a los muertos es impuro. Lo descompuesto es impuro.”

La “impureza” de los hongos que lamentaba María Sabina se debe a las infracciones rituales que se han cometido tanto en su colecta como en su consumo. “No faltaron paisanos mazatecos —decía ella— que con el fin de obtener algunos centavos vendieron los niños santos a los jóvenes. Los jóvenes

han sido los más irrespetuosos, ellos toman niños a cualquier hora y en cualquier lugar. No lo hacen durante la noche ni bajo las indicaciones de los sabios y tampoco los utilizan para curarse la enfermedad.”

Desde luego que la “pérdida de fuerza” de los hongos no se refiere a la merma de sus propiedades bioquímicas en sí mismas, y los mazatecos que los emplean adecuadamente continúan resolviendo problemas adivinatorios y de salud, sino más bien se refiere a que, a partir del momento en que se utilizan fuera del contexto terapéutico mazateco, con el propósito de obtener un beneficio económico, se inicia una degradación del ritual y una pérdida de su “fuerza mística” y su “poder diagnóstico”, es decir, un debilitamiento, una descomposición de sus efectos. Por esta razón Álvaro Estrada nos recuerda, citando a Gonzalo Aguirre Beltrán, que no es el hongo propiamente el que cura, sino la divinidad o el poder mágico que contiene.

Julio Glockner

Breve correspondencia entre Álvaro Estrada y Albert Hofmann México, D. F., 26 de mayo de 1995

Muy admirado y estimado Dr. Hofmann:

En alguna ocasión, en 1977, nuestro extrañado amigo Gordon Wasson y yo comimos en un restaurante de Boloña, Italia, unos sabrosos hongos llamados porcini alla griglia (cochinitos a la parrilla). Entonces yo asistía —becado— a un curso de ingeniería mecánica en ese país.

Hablamos de usted y pedí al amigo Wasson enviarle mis saludos.

Me da gusto saber que cumplirá 90 años en enero próximo.

He terminado un nuevo texto, al que he titulado Huautla en tiempo de hippies, donde recuerdo la llegada de muchos jóvenes extranjeros a mi pueblo, atraídos por los honguitos divinos, a raíz de los artículos del doctor Wasson en Life.

Pero tengo algunas dudas que deseo me ayude a aclarar, desde luego si esto es posible de su parte:

1. A mediados de los sesenta usted dijo a la prensa que el Pentágono le había pedido la forma de producir una gran cantidad de pastillas LSD. ¿Es cierto esto y con qué fin?

2. ¿Qué quiere decir "25" en la nomenclatura del LSD?

3. ¿Recuerda usted cuál fue la dosis de LSD que recibió Aldous Huxley antes de morir?

4. ¿En qué año descubrió el LSD y en qué año fue usted a Huautla?

5. ¿Proviene el LSD de una sustancia fungitiva del cornezuelo del centeno?

Disculpe esta gran molestia. Deseo estar seguro de lo que he escrito en mi actual texto, aparte de que será un honor para mí recibir su respuesta.

Un fuerte abrazo.

Álvaro Estrada

Junio 5, 1995

Estimado ingeniero Estrada:

Un amigo mío me entregó tu fax del 26 mayo de 1995. Me dio mucho gusto tener noticias tuyas.

Tus observaciones me hicieron recordar el tiempo pasado, aventuras en México y queridos viejos amigos.

Las respuestas a tus preguntas son las siguientes: 1. Personas del Pentágono hicieron contacto conmigo en los sesenta. Pero no estaban interesadas en la producción de gran cantidad de LSD, sino sólo en los métodos para producir LSD.

2. El número "25" quiere decir que el LSD fue el vigésimo quinto componente que sinteticé en la serie de amidas de ácido lisérgico.

3. Laura Huxley, cumpliendo la voluntad de su esposo, le inyectó 0.1 miligramos

—100 mmg (microgramos)— de LSD.

4. Sinteticé por vez primera LSD en 1938, y en 1943 descubrí, por propia experimentación, sus efectos psíquicos.

5. La materia básica de la cual se extrae el ácido lisérgico para producir LSD se prepara del cornezuelo del centeno.

Estarás interesado en conocer mi libro LSD: Mein Sorgenkind [LSD: Mi niño problema], que ha sido publicado en español como LSD: Cómo descubrí el ácido y qué pasó después en el mundo, Barcelona, Gedisa, 1980.

Estuve en Huautla con Gordon Wasson en 1962.

Será un gran placer encontrarme personalmente contigo, en algún tiempo, en algún lugar.

Con mis mejores deseos para ti.

Cordialmente,

Albert Hofmann



Figura 2. R. Gordon Wasson en una velada con María Sabina. Fotografía de Allan Richardson.

Presentación

La noche del 29 al 30 de junio de 1955, cuando asistí por primera vez a una

"velada" cantada por María Sabina en Huautla de Jiménez y a invitación suya ingerí por primera vez los hongos divinos, quedé pasmado. Fue en el piso bajo de la casa de Cayetano García y su esposa Guadalupe. La sencilla hospitalidad de nuestros huéspedes, de sus hijos y parientes, todos vestidos con sus mejores ropas, el canto de María Sabina y de su hija María Apolonia, el arte percutivo de María Sabina y su danza en las tinieblas, en combinación con los mundos distantes que yo veía con claridad de visión nunca alcanzada por los ojos a pleno día —tendido mi cuerpo en el petate y respondiendo a mi tacto como si perteneciera a otro—: todos estos efectos, compartidos por mi fotógrafo Allan Richardson, nos sacudieron hasta el meollo de nuestro ser. Mis indagaciones etnomicológicas me habían llevado lejos, pero jamás esperé una experiencia extraterrena como aquélla.

He aquí un oficio religioso, me dije entonces y por meses después, que tiene que ser presentado al mundo de una manera digna, sin sensacionalismos, sin abaratarlo ni volverlo burdo, sino con sobriedad y veracidad.

Sólo mi esposa Valentina Pavlovna y yo podíamos hacerle justicia, en el libro que estábamos escribiendo y en revistas serias. Pero en vista de las simas de vulgaridad del periodismo de nuestro tiempo, era inevitable que cundieran por el mundo entero toda suerte de narraciones envilecidas. Lo previmos todo, y así fue, hasta el punto de que los "federales" tuvieron que emprender una limpia a fondo en algunos pueblos indios de las tierras altas mesoamericanas a finales de la década pasada, para deportar a una turba de

balas perdidas que andaban por allí haciendo de las suyas.

Mi esposa y yo llevamos adelante nuestro programa, y después yo solo, luego que ella murió a finales de 1958. Nuestro libro, Mushrooms, Russia and history (Nueva York, Pantheon Books, 1957, 2 vols.) apareció en mayo de 1957, a un precio abrumador, se agotó en seguida y nunca fue reimpreso. Publicamos artículos en Life y Life en español, en This Week y en varias revistas especializadas.

Necesitábamos con urgencia ayuda micológica, y de inmediato nos dirigimos al profesor Roger Heim, en aquel entonces director del Laboratoire de Cryptogamie del Muséum National d'Histoire Naturelle de París. Apreció en el acto el alcance de nuestro descubrimiento. Se entregó en cuerpo y alma a nuestros planes de trabajo de campo, viajó varias veces a México y nos acompañó en pueblos remotos de las montañas del sur de México. Roger Cailleux, su capaz asistente, consiguió por fortuna cultivar en el laboratorio varias especies de los hongos divinos, la mayoría nuevas para la ciencia. El profesor Heim se los entregó al doctor Albert Hofmann, de Basilea, descubridor del LSD, para el análisis químico. Él y sus colegas, los doctores Arthur Brack y Hans Kobel, lograron aislar los principios activos, a los cuales llamaron psilocibina y psilocina. El doctor Aurelio Cerletti inició las investigaciones farmacológicas, y el profesor Jean Delay, de París, los estudios psiquiátricos sobre la psilocibina y la psilocina. Fue así como Valentina Pavlovna y yo tuvimos la suerte de reunir un equipo de primera que cooperase en nuestra labor, y en 1958 el Muséum publicó un gran volumen espléndidamente ilustrado: Les champignons hallucinogènes du Mexique, en cuya portada figuramos Roger Heim y yo, mientras que los demás contribuyeron con sus respectivos capítulos.

Nos asombró el interés despertado por nuestras actividades, no sólo en la prensa (incluyendo libros cómicos y tiras cómicas) sino entre los micólogos, uno de los cuales nos hizo la merced de realizar un viaje relámpago de una semana a México, donde no había estado nunca, entrevistar a nuestros mismísimos informadores, estar pendiente angustiosamente de la aparición de las publicaciones de Roger Heim, y apresurarse a verse impreso con el fin de ganar una espuria prioridad.

En 1958 grabamos en cinta una velada completa, impresionante, de María Sabina, y un equipo nuestro trabajó sobre las cintas hasta 1974, cuando por fin publicamos nuestro María Sabina Sings her Mazatec Mushroom Velada. Los Cowan —Jorge y Florencia— redujeron las cintas a un texto en mazateco, escrito en los caracteres que los lingüistas entienden; tradujeron el texto al español y al inglés, y fue publicado en tres columnas paralelas; Jorge agregó un capítulo acerca del lenguaje mazateco; la notación musical de la velada entera fue preparada bajo la supervisión de Willard Rhodes, etnomusicólogo de renombre, quien añadió un capítulo sobre música; contribuimos todos a las notas, y yo escribí también el prólogo y un índice analítico; el conjunto iba ilustrado con mapas y fotografías de la misma velada tomadas por Allan Richardson. Harcourt Brace Jovanovich mostraron su amplitud de miras y su

empeño en la publicación, acompañada de la música en casetes y discos. La impresión se debió a los incomparables Mardersteig de Verona.

Tuve la impresión de que había alcanzado por fin la meta que nos propusimos en 1955 —tratar como era debido la velada de María Sabina—, salvo en un punto esencial. A María Sabina y a nosotros nos sobraba buena voluntad mutua, pero para nosotros ella estaba detrás de una barrera lingüística impenetrable, insuperable. Su persona caía fuera de nuestro alcance. No tuve otro remedio que resignarme a este vacío en nuestra presentación al mundo de aquel soberbio exponente de la antigua religión, por ignorar cómo salir adelante.

¡Imagínese, pues, mi sorpresa y mi alegría al conocer en México en 1975 a Álvaro Estrada, de Huautla, de lengua natal mazateca, y al enterarme de que ya estaba recogiendo de labios

de María Sabina el relato de su propia vida! Aquí, en el libro del señor Estrada, esta "sabia" octogenaria, ágrafa,[1] nos cuenta cómo ha sido su vida, de sus antepasados y de su dura infancia, de sus dos esposos que partieron, de cómo conoció los hongos y se le revelaron en un acontecimiento tan dramático como el de Saulo en el camino de Damasco, de cómo nosotros, los Wasson, entramos en su vida, y de todo lo que siguió hasta ahora, cuando al fin su peregrinar en este mundo se acerca a su término. El relato que María Sabina ha hecho al señor Estrada y que éste ha traducido para nosotros es (lo cual no es poca cosa) exacto, por lo que se me alcanza, en el sentido en que puede considerarse exacta la memoria de cualquier persona ágrafa. María Sabina pertenece a la prehistoria, a la protohistoria, casi sin fuentes documentales para verificar su memoria sin ayuda. Lo que dice, hasta donde estoy en condiciones de juzgar, es exacto en lo esencial, pero todo está un poco desgastado por los bordes —es ligeramente inexacto—. Teniendo en cuenta su avanzada edad y el hecho de ser ágrafa, me parece un logro notable por cierto. Lo que es más: de estas páginas se desprende algo inapreciable para todos nosotros, el retrato de una persona que tuvo una genuina vocación religiosa y la llevó adelante hasta el fin de sus días. ¿Quién sabe? Acaso María Sabina no esté mal situada para volverse la más famosa entre los mexicanos de su tiempo. Mucho después de que los personajes del México contemporáneo se hundan en el abismo olvidado del pasado muerto, quizá su nombre y lo que representó persistan grabados en la mente de los hombres. Lo merece de sobra. Probablemente no es única, salvo en que, entre los chamanes de primera categoría de México, ha permitido hacerse conocida más allá de los confines de su séquito personal en tierra mazateca.

Quisiera que los pintores y los escultores eminentes de México la buscaran y nos dieran su retrato, y que los compositores tomasen nota de sus cantos

tradicionales. El drama de su estancia en este mundo necesitaba ser asentado en letra impresa. Al menos esto último lo ha hecho admirablemente nuestro amigo Estrada.

En la historia de su vida, María Sabina no tiene una palabra que decir acerca de la fuente de sus versos, de sus cantos. Para nosotros los del mundo moderno, preguntas así se imponen. Para ella no existen. Cuando se le pregunta al respecto, su respuesta es sencilla: las cositas (honguitos sagrados) le dicen qué decir, cómo cantar.

El abuelo y el bisabuelo de María Sabina fueron notables chamanes, también su tía y tío abuelos. Recientemente, repasando mi colección de transparencias tomadas durante las muchas veladas a las que he asistido, me llamó la atención la omnipresencia de niños de toda edad, rodeándola con reverencia y adoración.

Se van a dormir, se duermen con sus cantos resonando en los oídos. María Apolonia canta su parte en la velada de 1958 con un niño en el rebozo, estrechado contra el cuerpo de su madre: a más de oírla, la criatura, desde el principio, siente a su madre cantar. No hay duda acerca de dónde aprendió la sabia sus cantos, sin esfuerzo. Desde la infancia, sus melodías y versos son la trama y la urdimbre de su ser.

En 1955, después de asistir a dos veladas (mis primeras dos) con María Sabina, mi programa me condujo a la sierra costera, a San Agustín Loxicha, al sur de Miahuatlán, en compañía del ingeniero Roberto Weitlaner. Allí pasamos algunos días con Aristeo Matías, sabio de primera categoría, y el martes 21 de julio asistimos a una velada que presidió. Cantaba quedo, pero me pareció inconfundible que los cantos eran los mismos de María Sabina. Cantaba en zapoteco, lingüísticamente ajeno al mazateco, tan lejos de éste como dos lenguajes pueden estarlo, pero ambas culturas son del área mesoamericana.

Registré en mi diario lo que me pareció una semejanza musical y divulgué esta impresión mía en Mushrooms, Russia and history.

Pero esto no es todo. En 1967 el licenciado Alfredo López Austin, distinguido nahuatlato, publicó en Historia mexicana (vol. XVII, núm. 1, julio-septiembre) sus "Términos del

nahuallatolli", donde presentó a sus lectores una lista de los términos reunidos por Hernando Ruiz de Alarcón en 1629 en su Tratado de las supersticiones de los naturales de esta Nueva España. Cuál no sería mi sorpresa

al descubrir en este Tratado, que se ocupa de la cultural náhuatl, notables correspondencias con las veladas de María Sabina, según el texto de la velada que di a la luz en 1974. He aquí algunos de los paralelismos: 1] Tanto María Sabina como el sabio náhuatl hacen una detenida autopresentación (por usar la palabra de López Austin), que en el caso de María Sabina comienza con profesiones de humildad y asciende a asertos de poder y aun de capacidad de hablar con seres sobrenaturales casi en términos de igualdad.

2] Ruiz de Alarcón señala que el sabio náhuatl insiste en el amoxtli, "libro", como procedimiento para llegar al conocimiento secreto que usa. María Sabina emplea la palabra española "libro", para el cual no hay hoy palabra en mazateco.

Cuenta mucho en su mundo místico. Los amoxtli de Ruiz de Alarcón son los códices pintados a mano de los nahuas, que eran vistos con inmensa reverencia en el momento de la conquista. Como ha señalado Henry Munn, la Biblia y otros libros litúrgicos de la iglesia parroquial de Huautla han reemplazado a los códices de otro tiempo como foco de adoración, pero en la mente de María Sabina se ha generado un "libro" místico que le pertenece específicamente y que puede proceder de los amoxtli anteriores a la conquista.

3] Por partida doble se refiere María Sabina con admiración a un Joven, vigoroso, atlético, viril, una especie de Apolo mesoamericano, pero llamándolo Jesucristo (¡asombrosa confluencia de ideas!). Su colega náhuatl, más de tres siglos antes, introducía una divinidad parecida en su cantar, pero nos enteramos de que esta divinidad era Piltzintecuhtli, el Nobilísimo Infante, quien, como el doctor Alfonso Caso nos informa en su ensayo "Representaciones de hongos en los códices" (Estudios de cultura náhuatl, vol. IV), está recibiendo de manos de Quetzalcóatl el don de los divinos hongos en el Códice vindobonense, especialmente importante para nosotros por dar el origen mítico de los hongos milagrosos. En la conciencia de María Sabina, y probablemente de otros sabios florecientes hoy, hay una síntesis completa de las religiones cristiana y anteriores a la conquista.

Si en las palabras de María Sabina descubrimos rasgos que Ruiz de Alarcón

recogió en los textos nahuas de su tiempo, hace más de tres siglos, rasgos que para entonces ya deben de haber sido translingüísticos en Mesoamérica, los cantos que nuestras cintas nos ofrecen en mazateco y que también escuchamos[2]

en el zapoteco de San Agustín Loxicha deben de haber sido tradicionales ya entonces, legado de tiempos muy anteriores a la conquista. ¿Cuán anteriores?

Para este cálculo tenemos tres points de repère para triangular hacia el pasado remoto, dos contemporáneos de nosotros pero distantes en el espacio —San Agustín Loxicha y Huautla —, el tercero distante de ellos en el espacio y el tiempo —la cultura náhuatl de principios del XVII. Debemos tener presente qué despacio, al ritmo de un caracol, evolucionaron las culturas en la proto y la prehistoria, antes de ser perfeccionado el arte de la escritura. Debemos recordar cuán antiguo debe ser el culto de los hongos adivinatorios en Mesoamérica: la habilidad de los indios como hierberos no era novedad cuando Cortés cayó sobre ellos. Conocían empíricamente las propiedades de todas las plantas que había a su alcance, con una precisión que nos pone en vergüenza. El hombre antiguo dependía de tal conocimiento para sobrevivir. Por lo que toca a Siberia, donde entre las tribus más remotas las veladas con hongos sobrevivieron hasta nuestros días, hay dos parecidos notables en puntos específicos del culto de los hongos: 1]

en ambos casos el hongo "habla" por boca del sabio, que sólo sirve de vehículo para la voz del hongo; 2] los hongos son visualizados como pequeños seres, varones, hembras o de

unos y otros, del tamaño de hongos, “duendes”,

“payasos”, dados a toda suerte de tretas gratas y traviesas —tricksters, en el vocabulario de los antropólogos—. De fijo el culto mesoamericano se remonta en parentesco genético directo a Siberia, a la migración a través del estrecho de Bering o por el puente terrestre de la última época glacial.

María Sabina siempre ha estado en buenos términos con la Iglesia. Si bien ella no sabe su propia edad, gracias a la diligencia del señor Estrada nos enteramos de que, según los registros parroquiales de Huautla, nació el 17 de marzo de 1894 y fue bautizada como María Sabina ocho días después.[3] Parece ser que, hasta donde se recuerda hoy por hoy, no ha habido conflicto entre la Iglesia y las prácticas habituales de los curanderos nativos. El padre Alfonso Aragón, que se encargó cerca de veinte años de la parroquia hasta 1960, y que dio un vigoroso impulso a la Iglesia en Huautla, mantuvo siempre cierto contacto con los sabios de su parroquia. En una entrevista con Estrada, el padre Antonio Reyes le dijo en 1970, hablando de su parroquia de Huautla:

La Iglesia no está en contra de estos ritos paganos, si así puede llamárseles… No hay mucho de eso, la propia María Sabina es miembro de la Asociación del Apostolado de la Oración y viene a misa el primer viernes de cada mes… Es una persona humilde, por lo que me consta, y a nadie le hace daño… Los sabios y curanderos no hacen competencia con nuestra religión, ni siquiera los hechiceros. Todos ellos son muy religiosos y vienen a misa. Ellos no hacen labor de proselitismo, por lo tanto, no son considerados herejes y es remoto que se les lance anatemas, ¡huy!, ni en el pensamiento.

¡Cuánto hemos progresado desde los días de Motolinía y el Santo Oficio de la inquisición de principios del siglo XVII!

Hay interesantes vislumbres en el libro que Álvaro Estrada nos ha dado. Tómese por ejemplo el capítulo XV. Relata en detalle cómo María Sabina y un tal Apolonio Terán, hace unos treinta años, se ocuparon en la organización de la hermandad del Sagrado Corazón de Jesús, por un lado, y de la primera mayordomía, por otro. Eran sabios ambos, y cada uno estaba al tanto de la vocación del otro. Pero ella destaca que mientras trabajaban juntos no hablaban de sus “sabidurías”, ni aun entre ellos. Sólo hablaban de cosas de las hermandades y las mayordomías. “Los sabios no deben andar propalando lo que son, porque es asunto delicado.” Aquí tenemos en sus propias palabras, pues, el obstáculo que hace más de veinte años tuve que vencer cuando yo, un forastero rubio, un extraño, irrumpí en aquel círculo secreto. Aunque ella dice que obedece a la Iglesia y a las autoridades municipales, y afirma que cuando acogió de manera favorable mi solicitud, sencillamente satisfizo los deseos del síndico municipal Cayetano García, yo no dejo de dudar. Añade que hasta me habría concedido una velada sin el patrocinio de las autoridades. De no ser por Cayetano, yo nunca la hubiera conocido, y, de haberla encontrado por rara casualidad, ¿de veras me habría hecho una velada? Esto, sin duda, es discutible.

“Es cierto —dice— que antes de Wasson nadie hablaba con tanta soltura acerca de los niños. Ninguna persona de nuestra gente revelaba lo que sabía de este asunto… Los niños son la sangre de Cristo. Cuando hablamos de las veladas, lo hacemos en voz baja, y para no pronunciar el nombre que tienen (ndi-xi-tjo)[4] los llamamos cositas o santitos. Así los llamaban nuestros antepasados” (cap. XVI).

Es extraordinario el relato de su vida que nos hace María Sabina, con el señor Estrada como mayeuta. En 1971 Irmgard Weitlaner Johnson y yo volvimos a visitar Huautla. Teníamos noticia de lo ocurrido desde mi última visita en 1962 y temíamos que el tumulto del gran mundo hubiese cambiado radicalmente a María Sabina. Quedamos atónitos al ver que, contra lo que esperábamos, María Sabina seguía igual. Esto lo confirma de sobra el libro que ahora presentamos al público. No se vanagloria. El gobernador de Oaxaca le ha regalado dos colchones para la primera cama que ha tenido en su vida. Ha visitado a los

“seres principales” de las ciudades de Oaxaca y de México, y a su vez los grandes del mundo la han ido a buscar a su humilde choza, alta en el paso de Huautla a San Miguel. La ha visitado un obispo, no hay la menor razón de dudarlo. Quería probar los hongos, pero no era temporada de hongos. Le pidió que enseñase su sabiduría a la generación menor de sus descendientes, y su réplica de ágrafa fue memorable:

Le dije que se puede heredar el color de la piel o de los ojos, incluso la manera de llorar o de sonreír, pero con la sabiduría no puede hacerse lo mismo. […] La sabiduría se trae consigo de nacimiento. Mi sabiduría no puede enseñarse; es por eso que digo que mi Lenguaje nadie me lo enseñó, porque es el Lenguaje que los niños santos dicen al entrar a mi cuerpo. Quien no nace para ser sabio, no puede alcanzar el Lenguaje aunque haga muchas veladas (p. 123).

Ni una vez me reprocha María Sabina haber dado a conocer al mundo los hongos y los dones de ella como ministrante. Pero no sin angustia leo sus palabras: Antes de Wasson, yo sentía que los niños santos me elevaban. Ya no lo siento así

[…]. Si Cayetano no hubiera traído a los extranjeros, los niños santos conservarían su poder […]. Desde el momento en que llegaron los extranjeros…

los niños santos perdieron su pureza. Perdieron su fuerza, los descompusieron.

De ahora en adelante ya no servirán. No tiene remedio (pp. 133–136).

Estas palabras me estremecen: yo, Gordon Wasson, soy hecho responsable del

fin de una práctica religiosa en Mesoamérica que se remonta a milenios atrás.

“[Los honguitos] ya no servirán. No tiene remedio.” Me temo que dice la verdad, ejemplificando su sabiduría. Una práctica realizada en secreto durante siglos ha sido sacada a la luz, y la luz anuncia el final.

Cuando mi primera velada con María Sabina en 1955, tuve que optar: ocultar mi experiencia o decidirme a presentarla dignamente al mundo. No dudé un momento. Los hongos sagrados y el sentimiento religioso concentrado en ellos por las sierras del México meridional tenían que ser dados a conocer al mundo, y como era debido, sin importar lo que me costara. De no hacerlo así, la “consulta al hongo” duraría unos años más, pero su extinción era y es inevitable. El mundo sabría vagamente que había existido tal cosa, pero no la importancia de su papel.

Por otro lado, dignamente presentada, perduraría su prestigio y el de María Sabina. Álvaro Estrada ha puesto el capítulo final a mi esfuerzo concentrado, y se lo agradezco, así como a María Sabina su cooperación.

R. Gordon Wasson

Danbury, Connecticut, 1 de diciembre de 1976

1El lector debe advertir que María Sabina es ágrafa, no analfabeta. Los poetas que compusieron la Ilíada y la Odisea, los himnos védicos y el canto de Débora eran todos ágrafos. El mundo entero lo era por entonces y regiones inmensas siguen siéndolo. María Sabina nunca encontró la palabra escrita en la sociedad en que creció. “Analfabeto”, con su matiz denigrante, quedaría mejor para quienes, en un mundo invadido por la escritura, no se han propuesto aprender a leer y escribir.

2Estoy convencido de que los cantos eran musicalmente idénticos, pero como no los grabé y en consecuencia no puedo probarlo, señalo que tal grabación está por hacer.

3Su madre siempre la llamó “Bí”, y “Sabí” su primer marido, confirmando así el nombre que

consta en el registro de la parroquia y echando por tierra la leyenda

de que adoptó el nombre de “Sabina” cuando llegó a “sabia”.

4Este nombre en mazateco es evidentemente, a su vez, un eufemismo en lugar de una palabra anterior, perdida hoy.

La reseña del uso místico de las más importantes drogas de la materia médica del curandero colonial, es una tarea apasionante que, tarde o temprano será, sin duda, realizada…

Gonzalo Aguirre Beltrán[1]



Figura 3. María Sabina conversa con Álvaro Estrada.

1Medicina y magia: El “zu” de la medicina, México, Instituto Nacional Indigenista, 1963.

Introducción

Seguramente que no sólo el oro y las riquezas naturales del Anáhuac, ni sólo la cultura y el arte mesoamericanos causaron grande asombro a los religiosos y conquistadores españoles llegados a esta tierra en el siglo XVI; sino también la medicina aborigen (compuesta por una “maravillosa colección” de vegetales y plantas alucinógenas) fue motivo de atención, estudio —y condena— por parte de los escritores, botánicos y médicos de Occidente en la época colonial de México.

Las represiones del Tribunal del Santo Oficio en un principio, para quienes acudían a la ingestión del ololiuhqui, del péyotl o del teonanácatl (semillas, cactus y hongos respectivamente, alucinógenos todos) y más tarde las condenas desde el púlpito que se prolongaron por siglos, hicieron que los médicos indígenas llevaran a un plano privado —digamos secreto— el rito y la adoración a las plantas mágicas.

En nuestros días, estas prácticas “demoniacas” de los indios han ido desapareciendo conforme al avance de la cultura occidental en México. Un fenómeno parecido ha ido extinguiendo costumbres similares en otros pueblos asiáticos y americanos. Pero es en Huautla —población situada en la sierra mazateca de Oaxaca— donde los investigadores

han encontrado una mina en este tipo de prácticas nativas en las que el hongo —al que los investigadores han agregado el adjetivo de alucinógeno—, es parte medular de la religión indígena en la que, se dice, el antiguo teonanácatl —Carne de los Dioses en la época prehispánica— tiene poder para curar todas las enfermedades, pero también proporciona la fuerza mística que crea el lenguaje elevado, esotérico, del chamán.[1]

En las horas de trance, el sabio (nombre que los mazatecos dan al chamán)

¡habla!, invocando a las deidades tribales así como a las cristianas. Sincretismo ineludible de nuestro tiempo.

¿Alguien escribió ya sobre las plantas alucinógenas y su uso?: "Las referencias que encontramos en México —nos decía el etnomicólogo Robert Gordon Wasson—[2] acerca del uso particular del teonanácatl por los indígenas mexicanos

son valiosas aunque incompletas. Sahagún, Motolinía, Diego Durán, el padre De la Serna, el bachiller Ruiz de Alarcón, Tezozomoc y el botánico y médico de Felipe II, don Francisco Hernández, escribieron sobre el asunto. Sin duda que los informantes de los cronistas no dijeron todo lo que sabían acerca de las varias plantas alucinógenas que conocían y daban uso porque lo impedía el principio de no revelar a ningún extraño a la comunidad los secretos religiosos. Y es que ahora se sabe que la ingestión de tales plantas en el pasado, siempre estuvo ligada a la religión. Toda religión tiene secretos; la misma religión cristiana habla de misterios."

El doctor Gonzalo Aguirre Beltrán escribe en su tomo sobre Medicina y magia, que "La falsa visión que ostentan tratadistas tan insignes como [Hernando Ruiz de] Alarcón, [Jacinto de la] Serna y [Pedro] Ponce al tocar este aspecto fundamental de la medicina indígena es fácil de explicar en individuos cuyos principios religiosos les impiden ver otra cosa que no sea la obra del demonio —

el indefenso y calumniado demonio— en la mística aborigen".

En conclusión, encontramos que ni los indígenas revelaron todo lo que sabían ni los cronistas pudieron despojarse de sus prejuicios para dejar un testimonio imparcial y objetivo del culto que los antiguos mexicanos guardaron hacia la Carne de los Dioses.

Los motivos que dieron impulso a nuestra decisión de escribir la Vida de María Sabina fueron: 1] La intención de dejar un testimonio del pensamiento y de la vida de la sabia mazateca a quien periodistas y escritores de varios países no han sabido apreciar a fondo. 2] Que sea un documento útil para etnólogos, etnomicólogos, costumbristas y otros especialistas. 3] Que el público en general tenga una idea más precisa acerca de las costumbres nativas y que la juventud trate con mayor respeto los elementos de la religión indígena.

Tampoco descartamos la posibilidad de que este trabajo sea un estímulo para que los jóvenes escritores —sobre todo indígenas— se acerquen a esas costumbres nativas para rescatarlas de su ya próxima y definitiva extinción.

El presente manuscrito es el resultado de una serie de entrevistas que efectuamos periódicamente en el curso de los meses siguientes a septiembre de 1975 y que culminaron en agosto de 1976, alternando el trabajo técnico profesional que nos

obliga a residir temporalmente en la Ciudad de México con las visitas a Huautla para charlar con María Sabina. La nuestra no ha sido labor fácil pese a que, quien esto escribe, es natural de Huautla y habla la lengua nativa de los mazatecos.

Para facilidad de lectura, hemos omitido las preguntas del cuestionario que presentamos a María Sabina aunque conservamos las cintas magnetofónicas en las que se han grabado las

palabras de la sabia mazateca.

En la redacción final del texto, así como en todo momento, hemos estado conscientes de la responsabilidad de escribir la biografía de una persona que debido a motivos circunstanciales de no saber escribir ni leer y ni siquiera hablar el castellano, nunca podrá saber con exactitud si lo que se ha escrito de ella es o no correcto.

No puedo pasar por alto la ayuda que en una forma u otra me fue proporcionada por familiares y amigos, así como el trabajo mecanográfico de Rosa Ma.

González Estrada. Tampoco debo olvidar el auxilio desinteresado de los señores Robert Gordon Wasson y Henry Munn, personas que han dedicado parte de su vida a encontrar, por medio de la acuciosa investigación, una mayor comprensión a ese homo-religiosus que en el tiempo pasado usó el hongo divino.

A todos ellos, mi agradecimiento infinito.

Álvaro Estrada

México, D.F., 4 de septiembre de 1976

1Chamán (por algunos también llamado Shaman), vocablo de origen siberiano que identifica al Hombre-Dios-Medicina. Véase Mircea Eliade, El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

2Entrevista realizada en la Ciudad de México, junio de 1975.

I

No sé en qué año nací, pero mi madre María Concepción me dijo que fue en la mañana del día en que se celebra a la Virgen Magdalena, allá en Río Santiago, agencia del municipio de Huautla. Ninguno de mis antepasados conoció su edad.[1]

Mi madre nació y se crió en un lugar cercano a Huautla, camino a San Andrés Hidalgo. Mi padre, Crisanto Feliciano, nació y se crió en Río Santiago. Cuando se juntaron —no se casaron— ella tendría unos catorce años y él veinte. Tres años tenía mi madre de vivir con su hombre cuando yo nací. Pronto fui bautizada. Mis padrinos de bautizo se llamaron Juan Manuel y María Sebastiana, familia campesina que sentía mucho afecto por mi padre. Mi madre parió a María Ana, mi hermana, después de que yo cumplí dos años de edad. Fuimos las dos únicas que nacimos. No conocí bien a mi padre, pues murió cuando yo tenía tres años. Sé que fue muy trabajador; sembraba maíz y frijol en terrenos que había logrado comprar con su trabajo. Vendía sus cosechas en el mercado de Huautla o en los pueblos aledaños. Nuestra vivienda en Río Santiago era una chocita con paredes de lodo entreveradas de carrizo y con techo de haces de hojas de caña. Mi madre hacía las tortillas y ponía en el fuego la olla de frijoles que luego servía a cada uno. A la hora de comer, tomábamos agua con pinole endulzado con piloncillo, se tomaba caliente. Entonces no había café, pocas personas lo cosechaban. Nos acostábamos antes de que anocheciera. Mi padre salía a labrar la tierra desde muy temprano, poco después de que el primer gallo cantara. Dormíamos en el suelo, sobre petates y con la ropa puesta. Así dormíamos todos.



Parroquia

San Juan Evangelista

El día 25 de Marzo de 18 94
Fué bautizad[a] en esta Parroquia un[a] niñ[a] a quien se
le puso por nombre María Sabina

Nació el día 17 de Marzo de 18 94
en Huautla de Jiménez, Oax. hija Legítima
del Sr. Laureano Feliciano
y de la Sra María Concepción

Padrinos: el Sr. Patricio José
y la Sr[a] María Rosalia

El Párroco, El Bautizante,
P. Arturo García P. Pablo Manzano.

NOTAS MARGINALES:

L=5
F=12
P=68

Es copia fiel tomada de su original, expedida el día 25 de Agosto de 19 76

Lea Ud. las advertencias de la vuelta.

Figura 4. Copia del registro de bautismo de María Sabina expedida por la Parroquia de San Juan Evangelista en 1976.

Al nacer mi hermana María Ana, mi padre ya estaba enfermo. Su enfermedad no tenía remedio porque el origen de su mal no era asunto de este mundo, sino que era castigo del poderoso Señor de los Truenos, quien cuida y da fertilidad a las siembras. Y es que mi padre, aún siendo soltero, había tocado la ira de este Señor grande y poderoso. La historia es la siguiente: En una madrugada, el joven Crisanto Feliciano se dirigió a su campo de labrantío para hacer la limpieza; era necesario quitar la hojarasca y el herbazal que había sobre el terreno. Llevaba su azadón y su machete. Como todos los hombres de su tiempo, usaba calzón y camisa de algodón puro. En los días de fiesta se ponía un cotón[2] que le llegaba arriba de las rodillas y que amarraba con un ceñidor de seda a la cintura.

Dos días trabajó Crisanto Feliciano en su terreno para juntar la hojarasca y el herbazal y toda la basura que estorbaba para la buena siembra, luego formó con todo aquello un montículo en lugar cercano a un sembradío vecino y ajeno. Al final prendió fuego al montículo. Las varas, las hojas secas y la hierba ardieron fácilmente. Era de tarde y el final del día se acercaba. El viento soplaba fuerte, los días habían estado muy calurosos y la resequedad se sentía. Pero las llamas del montículo se avivaron y el viento jugó con ellas hasta acercarlas al terreno contiguo; tanto así, que alcanzaron a quemar algunas matas de milpa. Al ver aquello, Crisanto se apresuró a sofocar las llamas que ardían en la milpa ajena.

No fue mucho lo que se quemó, pero Crisanto sabía que el haber hecho daño al sembradío, aunque el daño fuera poco, podía causarle la muerte. Sabía que todas las siembras estaban protegidas por el Señor de los Truenos: si alguien robaba mazorcas, moría. Si un burro se comía una milpa, también moría. A un terreno así protegido, ni las ratas, ni las tuzas, ni los pájaros le hacen daño. Un sembradío protegido por el Señor de los Truenos crece bonito y abundante.

Crisanto estaba condenado a morir, había quemado una milpa sagrada. Unas matas, sí, pero era suficiente para recibir la maldición del Señor de los Truenos.

La gente que deliberada o imprudentemente daña una siembra sagrada sufre de ganglios que le brotan en el pecho y en el cuello. Los ganglios revientan cuando

han madurado y se convierten en granos purulentos y repugnantes. Entonces la gente se muere. El daño que se hace a una siembra sagrada no puede ser pagado con nada; ni

reponiendo las matas destruidas, ni pagando el perjuicio en dinero al propietario.

Crisanto sabía que estaba perdido, pero tenía una esperanza. Su abuelo y su padre eran hombres sabios:[3] usaban niños santos[4] para hablar con los Señores dueños de los cerros. Los sabios pueden hablar con los seres que son dueños de todas las cosas del mundo. Y ellos podían hablar con el Señor de los Truenos.

Podían pedirle que perdonara a Crisanto, quien por imprudencia había quemado matas de milpa protegida.

Así lo pensó Crisanto y eso le dio esperanza para vivir. En tanto, no quiso alarmar a sus familiares. Prefirió por el momento callar su pena. "Más tarde se los diré…", se dijo a sí mismo.

Pasaron los meses y el joven Crisanto Feliciano siguió ocultando su pena.

Pero en cierta ocasión, su padre Pedro Feliciano se desveló para tomar a los niños santos. Allí, durante la noche, el sabio vio que su hijo pronto moriría a causa de los granos. Al siguiente día, entrada la mañana, le dijo: —Crisanto, hijo mío, he tenido una visión terrible. Te he visto convertido en guajolote. El pequeño que brota me ha revelado que estás condenado a morir. También sé el motivo, el mismo pequeño que brota me lo ha dicho…

De esa manera, Crisanto se vio obligado a decir a su padre el asunto de la milpa quemada.

Su padre lo consoló diciéndole: —Pelearemos contra la fuerza del Señor de los Truenos. Nos desvelaremos con pequeño que brota. Pediremos a los Señores que seas perdonado—. Más tarde, el sabio Pedro Feliciano acompañado de su padre Juan Feliciano se desvelaron varias veces con los niños santos, pero nada consiguieron. También llamaron a hechiceros y chupadores[5] sin lograr nada.

Después, en una noche, mientras que Crisanto trataba de dormir, pasó una mano sobre su pecho y sus dedos se detuvieron al sentir pequeños abultamientos arriba de sus tetillas. "¿Qué será?", se preguntó. De golpe lo comprendió todo: eran los ganglios de la maldición que comenzaban a brotar. Sintió miedo y honda preocupación. En esa noche, pensó sobre su vida. Pensó que era muy joven (tendría cerca de veinte años de edad) y la preocupación no lo dejó dormir en el

resto de la noche.

A la mañana siguiente, decidido, Crisanto dijo a su padre: —Deseo una mujer para mí. He visto a una muchacha en el camino a Huautla, ella vive con sus padres adelante de San Andrés. Bien puedes pedirla para que ella viva conmigo.

Al tiempo, los padres pidieron a la muchacha, y un día Crisanto fue por su mujer, de nombre María Concepción. Se la llevó a vivir a Río Santiago.

Mi padre sufría de su mal y mi madre lo comprendía. Los primeros ganglios reventaron formando granos purulentos que más tarde abarcaron el cuello y parte del pecho.

Al paso de los años, mi padre se fue agravando. Cuando yo tenía cerca de tres años, imagino, y mi hermana María Ana apenas cuatro o cinco meses de edad, él murió. Ni los hechiceros ni los curanderos y ni los sabios pudieron sanarlo.

Pobre, murió convertido en guajolote. Y es que la maldición mortal del Señor de los Truenos enferma poco a poco. La persona maldecida tarda años sufriendo, pueden ser cuatro, cinco, seis o siete, en cuyo tiempo los ganglios se convierten en granos repugnantes. Algunas personas así condenadas a sufrir se resignan a morir, otras luchan contra la maldición del Señor de los Truenos. Los hechiceros hablan donde está el eco, donde hay

montañas y laderas. Allí piden la ayuda al Señor del Chicon Nindó. Pero poco se puede hacer, ante la maldición del Señor de los Truenos ya nada puede hacerse. El cuello de los enfermados se asemeja al de un guajolote. Exactamente al de un guajolote. Y esto es así porque el Señor de los Truenos tiene a su servicio un guajolote que es sagrado. Este guajolote es quien se encarga de dar el castigo a las personas y los animales que se atreven a dañar los sembradíos. El guajolote convierte a las personas o los animales en guajolotes. Por eso mueren con granos en el cuello. Los hechiceros sacrifican gallinas, entregan monedas (cacao) y huevos de guajolote al Chicon Nindó.[7]

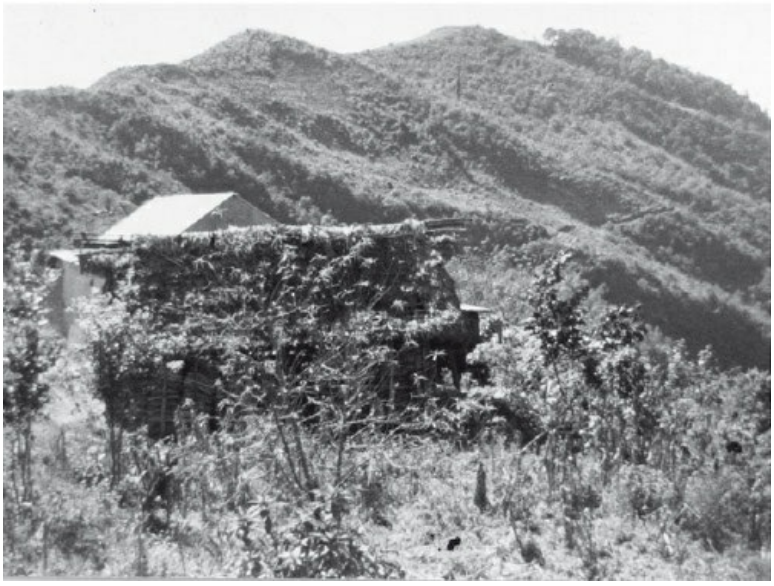


Figura 5. Vista desde la casa de María Sabina. Al fondo se ve la montaña sagrada Nindó Tocoxho, también conocida como Cerro de la Adoración.

1En la p. 42, Fe de Bautismo de María Sabina expedida por el párroco Arturo García el 25 de agosto de 1976, según datos originales que se hallan en el archivo de la iglesia de Huautla. Se observa que los nombres de los padrinos de bautizo, asentados en el documento, no coinciden con los proporcionados por María Sabina. Sin embargo, es pertinente aclarar que, aun en nuestros días, es difícil saber con exactitud el nombre de algunos mazatecos debido a la deficiente pronunciación que hacen de los nombres de origen occidental. Un ejemplo puede ilustrar lo anterior: en el curso de una entrevista, María Sabina nos dijo haber tenido un tío abuelo de nombre N'dosto. Ella aceptó desconocer las palabras "en castellano", pero mi padre me dice que el nombre corresponde al de Antonio Justo. "Es probable —nos dijo otro informante— que quienes escribieron este tipo de documentos a principios de siglo, inventaran los nombres de las personas porque éstas desconocían cómo se llamaban." Nótese además que ninguno de los nombres tiene apellido y es que "anteriormente no se usaban". En el presente documento resalta también la no coincidencia de la fecha dicha por María Concepción a su hija María Sabina: "día de la Virgen Magdalena" (22 de julio).

Respecto a los nombres de los padres, únicamente varía el primero de Crisanto Feliciano, dicho por la sabia, y que aparece como Lauriano en la Fe de Bautismo.

2Abrigo de lana de forma rectangular y con un corte en la parte central para introducir la cabeza.

3Éste es un término que se usa con frecuencia en el texto. Es el adjetivo que se da al chamán mazateco. Las palabras son Chotá-a Tchi-née (persona sabia).

Entre los mazatecos se encuentran tres categorías de "curanderos". En el plano inferior se

ubica al hechicero (Tji-éé) de quien se dice puede convertirse en animal (nagual) en las horas nocturnas. Tiene gran capacidad para hacer la maldad y para convertir a otras personas en naguales. En el plano medio ubicamos al curandero (Chotáa-xi-bendáa) propiamente dicho, quien usa masajes, brebajes y artificios, así como su propio Lenguaje en el momento de

hacer las curaciones, en el que invoca a los dueños de los lugares, de las montañas, de los manantiales. Estas dos categorías son muy conocidas en el campo mexicano, pero es aquí en Huautla donde existe aún la tercera y superior, que es la del sabio y médico (Chotá-a Tchi-née), que no hace la maldad ni usa brebajes para curar. Su terapéutica es la ingestión del hongo y así el médico-sabio adquiere el poder de diagnosticar y curar al enfermo, a quien también da a comer varios pares de hongos.

4Nixti-santo (niños santos), Ndi-xi-tjo (pequeño que brota), Ndi-santo (santitos) y Ndi-tzojmi (cositas), son cuatro términos eufemísticos que se dan a los hongos en la lengua mazateca. María Sabina los llama niños santos, o simplemente niños. (En la lengua mazateca la "x" tiene una pronunciación de "sh" y la pronunciación correcta es más fuerte, como una combinación de s, j y h.) El respeto tradicional que los mazatecos otorgan a los hongos mágicos los hace diferenciar de los hongos comestibles conocidos como Tjain-T'xua (hongo blanco, n anacate en náhuatl) o Tjain-ní (hongo rojo) designados por su color y que son dos variedades muy apreciadas por su sabor "parecido al de la carne de pollo cuando se cocina en tezmole". El tezmole es un caldo amasado y picante.

Los hongos venenosos son designados por Tjain-zca (hongo-locura). Es indudable que los mazatecos tienen perfecto conocimiento de los diferentes tipos de hongos.

5Los chupadores , es una variedad del curandero. El doctor Aguirre Beltrán trata el tema con bastante ilustración, usando el término succión por el de chupar. "La succión se verifica aplicando la boca directamente sobre la región que se presume enferma, o bien interponiendo entre ella y la boca un carrizo hueco. En todos los casos el médico agorero extrae la enfermedad, digamos el espíritu de la enfermedad, materializada en diversos objetos pequeños que, según la región y el grupo étnico, pueden ser navajas de pedernal, pedazos de papel, sabandijas, etc." (Aguirre Beltrán, op. cit., p. 52).

6Chicon Nindó (Hombre de la Montaña). Ser mitológico entre los mazatecos. Se dice que es Señor y Dueño de las Montañas, que es hombre blanco y que tiene poder para encantar a los espíritus y para conjurar las malas influencias o espíritus que provocan la enfermedad. Algunos lo identifican con Quetzalcóatl.

7De las versiones que encontramos en Huautla, proporcionadas por personas ancianas, el procedimiento que siguen los hechiceros para efectuar este rito, es el siguiente:

Cuando las milpas empiezan a "jilotear" a principios del mes de julio, los labradores están pendientes, en el alba, para escuchar el "tjin-tjin" de un guajolote que proviene del horizonte oriente. Es como si un guajolote enorme estuviese retozando desde los dominios del Señor de los Truenos. Se dice que este poderoso Señor envía al guajolote para dar aviso a los labradores de que ha llegado el momento de hacer el rito en el que se le hace entrega de la siembra.

Los labradores son vecinos que ayudan a sembrar la milpa sin recibir pago en dinero. Son voluntarios que dan su trabajo a un individuo de la comunidad. Así es como la familia dueña del plantío invita a los labradores a participar en el ritual de la fertilidad y de la protección de la siembra desde que han "escuchado"

el aviso del guajolote sagrado. Para tal efecto, se reúnen los labradores en la madrugada en torno a un experto hechicero, poderoso también por sus conocimientos, quien inicia el ritual enviando a los labradores al lugar de la siembra para que traigan consigo trece milpas arrancadas completamente "con todo y raíces". De vuelta a la choza, el hechicero

recibe las milpas y desprende los “jilotes” para meterlos entre la ceniza del brasero al que se denomina ceremonial. Escoge luego un guajolote, el más grande, si la familia cuenta con varios, o se conforma con el único que hay. Las familias mantienen en “engorda”

a los guajolotes en el curso del año comprendido entre siembra y siembra de la milpa.

El hechicero toma el guajolote escogido y lo sacrifica quitándole la cabeza con un golpe de machete. Vacía la sangre del animal en una jícara en la que también mezcla trece granos de cacao molido. Efectuada la mezcla, el hechicero asperja los azadones, las estacas de siembra, los mecapales, los machetes, los morrales y todo utensilio de labranza que ha servido para hacer posible la siembra. El hechicero invoca al poderoso Señor de los Truenos, le pide que proteja la milpa a la cual se ha dedicado la ceremonia. Le pide que a quien estropee o robe una mazorca le caiga la maldición: que le broten granos en el cuello. Que nada lo pueda sanar. Que no haya cura sobre la tierra para quien ose dañar el plantío. El hechicero y los labradores se dirigen a la siembra y en los linderos sigue asperjando la sangre del guajolote mezclada con cacao. Va a las esquinas del terreno, a los recovecos del lindero, a los sitios que cree que pueden tener acceso los ladrones. Concluida la aspersión, la comitiva regresa a la casa del dueño donde el hechicero extrae los 13 “jilotes” de la ceniza ceremonial. Los “jilotes”

asados junto con las matas de milpa son enterrados más tarde por los labradores en el centro del terreno sembrado.

En tanto que la carne del guajolote es preparada en tezmole, para que los

labradores coman. También se preparan tamales agrios, en forma de bola y hechos de masa fermentada. Los labradores se reúnen y se aprestan a comer. El hechicero preside la mesa y les dice: “Cada uno de ustedes debe recordar que no es pertinente tirar ni una migaja de lo que van a comer, porque es un manjar sagrado, que ni los perros deben tocar. Si esto ocurriera se invalidaría la ceremonia que hemos efectuado. No deben olvidar que a partir de este momento están obligados a guardar el ayuno sexual durante cincuentaidós días. En esos días de abstinencia no debe haber ira ni malos sentimientos en las personas participantes. Si en el curso de nuestra comida viniese algún visitante imprevisto, no debemos convidarlo de nada, porque todo lo que hay de alimento en esta casa, en este momento, es sagrado. El agua, el tezmole, los tamales, el café, pertenecen al Señor de los Truenos. Y no se debe convidar porque el visitante ajeno a nuestro ritual podría profanar nuestra ceremonia haciendo uso de alguna mujer. El acto sexual elimina la pureza de toda ceremonia. Pero quien profane de esta manera nuestro rito será castigado: se le pudrirán los testículos.”

Los labradores y la familia del dueño de la siembra comen entonces con sumo cuidado colocándose cada uno un plato hondo debajo de la barbilla para no tirar ninguna migaja de los tamales y ni una gota del tezmole hasta dejar los platos completamente limpios. El tezmole debe ser consumido en su totalidad. Así es como los comensales no dejan vestigio de lo que fue su alimento. Además, ninguno de ellos siente que ha comido. Tienen la sensación de un estómago vacío, “porque quien en realidad se ha alimentado, es el Señor de los Truenos”.

Se agrega, además, que si un labrador o un visitante inoportuno —al que se ha convidado— invalidan la ceremonia de la fertilidad y protección a la siembra, los guajolotes que se han mantenido en “engorda” para la próxima cosecha del maíz crecen flacos y son poco dignos de ser elementos del ritual.

El dueño de la milpa coloca una cruz, hecha con las hojas de la planta, en los lugares visibles de la siembra. Siembra que también puede ser de caña o de frijol

II

Mi madre, al quedar viuda y ver que nada esperaba al lado de sus suegros, decidió regresar con sus padres. Seis años vivió con Crisanto Feliciano.

Entonces ella aún era joven, tendría los veinte años. Mi padre habrá muerto a los veinticinco o veintiséis, no sé la edad verdadera en que murió.

Mis abuelos maternos eran muy pobres. Mi madre nos trajo a vivir con ellos y se olvidó por completo de Río Santiago.

Mi abuelo Manuel Cosme, ya casi anciano, trabajaba como peón a los terratenientes, mi abuela María Estefanía hacía los quehaceres de la casa y cuidaba del terreno circundante a la chocita donde se sembraba maíz y frijol.

También crecían calabazas y chayotes. El lugar donde llegamos a vivir —y donde sigo viviendo— queda muy cerca del Nindó Tocoxho.[1] Los abuelos habían abandonado la chocita del camino a San Andrés a la que un día Crisanto Feliciano fue por su mujer. Ahora vivían en esta parte alta desde donde podía verse, allá abajo, la pequeña población de Huautla. Había pocas casitas de zacate y tejamanil. Los árboles y las hierbas lo cubrían todo, pero la iglesia ya estaba construida.

Mis abuelos me dijeron que en su juventud habían trabajado de servidumbre al cura Catarino García.[2] Este cura vivió muchos años en Huautla. Tuvo hijos con algunas indígenas. A su muerte pidió —y se cumplió— que lo enterrasen bajo el altar de la iglesia de Huautla.

La vida con los abuelos fue difícil. De costumbre, nos levantábamos de madrugada, en que a la luz de un palo de ocote encendido la abuela, mi madre y mi tía Juanita trabajaban la lana, la seda o el algodón. Los abuelos criaban gusanos de seda dentro de la chocita, los gusanos tardaban casi un año en criarse.

Primero las mariposillas ponían sus huevecillos sobre petates, nacían por el mes de marzo. A los cinco meses los gusanillos salían de sus huevecillos y les poníamos alimento, las hojas de mora que comían ruidosamente. Escogíamos a los gusanillos, los apartábamos de los más crecidos para que éstos no fueran a hacerles daño. Los gusanos crecían del tamaño de un dedo. Tres meses después de haber abierto sus huevecillos empezaban a babear, se les acomodaban varas

en la pared de la casa y en esa cama de varas depositaban la seda. No era fácil criar al gusano de seda. Requerían de bastante cuidado. Durante el día o durante la noche se limpiaba la seda, se quitaban los desechos de los gusanos. Había que alimentarlos bien, si no era así, los gusanos no daban suficiente ni buena seda…

Al final se limpiaba y se juntaba la seda, se usaba para hacer ceñidores que los varones utilizaban en su vestimenta. Con la lana y el algodón se hacían las telas con que vestíamos. Nuestra vida era invariable: despertar cuando la luz del día aún se sentía lejana. Si el primer gallo de la madrugada cantaba, ya nosotros estábamos dando sorbos a nuestra agua de pinole endulzada con piloncillo para aliviar el hambre y el frío. De vez en cuando tomábamos té de hojas de limón o naranja y rara vez, café. Mi madre hacía las tortillas y bordaba. La abuela o la tía trabajaban en el primitivo telar, el abuelo siempre se alquilaba como labrador, al igual que un tío nuestro llamado Emilio Cristino.

Conforme mi hermana y yo crecíamos, nuestras tareas en la casa iban aumentando. Cuidábamos de los pollos en el monte o recogíamos varas que se usaban para hacer el fogón en el que se cocían los alimentos.

Habré tenido once años y mi hermana nueve cuando el abuelo nos llevó a sembrar maíz; él hacía pequeñas estacas de siembra para nosotras. Con esas estacas abríamos el agujero en la tierra donde torpemente depositábamos los granos de maíz. La familia toda iba a la siembra. María Ana y yo, sentadas, escarbabámos con dificultad; creo que los granos de

maíz caían a flor de tierra, en desorden, éramos muy niñas. En cambio los adultos sembraban en perfecta hilera, dejando los granos a la profundidad debida. Al acercarse la cosecha las milpas eran altas, más altas que María Ana y yo. Eso nos hacía reír de gusto.

Si no era temporada de labranza nos mandaban a cuidar los pollos en el monte o también dos o tres cabras que al cabo eran vendidas. Aprovechábamos ese tiempo para jugar con nuestras muñecas que nosotras mismas hacíamos. A una de mis muñecas la llamé Florencia José. Era de trapo; le hice un huípil de seda.

En la casa no se podía jugar porque mi tía Juanita y el abuelo eran demasiado severos. No les gustaba vernos jugar, todo era trabajar y trabajar.

Si se trataba de sembrar frijol, nos llamaban. Si se trataba de sembrar maíz, allí nos llevaban. Lo mismo en la siembra que en la cosecha.

En días ordinarios comíamos frijoles, si es que había, o nos conformábamos con

simples tortillas salpicadas de picante, pero se podía comer quelite, yerbamora o guasmole en los Días de Muertos.[3] En los días de fiesta el abuelo compraba carne de res o chivo que la abuela preparaba en caldo picante.



Figura 6. Choza de María Sabina.

El poco alimento que la abuela nos servía en la madrugada calmaba el hambre contenida durante mucho rato. Creo que nuestra voluntad por vivir era muy grande, más grande que la voluntad de muchos hombres. La voluntad de vivir nos mantenía luchando día con día, para finalmente conseguir algún bocado que aliviara el hambre que María Ana y yo sentíamos. La tía Juanita ocultaba la comida y si mi madre nos daba algo, pronto el hambre molestaba otra vez.

Hacíamos esfuerzos por tener en el estómago un solo bocado, en cada tarde, en cada mañana.

Varios hombres supieron que mi madre había quedado viuda y llegaron a pedirla.

La pretendían buenamente; como es la costumbre, en la madrugada llegaban con aguardiente y gallinas como regalo que entregaban al abuelo Manuel Cosme. Mi madre nunca accedió. —Mi único compromiso de ahora en adelante será criar a mis hijas —era su respuesta, pese a haber estado solamente seis años en vida marital.

Ella vivió junto a mí, soltera, el resto de su vida.

1Montaña sagrada situada frente a Huautla hacia el sudeste, también conocida como Cerro de Adoración. La leyenda refiere que allí habita el Chicon Nindó.

2Originario de la Sierra de Ixtlán, Oaxaca. Contemporáneo de Benito Juárez.

3El guasmole es un fruto de tierra semicálida que se cocina en tezmole, abundante sólo en el otoño.

III

Una vez, mi tío Emilio Cristino enfermó hasta que ya no pudo levantarse. Yo era una niña de cinco, seis o siete años, no supe cuál fue su enfermedad. La abuela María Estefanía, preocupada, salió en busca de un sabio llamado Juan Manuel para que curase al tío.

El sabio Juan Manuel era un hombre no muy viejo que llegó a nuestra choza después de haber caído la noche. Traía un envoltorio en hojas de plátano que trataba con exagerado cuidado. Me acerqué para ver qué era lo que traía en el envoltorio, pero rápidamente el sabio Juan Manuel tomó aquello en sus manos e impidió que yo me acercara más poniendo sobre mí una mirada autoritaria: —

Nadie puede mirar ahora lo que aquí traigo, no es bueno. Una mirada curiosa puede descomponer lo que aquí traigo… —dijo. La curiosidad me hizo mantenerme despierta. Vi cómo el sabio Juan Manuel desenvolvió las hojas de plátano. De ahí extrajo varios hongos frescos y grandes, del tamaño de una mano. Yo estaba acostumbrada a ver esos hongos en el monte donde cuidaba los pollos y las cabras. Había muchos hongos, su color café contrastaba con el verde de los pastizales.

El sabio Juan Manuel había llegado para curar al tío Emilio Cristino; por vez primera, yo presenciaba una velada[1] con los niños santos. Esto lo comprendí más tarde. Vi cómo el sabio Juan Manuel encendía las velas y hablaba a los dueños de los cerros y a los dueños de los manantiales. Vi cómo repartía los hongos contándolos por pares, los que fue entregando a cada uno de los presentes incluyendo al enfermo. Más tarde, en completa oscuridad, hablaba, hablaba y hablaba. Su lenguaje era muy bonito. A mí me gustó. Por momentos el sabio cantaba, cantaba y cantaba. No comprendía exactamente las palabras pero a mí me agradaba. Era un lenguaje diferente al que nosotros hablamos en el día. Era un lenguaje que, sin comprenderlo, me atraía. Era un lenguaje que hablaba de estrellas, de animales y de otras cosas desconocidas para mí.

Hacía tiempo que había anochecido y yo no sentía sueño. Sentadita muy quieta en mi petate, seguía con atención aquella velada. Comprendía, eso sí, que los hongos habían hecho cantar al viejo Juan Manuel. Después de medianoche, el sabio encendió una vela que clavó en el suelo. Vi que danzaba mientras decía

que “veía” animales, objetos y personajes. No, no podía comprenderlo completamente. El sabio hablaba sin descanso. Quemaba incienso y frotaba “San Pedro”[2] en los antebrazos del enfermo.

Por la madrugada, el tío enfermo, que ya no parecía tan enfermo, se fue incorporando lentamente. El sabio Juan Manuel lo iba animando con su lenguaje extraño. El tío se puso de

pie. No lo había hecho en varios días debido a su enfermedad.

El tío Emilio Cristino recuperó la salud por completo dos semanas después.

Pasados unos días de la velada en la que el sabio Juan Manuel curó al tío, María Ana y yo cuidábamos en el monte a nuestras gallinas para que no fueran víctimas de gavilanes o zorras. Estábamos sentadas bajo un árbol cuando de pronto pude ver, cerca de mí, al alcance de mi mano, varios hongos. Eran los mismos que había comido el sabio Juan Manuel, yo los conocía bien. Mis manos arrancaron suavemente un hongo, luego otro. Muy cerquita, los observé. —Si yo te como, a ti, y a ti, sé que me harán cantar bonito… —les dije. Recordé que los abuelos hablaban de estos hongos con gran respeto. Por eso yo sabía que no eran malos.

No lo pensé mucho, me llevé los hongos a la boca y los mastiqué. Su sabor no era agradable, por el contrario, eran amargos, con sabor a raíz, a tierra. Me los comí por completo. Mi hermana María Ana, observándome, había hecho lo mismo.

Después de haberlos comido nos sentimos mareadas, como si estuviésemos borrachitas, y empezamos a llorar; pero ese mareo desapareció y entonces nos pusimos muy contentas. Más tarde nos sentimos bien. Eso fue como un nuevo aliento a nuestra vida. Así lo sentí.

En los días que siguieron, cuando sentíamos hambre, comíamos los hongos. Y

no sólo sentíamos el estómago lleno, sino también el espíritu contento. Los hongos hacían que pidiéramos a Dios que no nos hiciese sufrir tanto, le decíamos que siempre teníamos hambre, que sentíamos frío. No teníamos nada: sólo hambre, sólo frío. Yo no sabía si los hongos eran buenos o eran malos en realidad. Ni siquiera sabía si eran alimento o veneno. Pero sentía que me hablaban. Después de comerlos oía voces. Voces que venían de otro mundo. Era como la voz de un padre que aconseja. Las lágrimas rodaban por nuestras

mejillas, abundantemente, como si llorásemos por la pobreza en que vivíamos.

Otro día comimos los hongos y tuve una visión: apareció un hombre bien vestido, era grande como un árbol. Escuché la voz misteriosa que dijo: “Éste es tu padre Crisanto Feliciano…” Mi padre hacía años que había muerto, ahora me daba gusto conocerlo. El hombre inmenso, mi padre, habló. Señalándome dijo estas palabras: “María Sabina, arrodíllate. Arrodíllate y reza…” Yo me arrodillé y recé. Le hablé a Dios, a quien cada vez sentía más familiar. Más cerca de mí.

Yo sentía que todo lo que me rodeaba era Dios. Ahora sentía que yo hablaba mucho y que mis palabras eran hermosas.

María Ana y yo seguimos comiendo los hongos. Los comimos muchas, muchas veces, no recuerdo cuántas. En unas veces el abuelo y en otras mi madre llegaban al monte y nos recogían del suelo, tiradas o arrodilladas. “¿Qué han hecho…?”, preguntaban. Nos levantaban en vilo y nos llevaban a casa. En los brazos de ellos, seguíamos riendo, cantando o llorando. Nunca nos regañaron ni nos golpearon por comer hongos, porque ellos sabían que no es bueno regañar a una persona que los ha tomado, ya que se le puede provocar sentimientos encontrados y es posible que sienta que enloquece.

A la siguiente temporada de lluvias, cuando los hongos habían vuelto, los volvimos a comer.

Tiempo después supe que los hongos eran como Dios. Que daban sabiduría, que curaban las enfermedades y que nuestra gente hacía muchísimos años que los tomaban. Que tenían poder, que eran la sangre de Cristo.

Años más tarde, cuando quedé viuda por segunda vez, me entregué para siempre a la sabiduría, para curar las enfermedades de la gente y para yo estar siempre cerca de Dios. A

los honguitos se les debe tener respeto. En el fondo, siento que son familiares míos. Como si fueran mis padres, mi sangre. En verdad, yo nací con mi destino. Ser sabia. Ser hija de los niños santos.

Y nunca fui a la escuela donde pudiera aprender a leer, a escribir o a hablar en español. Mis padres únicamente hablaron la lengua mazateca. Nunca aprendí otra lengua. Además, no sabía qué era la escuela, ni sabía si existía; y si la hubiera habido yo no habría ido, porque no había tiempo. Anteriormente se trabajaba mucho.

1Velada. Nombre con que se designa a la ceremonia.

2San Pedro, se designa así al tabaco (Nicotiana rustica) molido mezclado con cal y a veces con ajo. Su uso es ceremonial y se le adjudica poder contra las malas influencias de la hechicería. Puede ser cargado en una bolsita de trapo a manera de escapulario. Este tabaco es identificado como piciete o piziate y la palabra, seguramente, es una deformación de la expresión de los antiguos mexicanos: Picietl (náhuatl).

IV

Al término de nuestra niñez la carga del trabajo había aumentado para María Ana y para mí. Habíamos aprendido a hacer tortillas, cocer comida, lavar y barrer.

En una madrugada, llegaron unas personas que hablaron largamente con mi madre y con los abuelos. Las personas se fueron y mi madre me dijo que habían venido a pedirme. Querían que me uniera en vida marital con un joven. Las personas vinieron una y otra vez pero yo no veía a ningún joven casadero entre ellos; sin embargo, conocí al que sería mi marido el día que vino por mí. No hubo casamiento. Mi madre, sin consultarme, me ordenó juntar mi ropa diciendo que a partir de ese momento ya no les pertenecía más: “Ahora perteneces a este joven que será tu marido. Ve con él. Atiéndelo bien. Ya eres una mujercita…”, fueron sus palabras. Así es la costumbre. Yo tendría catorce años. En los primeros días de mi nueva vida, sentí miedo porque no sabía lo que pasaba. Más tarde me resigné. Al paso del tiempo, quise mucho a mi marido. Se llamaba Serapio Martínez. Era un joven de veinte años. Gustaba de vestir muy limpio y no parecía un desarrapado. Comprobé más tarde que era de buen corazón.

Tomaba poco aguardiente, casi nada; y no le agradaba el trabajo del campo. Con orgullo puedo decir que sabía leer y escribir. Se dedicaba al comercio de la hilaza roja y negra, que se usa para bordar los huípiles que vestimos las mujeres.

También vendía cazuelas, platos y tazas. Viajaba a Córdoba, Veracruz, a Tehuacán y a Puebla para comprar su mercancía que vendía en Huautla o en los pueblos aledaños. Viajaba a pie en un principio y esa mercancía la transportaba sobre sus espaldas. Tardaba ocho días en ir y venir a Puebla. Con el tiempo logró comprar sus animales de carga en cuyos lomos transportaba lo que allá compraba.

Cuando le dije que yo estaba encinta, lo tomó con naturalidad. No demostró ningún sentimiento, ni de gusto ni de tristeza; apenas balbuceó: “Pues prepárate a ser madre…” Al regresar de sus viajes me platicaba de las condiciones del camino o hablaba de los nuevos precios de la hilaza o de las cazuelas.

Cierta vez, no habló como acostumbraba. Al preguntarle por qué callaba, contestó: “Sé que en Huautla están juntando a la gente para que pelee con las

armas. Unos se llaman carrancistas y otros zapatistas. Andan con rifles y caballos. Pronto vendrán por mí. Me darán mi rifle; si ven que soy bueno, me darán un caballo…”

Las palabras de Serapio se cumplieron. Los hombres de la guerra se lo llevaron.

No puso resistencia.

Se fue cuando Catarino, mi primer hijo, apenas tenía diez días de haber nacido.

"No te preocupes Sabí… —me dijo Serapio—, yo veré la forma de enviarte algún dinero…" Lo miré hasta que lo perdí de vista en el camino. Se fue con unos hombres que vinieron por él. Lloré mucho. Pero, al paso de los días me resigné al hacerme la idea que pronto volvería. Me quedé con mi madre en mi chocita. Los abuelos ya habían muerto, el tío Emilio y la tía Juanita también habían muerto.

Los nuevos soldados estuvieron acuartelados en Huautla durante varios días.

Después partieron. Serapio fue nombrado cornetero inicialmente. Un año más tarde era mayor del ejército y trabajó a las órdenes del general Adolfo Pineda,[1]

de quien sé, Alvaro, fue tu abuelo. En el tiempo en que Serapio se encontraba en la guerra, me llegaba el dinero que irregularmente enviaba. Pasaba un soldado de casa en casa a dejar recados verbales, cartas y dinero. Serapio no me escribía pues yo no sabía leer, una vez solamente me envió un recado; busqué a una persona que sabía leer para que me dijera lo que allí venía escrito. Me mandaba a decir que no me preocupara por él, que se encontraba bien; pero en otras ocasiones, no había ni recado ni dinero, sólo una cruel noticia: "Serapio ha muerto en combate…" Yo lloraba. Lloraba sobre el cuerpecito de mi hijo Catarino recién nacido.

En ese tiempo el pueblo vivía asustado; quienes teníamos familiares en la guerra, estábamos en constante congoja. Llegaba un hombre y decía: "Sabí, no te aflijas más. Serapio vive…" Al poco, la versión cambiaba: "Serapio está perdido, nadie sabe de él. Confiemos en que aparezca pronto." Más luego, una esperanza: "Ya apareció Serapio…" y luego, otra desilusión: "No. Murió ya…" Al final me acostumbré a esta vida de sobresaltos y hubo momentos en que ya no me importó si Serapio aún vivía o ya estaba muerto. Los rumores que llegaban a mi puerta únicamente recibían un frío agradecimiento.

Pero sentí que mi corazón se hacía grande de gusto cuando, después de seis meses, Serapio apareció ante mí. A primera vista no lo reconocí. Traía

carrilleras, un rifle pesado, uniforme y una cosita que se ponía en la cabeza.[2] Me habló poco de su vida de soldado, apenas dijo que lo habían escogido para cornetero y que al morir su superior, en combate, había dejado el clarín para tomar el fusil del soldado muerto; mas vieron que era ágil. Para probarlo, una vez lo hicieron correr junto a un caballo y vieron que aguantó mucho. Los ágiles tenían más oportunidad de ascender. Los ágiles y los valientes. El valor era lo primero. Y Serapio fue valiente, su juventud le ayudaba.

Serapio se volvió a ir a la guerra y ya no me preocupé tanto. Regresó ocho meses después, pero para no irse más. Para entonces mi hijo Catarino ya empezaba a caminar.

Es cierto que Serapio tomaba poco aguardiente y trabajaba mucho, pero le gustaban las mujeres. Trajo a mi casa varias mujeres de gusto. Éramos tres en un mismo techo cuando eso ocurría. Las mujeres se iban de mi casa a los quince o treinta días de haber llegado. Yo no era celosa pues me sentía la verdadera mujer de Serapio. Con él procreé tres hijos: Catarino, Viviana y Apolonia. Cada uno de mis hijos nacieron en intervalos de año y medio.

El gusto de mi marido por las mujeres hizo que nuestras relaciones no fueran tan buenas como hubiera querido. Sentía amor por él y me dolía el saber que estaba enamorado de una joven de Tierra Caliente. Se fue alejando de mí porque prefirió a la otra.

Serapio contrajo la enfermedad de viento[3] en Tierra Caliente y murió después de tres días de agonía. Sus animales de carga y su dinero quedaron en poder de la otra mujer.

Así terminó mi vida marital. Tuve marido durante seis años, los mismos años que mi padre vivió con mi madre. Al igual que ella, enviudé como a los veinte años de edad.

1Personaje del movimiento carrancista en Huautla, de origen mazateco.

2Kepí.

3Tchíin-tjao (bronconeumonía). “Esta enfermedad la traen los vientos

huracanados. Si las nubes de una tormenta próxima son oscuras, traen Tchíin-tjao ” (Ricardo García Enríquez, chamán de Xochitonalco, Agencia Municipal de Huautla).

V

Nunca comí los niños santos mientras viví con Serapio, pues de acuerdo con nuestras creencias, la mujer que los toma no debe tener trato con los hombres.

Quienes van a desvelarse no deben tener trato sexual durante cuatro días antes y cuatro días después de la velada. Los que así lo quieran pueden completar cinco y cinco. Yo no tomaba los niños santos porque temía que mi hombre no lo comprendiera. La condición debe cumplirse fielmente.

En mis primeros años de viudez, sentí las molestias de mis partos. La cintura y las caderas me dolían. Mandé a llamar a una masajista que poco me alivió.

También me di baños de temascal sin buen resultado. También llamé a un curandero y a un chupador pero en nada me aliviaron. Finalmente decidí volver a tomar los niños santos. Yo sola los tomé, sin recurrir a sabio alguno.

Esas cositas trabajaron en mi cuerpo pero recuerdo que mis palabras no fueron buenas. Los tomé sólo para apretarme con suavidad la cintura una y otra vez. Me di masaje en todas las partes del cuerpo donde me dolía. Pasaron los días y sané.

Y había decidido tomarlos porque estaba limpia. No tenía marido. En el fondo yo sabía que era mujer doctora. Sabía cuál era mi destino. Lo sentía muy dentro de mí. Sentía que tenía un gran poder, un poder que en las veladas despertaba en mí.

Pero en la casa había hambre. Así que empecé a trabajar para mantener a mi madre y a mis tres hijos. El trabajo arduo, constante, no me asustaba. Sabía partir la tierra y partir la leña a hachazos, sabía sembrar y pizcar mazorcas. Trabajaba igual que un hombre recio, a veces viajaba a Teotitlán donde compraba ollas, las que revendía en el mercado de Huautla. La cría del gusano de seda o el difícil trabajo de juntar la lana y el algodón, disminuyeron cuando los comerciantes de Huautla trajeron telas de la ciudad. Desde entonces conocimos las mantas y las telas de colores.

En estos años de mi viudez, sembré milpa y frijol. También coseché café. En los días en que trabajaba en el campo, cavaba unas fositas donde depositaba a mis hijos pequeños para que no me estorbaran. Otras veces vendía café, pan y velas en rancherías alejadas o en pueblos vecinos como San Miguel, Tenango, Río

Santiago y Mazatlán.

VI

Varios años, no sé cuántos, después de que yo quedé viuda por vez primera, mi hermana María Ana se enfermó. Sentía dolores en el vientre; eran agudas punzadas que hacían que se doblara y gimiera de dolor. Cada vez yo la veía más grave. Si se sentía medianamente aliviada, emprendía sus labores de la casa; pero, sin que ella pudiera controlarse, hubo un momento en que se desvaneció por el camino.

Sus desvanecimientos ocurrieron con frecuencia más tarde.

Con gran temor por su salud, contraté curanderos para sanarla pero pude ver con angustia que su mal aumentaba. En una mañana no se levantó de su lecho; temblaba y gemía. Me sentí preocupada como nunca. Llamé a varios curanderos pero fue inútil, ellos no pudieron curar a mi hermana.

En esa tarde, viendo tendida a mi hermana, la imaginé muerta. A mi única hermana. No, eso no debía ser. Ella no debía morir. Yo sabía que los niños santos tenían el poder. Yo los había comido de niña y recordaba que no hacían mal. Yo sabía que nuestra gente los comía para sanar sus enfermedades. Entonces, tomé una decisión; en esa misma noche yo tomaría los niños. Así lo hice. A ella le di tres pares. Yo comí muchos, para que me dieran poder inmenso. No puedo mentir, habré comido treinta pares de "derrumbe".[1]

Cuando los niños estaban trabajando dentro de mi cuerpo, recé y le pedí a Dios que me ayudara a curar a María Ana. Poco a poco sentí que podía hablar cada vez con mayor facilidad. Me acerqué a la enferma. Los niños santos guiaron mis manos para apretarle las caderas. Suavemente, le fui dando masaje donde ella decía que le dolía. Yo hablaba y cantaba. Sentía que cantaba bonito. Decía lo que esos niños me obligaban a decir.

Seguí apretando a mi hermana, en su vientre y en sus caderas; finalmente le sobrevino mucha sangre. Agua y sangre como si estuviese pariendo. Nunca me asusté porque sabía que el pequeño que brota la estaba curando a través de mí.

Estos niños santos aconsejaban y yo ejecutaba. Atendí a mi hermana hasta que la sangre dejó de salir. Luego dejó de gemir y durmió. Mi madre se sentó junto a

ella para atenderla.

Yo no pude dormir. Los santitos seguían trabajando en mi cuerpo. Recuerdo que tuve una visión: aparecieron unos personajes que me inspiraban respeto. Yo sabía que eran los Seres Principales de que hablaban mis ascendientes. Ellos estaban sentados detrás de una mesa sobre la que había muchos papeles escritos.

Yo sabía que eran papeles importantes. Los Seres Principales eran varios, como seis u ocho. Algunos me miraban, otros leían los papeles de la mesa, otros parecían buscar algo entre los mismos papeles. Yo sabía que no eran de carne y hueso. Yo sabía que no eran seres de agua o tortilla.[2] Sabía que era una revelación que los niños santos me entregaban. De pronto escuché una voz. Una voz dulce pero autoritaria a la vez. Como la voz de un padre que quiere a sus hijos pero que los cría con fuerza. Una voz sabia que dijo: "Éstos son los Seres Principales…" Comprendí que los niños me hablaban. Yo sentí una felicidad infinita. En la mesa[3] de los Seres Principales apareció un Libro, un libro abierto que iba creciendo hasta ser del tamaño de una persona. En sus páginas había letras. Era un libro blanco, tan blanco que resplandecía.

Uno de los Seres Principales me habló y dijo: "María Sabina, éste es el Libro de la Sabiduría. Es el Libro del Lenguaje. Todo lo que en él hay escrito es para ti. El Libro es tuyo, tómalo para que trabajes…" Yo exclamé emocionada: "Eso es para mí. Lo recibo…"

Los Seres Principales desaparecieron y me dejaron sola frente al inmenso Libro.

Yo sabía que era el Libro de la Sabiduría.

El Libro estaba ante mí, podía verlo pero no tocarlo. Intenté acariciarlo pero mis manos no tocaron nada. Me limité a contemplarlo y, al momento, empecé a hablar. Entonces me di cuenta que estaba leyendo el Libro Sagrado del Lenguaje.

Mi Libro. El Libro de los Seres Principales.[4]

Yo había alcanzado la perfección. Ya no era una simple aprendiz. Por eso, como un premio, como un nombramiento, se me había otorgado el Libro. Cuando se toman los niños santos se puede ver a los Seres Principales. De otra manera, no.[5]

Y es que los niños son santos; dan Sabiduría. La Sabiduría es el Lenguaje. El Lenguaje está en el Libro. El Libro lo otorgan los Principales. Los Principales aparecen con el poder grande de los niños.

Yo aprendí la sabiduría del Libro. Después, en mis posteriores visiones, el Libro

ya no aparecía porque su contenido ya lo guardaba en mi memoria.

La velada en que curé a mi hermana María Ana, la hice como los antiguos mazatecos. Usé velas de cera pura; flores, azucenas y gladiolas (puede usarse todo tipo de flores, siempre que tengan olor y color), también se usa copal y San Pedro.

En un brasero quemé el copal y con el humo sahumé los niños santos que tenía en mis manos. Antes de comerlos les hablé, les pedí favor. Que nos bendijera, que nos enseñara el camino, la verdad, la curación. Que nos diera el poder de rastrear las huellas del mal para acabar con él. Les dije a los niños: "Tu sangre tomaré. Tu corazón tomaré. Porque mi conciencia es pura, es limpia como la tuya. Dame la verdad. Que me acompañen San Pedro y San Pablo." Al sentirme mareada apagué las velas. La oscuridad sirve de fondo a lo que allí se ve.

En esa misma velada, luego que el Libro desapareció, tuve otra visión: vi al Supremo Señor de los Cerros, al Chicon Nindó. Vi que era un hombre a caballo que venía hacia mi choza. Yo sabía, la voz me lo decía, que aquel ser era un personaje. Su cabalgadura era hermosa: un caballo blanco, tan blanco como la espuma. Un caballo hermoso, con montura, freno y el pelo recogido en la frente.

El personaje detuvo su cabalgadura a la puerta de mi choza. Yo lo podía ver a través de las paredes, yo estaba dentro de la casa pero mis ojos tenían el poder de ver más allá de todo obstáculo. El personaje esperaba a que yo saliese.

Con decisión, salí a su encuentro. Me paré junto a él.

Sí, era el Chicon Nindó, el que mora en el Nindó Tocoxho, el que es dueño de las montañas. El que tiene poder para encantar a los espíritus. El que asimismo cura a los enfermos. Al que se sacrifican guajolotes, al que los curanderos entregan monedas (cacao) para que cure.

Me paré junto a él y me acerqué más. Vi que no tenía rostro aunque usaba un sombrero blanco. Su rostro, sí, era como una sombra.

La noche era negra, las nubes cubrían el cielo, pero el Chicon Nindó era como un ser cubierto por un halo. Enmudecí. Él no dijo una palabra. De pronto, hizo avanzar su cabalgadura para continuar su camino. Desapareció rumbo a su morada: el enorme Cerro de la Adoración. El Nindó Tocoxho. Él vive ahí, yo en una loma, arriba del Cerro Clarín, el más cercano del Tocoxho, así es que somos

vecinos. El Chicon Nindó había venido porque en mi sabio lenguaje lo había llamado.

Entré a la casa y tuve otra visión: vi que algo cayó del cielo con gran estruendo, como un rayo. Era un objeto luminoso que cegaba. Vi que caía por un boquete que había en una pared. El objeto caído se fue convirtiendo en una especie de ser vegetal, también cubierto por un halo como el Chicon Nindó. Era como una mata con flores de muchos colores, en la cabeza tenía gran resplandor. Su cuerpo estaba cubierto de hojas y tallos. Ahí estuvo parado, en el centro de la choza, yo lo miré de frente. Sus brazos y sus piernas eran como ramas y estaba empapado de frescura, y detrás de él apareció un fondo rojizo. El ser vegetal

fue perdiéndose en ese fondo rojizo hasta desaparecer completamente. Al esfumarse la visión yo sudaba, sudaba. Mi sudor no era tibio, sino fresco. Me di cuenta que lloraba y mis lágrimas eran de cristal, las que, al caer sobre el suelo, producían tintineos. Seguí llorando pero chiflé y aplaudí, soné y bailé. Bailé porque sabía que era la Payasa grandiosa y la Payasa dueña… En la madrugada dormí plácidamente. Dormí, pero no en sueño profundo, sino sentía que me mecía en un ensueño… como si mi cuerpo se meciera en una hamaca gigante sostenida del cielo, que oscilaba de una montaña a otra.

Desperté cuando el mundo ya estaba asoleado. Era de mañana. Tenté mi cuerpo y el suelo para percatarme de que ya había vuelto al mundo de los humanos. Ya no estaba cerca de los Seres Principales… al ver lo que me rodeaba, busqué a mi hermana María Ana. Dormía. No la quise despertar. También vi que una parte de las paredes de la chocita estaba derrumbada, otra estaba por caer. Ahora creo que mientras los niños santos trabajaban dentro de mí, yo misma tiré la pared con el peso de mi cuerpo. Supongo que cuando yo bailaba fui a pegar contra la pared y la derrumbé. En los días siguientes, la gente que pasaba preguntaba qué había pasado en la casa. Me limitaba a decirles que las lluvias y los ventarrones de los últimos días habían logrado aflojar las paredes de lodo y carrizo para tirarlas al cabo.

Y María Ana sanó. Sanó para siempre. A la fecha vive bien, con su marido y sus hijos cerca de Santa Cruz de Juárez.

A partir de aquella curación, yo tuve fe en los niños santos. La gente se dio cuenta de lo difícil que era curar a mi hermana. Mucha gente lo supo y a pocos días vinieron a buscarme. Traían a sus enfermos. Venían de lugares muy lejanos.

Los curaba con el Lenguaje de los niños. La gente venía de Tenango, Río

Santiago o de San Juan Coatzospan. Los enfermos llegaban pálidos pero los niños me decían cuál era el remedio. Me aconsejaban qué hacer para curar. La gente me ha seguido buscando. Y desde que recibí el Libro, pasé a formar parte de los Seres Principales. Si ellos aparecen, me siento junto a ellos y tomamos cerveza o aguardiente. Estoy entre ellos desde la vez en que agrupados detrás de una mesa con papeles importantes me entregaron la sabiduría, la palabra perfecta: el Lenguaje de Dios.

El Lenguaje hace que los moribundos vuelvan a la vida. Los enfermos recuperan la salud cuando escuchan las palabras enseñadas por los niños santos. No hay mortal que pueda enseñar ese Lenguaje.

Después de que curé a mi hermana María Ana, comprendí que había encontrado mi camino. La gente lo sabía y venía a mí para que curase a sus enfermos.

Venían en busca de curación quienes habían sido encantados por duendes, los que habían perdido el espíritu por un susto en el monte, en el río o en el camino.

Algunos no tenían remedio y morían. Yo curo con el Lenguaje, el Lenguaje de los niños santos. Cuando ellos aconsejan sacrificar pollitos, se colocan encima de las partes donde duele. El resto es el Lenguaje. Pero mi camino hacia la sabiduría pronto se vería truncado…



Figura 7. María Sabina en la sierra mazateca.

1Variedad de hongos. Psilocybe caerulescens Murril var. Mazatecorum Heim.

2Alimento mundano.

3María Sabina llama mesa a sus visiones.

4H. Munn sugiere que ella veía símbolos.

5De acuerdo con las explicaciones que nos han dado las personas ancianas de Huautla, los Seres Principales son los personajes que encabezan un cargo municipal o bien es el título que se da a las personas que ostentan puestos importantes. En mazateco se dice Chotáa-tjí-tjón. Respecto a las visiones de María Sabina, los Seres Principales son la personificación de los hongos que ha comido. Los hongos se convierten en "personajes que manejan papeles importantes". Otra persona, en Huautla, nos ha dicho que los Seres Principales son como sombras o personas que se "ven" vestidas de paisanos, pero con vestimenta brillante y multicolor vistas durante el trance.

6Pueblo de raza mixteca incrustado en plena región mazateca.

VII

Doce años después de quedar viuda, un hombre llamado Marcial Carrera empezó a pretenderme. En realidad, yo no tenía necesidad de tener hombre, pues yo sabía mantenerme por mí misma. Yo sabía trabajar; mi familia, al menos, no padecía de tantos sufrimientos como yo los tuve. Había hambre, sí, pero no era tan quemante como la que tuvimos María Ana y yo. Mi trabajo ayudaba para que cada uno tuviese algo que comer y que vestir.

Marcial Carrera insistió. De acuerdo con la costumbre, trajo a sus padres para hablar con mi madre. Mi madre me persuadía para que aceptase a ese hombre.

Decía que un hombre en la casa ayudaría a hacer menos pesado mi trabajo.

Pasaron los días y yo lo pensaba, pues mi pretendiente no parecía hombre de trabajo. Es más, tenía fama de desobligado y borracho.

Pero al fin accedí. Puse mis condiciones: si Marcial quería mujer, él debía venir a vivir a mi casa porque no iba a mudar a mi madre, a mis hijos, mi petate, mis ollas, mis azadones y mis machetes a su casa. Me parecía que mi casa estaba mejor que la del pobre Marcial.

Marcial aceptó mis condiciones y él se vino a vivir a mi casa. Con el tiempo comprobé que Marcial bebía mucho aguardiente. Era curandero. Usaba huevos de guajolote y plumas de guacamaya para hacer sus hechicerías.[1]

Me golpeaba con frecuencia y me hacía llorar. No le gustaba trabajar en el campo y ni sabía usar con destreza el azadón.

Como vi que Marcial ganaba poco dinero, que no alcanzaba a cubrir los pequeños gastos de la casa, me vi obligada a volver a trabajar. Volví a revender pan y velas.

En los trece años que viví con Marcial tuve seis hijos. Murieron todos, solamente sobrevivió mi hija Aurora. Mis hijos murieron de enfermedad o de asesinatos. Mientras viví con Marcial nunca tomé los niños. Temía que él no me comprendiera y descompusiera mi limpieza corporal de sabia.

A Marcial, al igual que a mi primer marido, Serapio, le gustaban otras mujeres.

Los hijos de una señora con quien tenía relaciones lo golpearon y lo hirieron con machete. Sangrante, murió tirado en el camino.

1Los objetos utilizados en la hechicería (tema no tratado con la debida amplitud en este volumen) incluyen plumas de guacamaya, cacao (grano considerado moneda), huevos de guajolote ("porque tienen más fuerza que los de gallina"), velas de cera, copal, brasero y tabaco (San Pedro). En un próximo volumen, daremos a conocer los rituales de la hechicería y el curanderismo así como las plantas utilizadas en la medicina mazateca.

VIII

El hecho de haber quedado viuda por segunda vez facilitó en cierta manera el que me decidiera a entregarme a mi destino. El destino que se me había fijado desde antes de nacer: ser sabia. Mi destino era curar. Curar con el Lenguaje de los niños santos. Tomé esa determinación aunque también debía seguir trabajando duro para mantener a mi familia, ahora ya no tanto, porque mi hijo Catarino ya empezaba a trabajar. Comerciaba con hilaza, la que revendía en Tierra Caliente, transitando los caminos de su finado padre.[1]

No estoy segura, pero creo que yo tenía más de cuarenta años de edad. Ya no me sentía en condiciones de viajar para revender pan y velas en las rancherías. En el tiempo en que vivía mi marido Marcial, con mis ahorros logré construir una casa de siete brazadas, con paredes de madera y techo de zacate. La casa estaba a la vera del camino que va a San Miguel. En esa casa puse una tiendita en la que vendía aguardiente y cigarros. Luego allí mismo vendí comida a los viajeros.

En los días posteriores a mi segunda viudez quise practicar el curanderismo como lo había hecho Marcial. Yo sentía que debía curar. Y que debía curar con los niños santos, pero algo me hacía detenerme. Como si fuese el miedo a entregarse uno a lo que le ha sido dado, a lo que ha sido destinado.

Traté el curanderismo, sí, pero no me satisfizo. Mis sentimientos eran que yo estaba haciendo lo indebido, pensaba que la mujer limpia, la mujer de Cristo, la mujer estrella de la

mañana no debía practicar el curanderismo. Yo estaba destinada a algo superior. En el curanderismo yo enterraba huevos como ofrenda a los Señores de los Cerros, los enterraba en las esquinas de la casa o dentro, pero vi que brotaban gusanos en donde los enterraba y eso me daba asco y pavor.

Pensé que ése no era el camino del destino.

Recordé a mis ascendientes: mi bisabuelo Juan Feliciano, mi abuelo Pedro Feliciano, mi tía abuela María Ana Jesús y mi tío abuelo Antonio Justo habían sido sabios de prestigio.

1La Tierra Caliente mazateca comprende la zona baja de la región, con pueblos ribereños en su mayoría —situados a la orilla o en los islotes de la presa Miguel Alemán— cuyos habitantes trabajan como pescadores, cafeticultores o colectores de barbasco. En estos pueblos se hablan dialectos mazatecos.

IX

Para mí, la brujería y el curanderismo son tareas inferiores. Los brujos y los curanderos también tienen su Lenguaje, pero diferente al mío. Ellos le piden favores al Chicon Nindó. Yo se lo pido a Dios Cristo, a San Pedro, a Magdalena y a Guadalupe.

Y es que en mí no hay brujería, no hay cólera, no hay mentira. Porque no tengo basura, no tengo polvo. La enfermedad sale si vomitan los enfermos. Vomitan la enfermedad. Vomitan porque los niños así lo quieren. Si los enfermos no vomitan, yo vomito. Vomito por ellos, de esta manera se expulsa el mal. Los niños tienen poder porque es carne de Dios. Y los que creen, sanan. Los que no creen no sanan.

Las personas que se dieron cuenta de que curé a María Ana trajeron a sus niños enfermos. Uno, dos, diez, muchos. He curado a muchos niños. A veces, a los niños les doy un pedacito de pequeño que brota. Yo vomito por los niños si ellos no lo hacen. Antes de iniciar la velada pregunto el nombre del enfermo. Así busco la enfermedad y así curo. Si el enfermo no me dice la causa de su mal, yo lo adivino. Cuando el enfermo suda, eso revela que va a sanar. El sudor saca la fiebre que es consecuencia de la enfermedad. Mis palabras obligan a la maldad a salir.

Para un fuerte dolor de muelas se comen siete u ocho pares, con eso basta. Los niños se toman de noche; para esto se celebra la velada frente a imágenes de santos de la iglesia. Los niños santos curan las llagas, las heridas del espíritu. El espíritu es lo que enferma. Los curanderos no saben que las visiones que enseñan los niños revelan el origen del mal. Los curanderos no saben usarlos. Los hechiceros tampoco. Los hechiceros sienten temor por los sabios como yo, porque saben que puedo descubrir si ellos han causado un encantamiento, si han robado subrepticiamente el espíritu de un niño, de un hombre o de una mujer.

Los niños me dan el poder de la contemplación universal. Que puedo ver desde el origen. Y puedo llegar hasta donde nace el mundo.

El enfermo sana y los familiares vienen a visitarme posteriormente para decirme que hay alivio. Agradecen con aguardiente, cigarros o algunas monedas. No soy

curandera porque no uso huevos para curar. No le pido fuerza a los dueños de los cerros. No soy curandera porque no doy a tomar agua de hierbas extrañas. Curo con Lenguaje. Nada más. No soy hechicera porque no hago la maldad. Soy sabia. Nada más.

También vienen los hombres a pedirme que ayude a parir a sus mujeres. Soy partera, pero ése no es mi trabajo. Yo soy quien habla con Dios y con Benito Juárez, soy sabia desde el vientre mismo de mi madre, que soy mujer de los vientos, del agua, de los caminos, porque soy conocida en el cielo, porque soy mujer doctora.

Tomo pequeño que brota y veo a Dios. Lo veo brotar de la tierra. Crece y crece, grande como un árbol, como un monte. Su rostro es plácido, hermoso, sereno como en los templos. Otras veces, Dios no es como un hombre: es el Libro. Un Libro que nace de la tierra, Libro sagrado que al estar siendo parido, el mundo tiembla. Es el Libro de Dios, que me habla para que yo hable. Me aconseja, me enseña, me dice lo que tengo que decir a los hombres, a los enfermos, a la vida.

El Libro aparece y yo aprendo nuevas palabras.

Soy hija de Dios y elegida para ser sabia. En el altar que tengo en mi casa están las imágenes de Nuestra Señora de Guadalupe, la tengo en un nicho. También tengo a San Marcos, a San Martín Caballero y a Santa Magdalena. Ellos me ayudan a curar y a hablar. En las veladas palmeo y chiflo, en este tiempo me transformo en Dios…



Figura 8. María Sabina conversa con una turista. Fotografía de Lisa Law.

X

Un día vino a mi casa una pareja. Yo estaba dentro, cerca del fogón para calentar mis tortillas. Un perro ladró y salí a ver. Invité a los visitantes a pasar. Interrumpí mi comida y los atendí.

—Somos familiares del viejo Francisco García —dijo el hombre.

—¿Francisco, el que vive en el barrio Espinazo de Perro?[1] —interrogué—. ¿Qué asunto los trae por acá…?

—Sí. Hay asunto, por eso te venimos a ver —dijo la mujer—. Sabrás que mi padre Francisco está enfermo.

—¿Qué causa provocó su enfermedad…?

—No lo sabemos —prosiguió el hombre—, únicamente podemos decir que salió en una madrugada hacia el campo; pero pronto regresó, antes de que bien amaneciera. Traía la espinilla derecha lastimada. Dijo que partía la tierra con el azadón cuando sintió un fuerte dolor en la espinilla que lo hizo caer y perder el conocimiento. Al recobrarse, penosamente regresó a su casa. Él supone que se golpeó a sí mismo con el azadón. Para sanarlo hemos contratado al joven médico que acaba de llegar de la ciudad a Huautla.[2] Es un sabio en

medicina que cura heridas sangrantes. Tiene días atendiendo al viejo Francisco, pero éste no parece mejorar. Hemos decidido que tú sí sabrás sanarlo; contribuirás demasiado con la medicina del joven médico. Las cositas le darán fuerzas al viejo Francisco y sanará pronto… Eres mujer que sabe, María Sabina…

—¿Cuándo quieren que se haga la velada…? —pregunté.

—Lo más pronto posible… —terminó diciendo el hombre.

La pareja se fue, dije que en esa misma noche yo iría hasta el viejo Francisco García.

Anocheciendo, llegué a la choza. Me trataron con gran respeto. Me llevaron al lecho del viejo Francisco quien yacía sobre un petate y se quejaba de dolor. El

viejo me vio e hizo un esfuerzo por sonreír. Se veía ojeroso. Examiné la supuesta herida en la espinilla. Era una ligera hinchazón amoratada, aparentemente sin consecuencias.

Inicié la ceremonia frente a las imágenes de los santos que esta familia tenía. Al viejo Francisco le di seis pares de hongos. Yo tomé trece pares.[3] Otras personas que estaban presentes también tomaron sus pares. Me dejé llevar, no opuse resistencia y caí a un pozo profundo, interminable. Sentía una especie de vértigo.

Lentamente, fue desapareciendo el malestar. Tuve una visión: vi a un tigre que se disponía a atacar a una de tantas reses encerradas. Era de noche. El animal, agazapado pecho a tierra, se preparaba a tomar impulso y lanzarse sobre su presa cuando una fuerte pedrada en la pata derecha se lo impidió. La piedra había sido lanzada por un hombre trepado a un árbol cercano. El tigre huyó sin haber logrado su propósito, herido y asustado.

En seguida apareció una mujer que se cubría la cara con el antebrazo para que no se viera que sonreía. Era una sonrisa de satisfacción. Reconocí a la mujer. Era la mujer de Faustino Méndez, una hechicera… La voz de los niños dijo: "Ella ha hechizado al viejo Francisco, convirtió su espíritu en tigre… Ella es…"

Pasada la medianoche, el viejo Francisco se fue incorporando poco a poco. Solo, sin ayuda. Al cabo, se puso completamente de pie. Erguido, permaneció junto al altar donde estaban las imágenes de los santos. Hizo movimientos, como para relajarse. Pedí entonces que le trajesen ropa limpia. La que traía puesta estaba contaminada. Debía cambiarse porque la curación se aproximaba y todo lo que está sucio debe desecharse…

Ordené al viejo Francisco que se sentase sobre una silla y le pregunté:

—El día que te lastimaste, ¿en dónde fue?, ¿qué pasó?, ¿no sentías que tu cuerpo no tenía espíritu, que tu cuerpo iba vacío? o, en tus sueños, ¿a qué lugares llegas?

—Sí, señora —contestó mirando al suelo como si sintiese vergüenza—.

Regularmente mis sueños, de un tiempo a la fecha, son los mismos. Apenas duermo, sueño que llego a un corral donde veo toros. Quiero atacar a esos animales para comérmelos…

—¿A qué lugares has llegado…?

—Sueño que me encuentro en Ojitlán. Ahí quiero atacar las reses…

—No te avergüences —le dije—, eso no es malo definitivamente. No es mentira.

Cuando dormimos, el espíritu sale del cuerpo y vaga. Va donde quiere ir. El espíritu regresa si despertamos. Pero algunas personas nacen con su "suerte". Su espíritu se convierte en tlacuache, en tigre o en zopilote. Convertidos en animales viajan a lejanos lugares… si tienes "suerte", no te preocupes. No es pecado ni vergüenza. Hay personas que así nacen; otras,

pueden llegar a tener

“suerte” por los artificios de hechicería…[4]

—Sí —continuó—, sueño que merodeo a las reses… oigo sus mugidos y sus cencerros… todas las noches me pasa…

Las cositas me ordenaron encender una vela. Tomé con mis dedos un poco de San Pedro, ordené al viejo Francisco que lo masticase.[5] Así lo hizo. Se tragó el San Pedro. Pedí a las personas que me rodeaban que trajeran un balde. Lo trajeron. Luego pedí que apretaran el estómago al viejo Francisco para que vomitara. Vomitó. San Pedro lo hizo. El tabaco se llama San Pedro porque este santo lo creó…

Pedí que vistiesen al viejo Francisco con la ropa limpia traída al terminar de vomitar…

Al amanecer el enfermo habló: “Agradezco tu curación María Sabina. Me siento mejor. Tengo hambre. Bastante…” Le sirvieron café, un poco de carne asada, frijoles y salsa. Comió bien y abundante.

Le hablé una vez más:

—Los niños santos han revelado que una hechicera ha convertido tu espíritu en tigre. Por las noches, mientras duermes, tu “suerte” va a atacar a los toros de Ojitlán… No tengas más preocupación. Ya los niños te han curado. Has vomitado.

Aunque supe que el joven sabio en medicina siguió viendo al paciente, yo estaba segura de que los niños le darían remedio a su mal. Al mes, me comunicaron que el viejo Francisco estaba repuesto por completo.

La mujer de Faustino Méndez, la hechicera, empezó a enloquecer desde el momento en que Francisco vomitó. Así salió la “suerte” y Francisco recapturó su

espíritu. La hechicera, enloquecida, se desnudaba y salía a la calle… Su esposo y sus hijos la abandonaron avergonzados y temerosos. La familia cayó en desgracia. Finalmente, la señora murió de locura… Su maldad se volvió contra ella…

1Los barrios de Huautla, aun en la actualidad, se designan por algún detalle sobresaliente del lugar, que puede ser la forma de una loma vecina, el nombre del árbol cercano y vistoso o un accidente del lugar. La persona más anciana o que más influencia tiene en el barrio, se le agrega a su nombre, como un apellido, a la palabra que designa al lugar. Por ejemplo: se conocen nombres como los de Nzióo-Ya-loxáa que viene a ser, literalmente, Fidencio-Naranjo, o bien Chafáa-Ya-Mangóo que viene a ser Juan-Mangal, porque en la casa del señor Fidencio hay un naranjo, o en la casa del señor Juan hay un árbol de mango. La persona —ahora ya fallecida— a que se refiere María Sabina se le conoció con el nombre de Zco-YátzinLeniá-a, o lo que es, Francisco-Espinazo de Perro, por vivir muy cerca del barrio Espinazo de Perro cuya designación se debe a una loma cercana que se asemeja a las vértebras de un perro famélico.

2En Huautla se designa a los médicos como Tchinéex-kíi (sabio en medicina).

En este caso, la señora se refiere al médico Salvador Guerra, nacido en Jalapa, Veracruz, en 1925 y cuya estancia en Huautla fue de nueve años (1951-1960).

En la actualidad, Salvador Guerra labora en un prestigioso hospital de la Ciudad de México, ejerciendo su especialidad de doctor en cardiología.

3Los hongos, según la tradición, se toman por pares, se dice que van “casados” o en pareja. Uno es hombre, el otro es mujer.

4María Sabina, usando su propia palabra, llama “soerte” (deformación de la palabra en español suerte) a lo que los estudiosos del México prehispánico y colonial llaman nagual. Al parecer, la palabra usada por María Sabina se desprende del dicho popular mexicano de que “cada quien nace con su suerte ”, expresión en la que se da a entender que según la suerte —signo congénito—, ésta será determinante en la vida de cada persona. Si ésta obtiene bonanza y felicidad, o de lo contrario, vive en miseria y en constante tristeza por los sucesos infaustos de su vida, es porque la suerte así lo ha predeterminado.

Para María Sabina, la suerte es el espíritu de la persona capaz de abandonar el cuerpo humano para convertirse en un animal, de preferencia en tigre.

Nagualismo: “La transfiguración del nagual en bestia tiene casi siempre como objeto provocar daño.” “El nagual sólo tiene el poder de metamorfosis durante las horas nocturnas. Si en la forma animal es capturado y en tal situación mantenido hasta la aurora, muere.” Tonalismo: “En ciertos grupos étnicos indígenas, entre los cuales se encuentran mazatecas, zapotecas y mayas, existió

—en algunas comunidades, existe— una representación que liga místicamente a una persona con un animal. La ligadura mística es de tal naturaleza que la suerte que corre el individuo o el animal repercute en ambos: si la muerte sobreviene a uno, mueren ambos. Este animal, guarda y protector, recibe el nombre de tona…” (Aguirre Beltrán, Medicina y magia, pp. 101-106).

Entre los mazatecos se dice que las personas cuyo espíritu entra en el cuerpo de un animal sueña que llega a lugares lejanos: Nan-tzia-nga (Florencia “la alta”), anciana de Huautla, nos dijo que en su juventud soñaba todas las noches que llegaba a un camino donde había muchas piedras. Un pariente suyo, llamado Calixto, le dijo entonces: “¡Cabrona! Tu espíritu se convierte en zopilote en las noches. El lugar donde tú llegas es el camino a Tenango.”

Aguirre Beltrán agrega: “El sacerdote [o la persona] en el nagualismo se transforma, transfigura o metamorfosea en otro ser, pierde su forma humana y adquiere una forma animal; en el tonalismo el animal y el individuo coexisten separadamente —vidas paralelas — [y] sólo están unidos por un destino común.”

5Aparte de las facultades místicas de poder, para el chamán el tabaco es un agente vomitivo.

XI

Al año siguiente, una hija del viejo Francisco llegó a verme. Ya dentro de mi casa dijo: —Te manda a saludar toda mi familia. La gente que visita a mi padre pregunta que quién lo ha curado. Él contesta que tiene a una doctora, insignificante en apariencia, llamada María Sabina…

—¿Hay asunto ahora? —pregunté.

—Señora, sabes lo que sucede en la vida. Enfermedades van y vienen. Lo mismo enferma un niño que un adulto. Sucede siempre. He venido porque mi sobrino Rodrigo está enfermo. El joven sabio en medicina que vino de la ciudad lo ha estado medicando, pero no sana del todo. Estamos de acuerdo en que tú, señora, vayas a curarlo de una vez.

—¿Qué le pasa? —interrogué.

El cura Alfonso[1] lo pidió para apóstol en la pasada Semana Santa. Ezequiel, su padre, aceptó porque le gustó que su hijo Rodrigo fuese un apóstol. En la Semana Santa, la gente y los apóstoles iban en procesión; pero Rodrigo tropezó a la puerta de la iglesia y cayó. Hace ya dos meses que el niño no puede levantarse, ya los hechiceros han ido a pagar con cacao y huevos a los lugares en que acostumbra jugar el niño. Creemos que fue encantado por el

dueño de algún lugar sagrado y ahora no tiene alivio.

—No te preocupes mujer —le dije—, iré mañana mismo.

A la noche siguiente me presenté en casa de Ezequiel llevando los niños santos suficientes para seis personas.

Ausculté el cuerpo del niño a la luz de una vela. No tenía ninguna herida, pero al poco yo sabría la verdadera enfermedad.

Los de la casa me acompañaron a tomar al pequeño que brota… Cuando ya estaba trabajando dentro de mí, tuve una visión: vi a Rodrigo que caminaba en una muchedumbre. Traía puesto un vestido. Un vestido morado como los que

usan los apóstoles. El niño caminaba solemne. Pero su espíritu no iba con él, estaba en otra parte, así me lo decía la voz y así supe que un espíritu que llevaba un rifle disparó una bala y accidentalmente fue a pegarle al espíritu de Rodrigo.

En ese momento cayó el niño a la puerta de la iglesia. Su espíritu estaba herido, pero su cuerpo no.[2]

Pasada la visión encendí una vela, levanté la camisita del enfermo y vi en su pecho, sobre la región del corazón, un agujero del tamaño de un puño. Era una herida sin sangre aunque profunda. Al ver la cara de Rodrigo, parecía muerto.

Entonces pedí trece granos de cacao molidos y mezclados en agua.

Pedí trece granos de cacao porque mi pensamiento así me lo ordenaba. Pedí también un pollito de pocos días de nacido y una tela para utilizarla como vendaje. Sacrifiqué al pollito, su cuerpo aún caliente lo bañé con agua mezclada con cacao y lo puse sobre el pecho del enfermo. Sobre el pollito muerto puse la venda rodeando el cuerpo de Rodrigo, quien no tomó pequeño que brota. Casi al amanecer, cuando los niños ya no trabajaban en mí, retiré la venda y enterré el pollito cerca de la casa para que no fuese comido por aves de rapiña o por perros. Lo que se usa en una velada es sagrado y no debe ser descompuesto al ser comido por otro animal.

Dormí en la misma casa. Cuando desperté, me dieron alimento y me puse a platicar con la madre del niño enfermo. Alguien vino y avisó que el joven sabio en medicina, el mismo que había tratado de curar al viejo Francisco, abuelo de Rodrigo, esperaba afuera para ser recibido y ver a su enfermo.

Vi entrar al sabio en medicina, yo estaba sentada en el suelo sobre mis piernas recogidas y recargada en una pared. Él vestía ropa blanca y limpia. Dijo el saludo mazateco a todos: "Ninàa-Tindali" (Dios te salude). Nosotros le respondimos lo mismo.

Todos guardamos silencio mientras revisaba con sus fierros al niño enfermo.

Nadie le dijo que en esa noche se había velado para que yo curase al niño. Habló en español con Ezequiel, el papá de Rodrigo, no entendí nada; le dio unas cajitas y un papel.[3]

El joven sabio era de cara blanca y de ojos azules. Se despidió de todos:

"Xtalangá…", dijo a cada uno. Había aprendido a saludar como los mazatecos: apenas rozaba sus dedos en la palma de otra persona, tal como lo hacemos.

En el fondo, yo no sabía qué pensar sobre la eficacia de las medicinas del sabio en medicina. De lo que sí estaba segura era de que él, con toda su sabiduría, ignoraba el verdadero motivo de la enfermedad del niño Rodrigo.

Me despedí de los padres del enfermo. Les dije que su niño ya estaba curado.

Que al cabo de unos días el niño estaría completamente sano. Como pago, me dieron una cajetilla de cigarros, un poco de aguardiente y cinco pesos.

Un sabio como yo no debe cobrar sus servicios. No debe lucrar con su sabiduría.

Quien cobra es un mentiroso. El sabio nace para curar, no para hacer negocio de su saber… Se reciben con humildad dos o tres pesos que se pongan en nuestra mano. Eso sí… con las cositas no se debe comerciar…

Pasado el tiempo, un día bajé al mercado de Huautla. Pasé a saludar al padre de Rodrigo. Me saludó sonriente. Muy contento.

—¿Cómo se encuentra el niño? —pregunté a Ezequiel.

—Ya se alivió. Ya juega con sus amiguitos otra vez. Gracias por haberlo curado.

Porque tú sabes, tú puedes… Gracias. Toma dos pesos para que compres pan.

—No digas eso, Ezequiel —contesté—, porque quien ha sanado a tu hijo es el Dios que nos está criando.

Desde entonces, el viejo Francisco y Ezequiel, su hijo, me tuvieron mucha fe y siempre que tenían un enfermo grave en casa me llamaban para que lo curase.

1El cura don Alfonso Aragón Robles, originario de Sola de Vega, Oaxaca, llegó a Huautla aproximadamente en 1943 para hacerse cargo de la parroquia.

Magnífico orador, hombre de energía pero con cierto sentido del humor, dio impulso al catolicismo en la región. Regresó a su tierra natal a fines de 1960. Su muerte, ocurrida en fecha reciente, impidió conocer su criterio respecto a los sabios indígenas aunque, por lo que sabemos, no creó conflicto alguno entre la Iglesia y los médicos nativos; por el contrario, mantuvo cierto contacto con ellos.

En Semana Santa, doce jóvenes vestidos con túnicas moradas y coronas de espinas, simuladas con musgo, representan a los apóstoles cristianos.

2Existe un mundo oculto, el de los espíritus, donde la "vida" transcurre igual que la nuestra. Para María Sabina ese mundo espiritual sólo es alcanzable con los niños santos.

3El doctor Guerra nos ha dicho ahora: "Atendí a tanta gente que no recuerdo qué enfermedad tuvo Francisco García ni cuál fue la que padeció su sobrino Rodrigo.

Eran los tiempos en que los médicos citadinos que se establecían en Huautla lo hacían por poco tiempo. Yo sabía que las familias mazatecas que tenían un enfermo en casa hacían sus veladas al tiempo que contrataban mis servicios para atender al enfermo. ¿Qué puedo decir acerca de que María Sabina 'veía' la causa de las enfermedades en el trance que le provocaban los hongos? Que yo también podía ver el interior de los cuerpos. Claro, con mi aparato de rayos X."

XII

Durante mis veladas le hablo a los santos: al señor Santiago, a San José y a María. Digo el nombre de cada uno conforme va apareciendo.

Sé que Dios está formado por todos los santos. Así como nosotros, que juntos formamos la humanidad, así Dios está formado por todos los santos. Por eso es que no tengo a ningún santo en preferencia. Todos los santos son iguales, uno tiene la misma fuerza que el otro,

ninguno tiene más poder que otro.

Sé de otros sabios que al igual que yo usan los niños santos. Recuerdo a Toribio García, un hombre de este mismo barrio, vivía por el camino, hacia abajo. Él buscaba la luz en los niños pero también buscaba la respuesta en trece granos de maíz que tiraba al suelo. La posición final de cada grano tiene un significado.

Así adivinaba lo que deseaba; yo no practico ese tipo de asunto, solamente confío en lo que los niños me dicen; para mí eso es suficiente, mi única fuerza es mi Lenguaje. Toribio era otro tipo de sabio. Tiraba los granos de maíz durante la velada. Al amanecer volvía a repetir la suerte…

En el tiempo que estuve casada no utilicé los servicios de Toribio. Los hijos de mi primer matrimonio crecieron sanos.

Y si ahora yo enfermo, me curo a mí misma. Los niños me curan. Ya he podido vivir muchos años… muchos… no sé cuántos…

En mis veladas puedo ver lo que nuestro cristito tiene. Lo contemplo. Puedo tenerlo muy cerca de mí, pero no tocarlo. Hay veces en que quiero atrapar con mis manos lo que veo, pero no hay nada y eso me causa risa en ocasiones. Entro a otro mundo diferente al que conocemos a la luz del día. Es un mundo hermoso pero inalcanzable. Es como ver el cine. Conozco el cine porque un día vino un señor y me llevó al centro de Huautla para que viera una película donde yo aparezco. En el cine uno puede ver, de lejos; pero si se intenta, no podrá tocarse nada de lo que se está viendo. Como en el cine, después de una imagen viene otra. Luego sale otra cosa y después otra. Así siento el efecto de las cositas.

En esta forma veo a los santos, aparece uno y pronuncio su nombre, si aparece

otro, pronuncio su nombre. Si aparece Benito Juárez pronuncio su nombre. A veces aparecen los Seres Principales, entonces me veo tomando cerveza con ellos; otras veces tomamos aguardiente. Veo animales, como gigantescas serpientes, pero no les temo. No les temo porque también son criaturas de Dios.

Aparecen animales extraños, jamás vistos en el asunto mundano. Nada de lo que enseñan las cositas debe ser temido.

Y todo mi Lenguaje está en el Libro que me fue dado. Soy la que lee, la intérprete. Ése es mi privilegio. Aunque el Lenguaje no es el mismo para los diferentes casos. Si estoy curando a un enfermo, uso un tipo de Lenguaje. Si el fin de tomar las cositas es para "encontrar a Dios", entonces uso otro Lenguaje.

Ahora, en vigilia, puedo recordar algo de mi Lenguaje: Soy mujer que sola nací, dice[1]

Soy mujer que sola caí, dice

Porque está tu Libro,[2] dice

Tu Libro de Sabiduría, dice

Tu lenguaje sagrado, dice

Tu hostia que se me da, dice

Tu hostia que comparto, dice

¿En qué número descansas, Padre amado?

Padre lleno de vida

Padre lleno de frescura
Soy mujer de batallas
Porque soy mujer general, dice Porque soy mujer cabo, dice
Soy mujer sargento, dice
Soy mujer comandante, dice
Tú Jesucristo
Tú María
Tú, padre Santísimo
Mujer santo
Mujer santa
Mujer espíritu
Soy mujer que mira hacia dentro, dice
Soy mujer luz, de día, dice
Soy mujer luna, dice
Soy mujer estrella de la mañana
Soy mujer estrella Dios
Soy la mujer constelación huarache, dice
Soy la mujer constelación bastón,[3] dice
Aquí traigo mi rocío
Mi rocío fresco, dice
Aquí traigo mi rocío
Mi rocío trasparente, dice
Porque soy mujer rocío fresco, dice
Soy mujer rocío húmedo, dice
Soy la mujer del alba, dice
Soy la mujer día, dice
Soy la mujer santo, dice
Soy la mujer espíritu, dice
Soy la mujer que trabaja, dice
Soy la mujer que está debajo del árbol que gotea, dice Soy la mujer crepúsculo, dice
Soy la mujer del huipil pulcro, dice

Soy la mujer remolino, dice

Soy la mujer que mira hacia dentro, dice

Porque puedo hablar con Benito Juárez

Porque me acompaña nuestra hermosa Virgen

Porque podemos subir al cielo

Soy la mujer que ve a Benito Juárez

Porque soy la mujer licenciada

Porque soy la mujer pura

Soy la mujer de bien

Porque puedo entrar y puedo salir en el reino de la muerte Porque vengo buscando por debajo del agua desde la orilla opuesta Porque soy la mujer que brota

Soy la mujer que puede ser arrancada, dice

Soy la mujer doctora, dice

Soy la mujer hierbera, dice

Y nuestra hermosa Virgen de Guadalupe

Y nuestra madre Magdalena

Porque soy hija de Dios

Soy hija de Cristo

Soy hija de María

Soy hija de San José y de Candelaria

Esto es parte de mi lenguaje. Los ignorantes nunca podrán cantar como los sabios. Los niños santos me dictan, yo soy la intérprete. Aparece el Libro y ahí empiezo a leer. Leo sin titubear. No siempre aparece el Libro porque en la memoria guardo lo que ahí está escrito.

Para los enfermos, el Lenguaje aparece ahí cuando estoy cerca de ellos. Siempre estoy junto al enfermo, estoy pendiente si vomita o qué le puede pasar. Los enfermos sanan pronto si mastican San Pedro. Si los enfermos mastican San Pedro, yo digo:

Soy mujer San Pedro, dice

Soy mujer San Pablo, dice

Soy mujer que busca debajo del agua, dice Soy mujer que limpia con hierba, dice

Soy la mujer que limpia, dice

Soy la mujer que arregla, dice

Soy la mujer que nada, dice

Soy la nadadora sagrada, dice

Soy la nadadora dueña, dice

Soy la nadadora más grande, dice

Soy la mujer lancha, dice

Soy la mujer estrella de la mañana, dice

Las cositas son las que hablan. Si digo: soy mujer que sola caí, soy mujer que sola nací; son los niños santos quienes hablan. Y dicen así porque brotan por sí solos. Nadie los siembra. Brotan porque así lo quiere Dios. Por eso digo: soy la mujer que puede ser arrancada, porque los niños pueden ser arrancados… y ser tomados… Deben ser tomados tal y como son arrancados… No deben ser hervidos ni nada. No se les necesita hacer más. Como son desenterrados, así deben ser tomados… con todo y tierra. Deben ser comidos por completo, porque si por descuido se tira un pedazo, los niños preguntan al estar trabajando: —

¿Dónde están mis pies? ¿Por qué no me comiste por completo?—. Y ordenan: —

Busca el resto de mi cuerpo y tómame—. Deben obedecerse las palabras de los niños. Habrá que buscar y tomar entonces las partículas que no fueron comidas antes de comenzar la velada.

1La palabra dice se agrega porque "quien habla es el hongo". Viene a ser un lenguaje impersonal, según el chamán.

2Las palabras en redondo, en el lenguaje chamánico están dichas en español mal pronunciado.

3Los mazatecos han formado con las estrellas sus propias constelaciones. Las más conocidas son las llamadas caballo, huarache, bastón y cruz.

XIII

Murió Marcial, mi segundo marido, y me dediqué a trabajar. Vendí alimentos en mi casa de siete brazadas situada a la orilla del camino. Iba a San Miguel o a Tenango para vender velas y pan en los días de plaza o de fiesta. Vivía tranquila con mis hijos. Aunque ya casadas, mis hijas Viviana y Apolonia me visitaban con frecuencia.

Un mes después de haber muerto Marcial empecé a tomar las cositas. Ya dije, no es bueno usar los niños cuando se tiene marido. Al acostarse una con el hombre, se descompone la limpieza de ellos. Si un hombre los toma y a los dos o tres días siguientes hace uso de una mujer, se le pudren los testículos. Si una mujer hace lo mismo, enloquece.[1]

Los problemas no han faltado. Un día, un borracho entró a mi tiendita. Venía a caballo. Entró con su cabalgadura. Adentro, se apeó y pidió una cerveza. Le serví la cerveza. Mi hijo Catarino, ya hecho un hombre, estaba dentro de la casa.

El borracho lo alcanzó a ver: —Ah, ¿estás aquí Catarino…? —preguntó—. —Sí, Crescencio… —dijo mi hijo—. Traje algo de mercancía, para que mi mamá la venda en su tiendita… Vengo de Tierra Caliente, del pueblo de Río Sapo. Traje dos quintales de pescado seco y frijol.

—¿Gustas tomar un trago? —preguntó el borracho.

—Acepto —contestó Catarino—, pues sabemos tomar.

—Sirve, señora —me ordenó el borracho—, sirve una copa de aguardiente para Catarino.

Antes de que pudiera servir, habló Catarino:

—No, Crescencio, no tomaré aguardiente. Si cervezas no hubiera, yo tomaría aguardiente… pero hay cervezas. No tomaré el aguardiente que me invitas…

Destapa dos cervezas, mamá —ordenó mi hijo.

En ese momento el borracho sacó una pistola de su cinto. Temí por mi hijo. El

borracho habló:

—¿Es verdad lo que dices Catarino…? —preguntó con pistola en mano.

Con aparente ira se fue acercando a mi hijo.

—Sabe Dios si eres un bandido —agregó.

—No blasfemes, Crescencio —dijo mi hijo conservando la calma—, soy hombre trabajador. Me gano la vida trayendo mercancía de Puebla y México. Me parece que el bandido eres tú.

Siguieron hablando; retándose en cada vez.

El borracho se tambaleaba, pistola en mano. A sus espaldas alcancé a ver un crucifijo; entonces me di valor y me interpuse entre el borracho y mi hijo, quien se encontraba a mi costado izquierdo. Me acerqué cautelosa; el borracho seguía hablando maldiciones. En un descuido del hombre le arrebaté la pistola.

—¿Por qué has venido a pelear aquí? —pregunté—, aquí no debes hacerlo, porque Dios está presente aquí en mi casa.

El borracho no pronunció más palabras. Guardé la pistola en un cajón debajo de la mesa sobre la que ponía las cervezas. Enojada, me acerqué al borracho y lo saqué a empellones. Pero, en un esfuerzo que éste hizo, me tiró al suelo y aprovechó para correr hacia el cajón y apoderarse de la pistola. Yo corrí y me interpuse para proteger a mi hijo. El borracho, decidido, se me acercó: —Detente que el Sagrado Corazón está en mis manos—, le grité. Al poco, me sentí tirada en el suelo y sangrando en la parte de mi cintura: dos tiros me había pegado en el glúteo derecho y otro en la cadera del mismo lado.

Me llevaron en camilla al centro de Huautla. Me llevaron ante el joven sabio en medicina. Supe su nombre, se llamaba Salvador Guerra. Él me sacó las balas. En esa ocasión me conoció el médico. Por vez primera en mi vida, yo era curada por un sabio en medicina. Pero quedé asombrada. Antes de hacer sus operaciones, inyectó una sustancia en la región donde yo tenía las heridas y mis dolores desaparecieron.[2] En cuento él hacía las curaciones, yo no sentía ningún dolor; luego que terminó me mostró las balas. Agradecida y asombrada le dije: —

Médico, tú eres grande como yo. Haces desaparecer el dolor, me sacaste las balas y yo no sentí ninguna molestia.

A los tres días regresé a mi casa. Yo deseaba tomar café, tortillas, salsa. Quería sentir el sabor de mi comida. Difícilmente me pasaban los alimentos que los ayudantes del sabio en medicina me daban.

En una tarde, estando en mi casa, llegó un hombre a decirme que en esa misma noche el propio Salvador Guerra llegaría ante mí acompañado de una mujer extranjera que deseaba conocerme. Me preparé para una velada.[3]

Entrada la noche el joven sabio llegó en su fierro[4] trayendo a una mujer rubia.

Un traductor me dijo que solamente la señora tomaría los santitos. No hice caso, preparé unos pares de “pajaritos” para el sabio en medicina. En el momento, le hablé en mazateco

diciéndole que tomara conmigo los niños. Tendí la mano para entregárselos. Con ademanes bruscos se negó a tomarlos. Entonces yo le dije: —

Tú me diste la medicina con que curas a los heridos. Me sanaste. Sacaste mis balas. Ahora yo te ofrezco mi medicina. Toma estos pares en pago a tus servicios

—. La mujer rubia apoyó mis palabras. Finalmente el joven sabio tomó sus pares de "derrumbe".

A partir de entonces, Salvador Guerra y yo fuimos buenos amigos. Más tarde, nuestra amistad se amacizó, y el día en que se fue de Huautla (en 1960) el cura Alfonso Aragón hizo una misa para que todos siguiéramos viviendo bien.

Salvador Guerra y yo nos hincamos frente del altar. Al terminar la misma, le ofrecí mi mano y le dije: —¡Doctor!—. Él correspondió tendiéndome la suya diciendo: —¡Doctora!

Y ahora, cuando veo cruzar en mi camino a aquel borracho que me hirió, lo saludo. Pobre, está descompuesto… es un hombre inservible. Su borrachera lo ha acabado.

1Mi madre, Maximina Pineda, de 65 años, dice: "Las mujeres que hacen acto sexual en el monte reciben un castigo, porque los lugares del monte tienen sus dueños. Una ladera, una barranca o un manantial tiene su dueño. Cada dueño es un duende o un grupo de duendes. Es por eso que los lugares del monte son sagrados. La finada Aniceta, del cercano pueblo de Mazatlán, hizo cópulo con varios hombres en el monte. Al cabo, como consecuencia de su atrevimiento, Aniceta quedó con el vientre inflamado como si estuviese encinta. Un día tomó

los honguitos para curarse, pero en los momentos del efecto, la señora sintió que arrojaba lodo de su sexo y luego, que estaba pariendo ratas. Ella veía y sentía cómo salían lodo y ratas de su vagina. Las mujeres que no respetan el ayuno sexual antes y después de tomar los honguitos son castigadas en la misma forma.

Sólo habiendo tomado los honguitos, Aniceta sanó de su mal."

2El médico aplicó anestesia local.

3María Sabina se refiere a la pintora Lady Abdy, quien llegó a Huautla en 1958

recomendada por el escritor Gutierre Tibón. "Recuerdo que la pintora llevaba un paraguas grande de color azul. Varios mazatecos se acercaron a ella para decirle:

'Señora, véndeme tu paraguas.' El día que fuimos con María Sabina fue como a las nueve de la noche. Terminada la velada regresamos a las cinco de la madrugada. No sé cómo llegué a mi casa después de haber dejado a la pintora en su hotel. Al bajarme del jeep veía que los árboles macizos del parque vecino se mecían como frágiles palmeras por el huracán." Salvador Guerra.

4Jeep.

XIV

Pocos años antes de que llegaran a Huautla los primeros extranjeros que conocí, vino a mi casa la vecina Guadalupe, mujer de Cayetano García.[1]

—He soñado feo —dijo—, quiero que vengas a la casa para que nos veas. No me siento bien. Te pido favor. Es posible que se avecinen problemas para mi marido porque su cargo de síndico municipal es difícil. Tú sabes, señora, que hay violencia en el pueblo. Hay envidias. Por cualquier insignificancia la gente se lastima y se mata. Hay discordias.

—Iré ahora mismo contigo —le dije.

Al llegar a su casa, Cayetano me invitó a sentarme. Él tomó otra silla. Su mujer hizo lo mismo. Con voz discreta, el síndico habló:

—Sé quién eres, María Sabina. Es por eso que he mandado a traerte. Tenemos fe en ti. Has curado a los enfermos que ha habido en esta casa; pero ahora te pediré algo especial: quiero que seas mi consejera. El pueblo me ha elegido para un cargo municipal. Sabemos que ser miembro de la autoridad es de grande responsabilidad. Uno debe tomar decisiones y puede equivocarse; así pues, te pido que me aconsejes y que me guíes, porque tú tienes poder, tú sabes, tú puedes conocer la verdad por más escondida que se encuentre, porque las cositas te enseñan. Si hay problemas de litigio en el municipio, tú me dirás dónde está la culpa y yo, como síndico, diré lo que debe hacerse.

—Pierde cuidado —le contesté—, haremos lo que pides. No puedo negarme porque somos antiguos amigos y porque obedezco a la autoridad; además sé que eres hombre bueno, no lo dudo. Seré tu consejera. Consultaremos a los niños santos lo que sea necesario.

Así fue como Cayetano García fue síndico municipal durante tres años; en ese tiempo no hubo problemas graves ni situaciones que las autoridades pudieran lamentar.

Pero debo decir el hecho que antecedió a la llegada de los primeros extranjeros

ante mí. Más o menos quince días después de que fui herida por el borracho, Guadalupe, la mujer de Cayetano, otras personas y yo, tomamos las cositas. En esa vez vi a seres extraños. Parecían personas pero no eran familiares, ni siquiera parecían paisanos mazatecos.

—No sé qué pasa. Veo a gente extraña —dije a Guadalupe.

Le pedí que rezara porque sentí cierta inquietud ante aquella visión. Guadalupe rezó para ayudarme. Le rezó a Dios Cristo.

La explicación a aquella visión la tuve a los pocos días en que Cayetano llegó a mi casa en el curso de la mañana. Sus palabras no dejaron de asombrarme:

—María Sabina —dijo aún jadeante por la caminata—, han llegado unos hombres rubios a entrevistarme a la presidencia municipal. Han venido de lugar lejano con el fin de encontrar a un sabio. Vienen en busca de pequeño que brota.

No sé si te desagrade saberlo, pero prometí traerlos para que te conozcan. Les dije que yo conocía a una verdadera sabia. Y es que uno de ellos, muy serio, se acercó a mi oído para decirme: “busco el Ndi-xi-tjo”. No podía creer lo que escuchaba, por un momento dudé; pero el hombre rubio parecía saber demasiado sobre el asunto, esa impresión sentí. El hombre parece sincero y bueno.

Finalmente les prometí traerlos a tu casa.

—Si tú quieres que así se haga, no me puedo negar. Eres autoridad y somos amigos —respondí.

Al día siguiente, alguien trajo a mi casa a tres hombres rubios. Uno de ellos se llamaba Wasson.[2] Se les dijo a los extranjeros que yo estaba enferma, aunque no precisamente que un borracho me había herido con pistola. Uno de los visitantes escuchó mi pecho. Puso su cabeza en mi pecho para sentir los latidos de mi corazón, tomó con sus manos mis sienes y volvió a poner su cabeza, ahora en mi espalda. El hombre asentía con gestos mientras me tocaba. Finalmente dijo palabras que no entendí; hablaban otra lengua que no era el español. Yo ni siquiera entiendo español.

Pronto, en una noche los extranjeros presenciaron mi velada. Después supe que Wasson

había quedado maravillado; y llegó a decir que otra persona quien decía llamarse sabio en Huautla no era más que un mentiroso. Que no sabía. En realidad se trataba del brujo Venegas…

Cuando los extranjeros tomaron los niños santos conmigo, no sentí nada malo.

La velada fue buena. Tuve visiones diferentes. Llegué a ver lugares que nunca había tenido imaginación de que existiesen. Llegué al lugar de origen de los extranjeros. Vi ciudades. Ciudades grandes. Muchas y grandes casas.

Wasson vino otras veces. Trajo a su mujer y a su hija. También vinieron personas diferentes con él.

Un día Wasson llegó con un grupo de personas. Entre ellas venían paisanos mazatecos quienes traían a un enfermo envuelto en petate. Me dijeron que era un huérfano de nombre Perfecto[3] y que había sido criado por Aurelio-Camino.[4] Este Aurelio también era un sabio y él había tratado de curar al enfermito.

Pero el enfermo ya no tenía remedio. Su muerte se acercaba. Luego que vi el semblante de Perfecto le dije a Aurelio: "Este niño está muy grave. Requiere de mucho cuidado."

Yo tomé los niños y empecé a trabajar. Así fue como supe que Perfecto tenía el espíritu espantado. Su espíritu había sido atrapado por un ser maligno.

Me dejé llevar por el Lenguaje que me brotaba y aunque Perfecto no tomó las cositas mis palabras hicieron que se levantara y lograra ponerse en pie y habló.

Refirió entonces que estando descansando a la sombra de unos cafetales en Cañada Mamey "sintió algo" a sus espaldas.

—Presentí que detrás de mí había algo… —dijo—, como un animal, como un burro. Escuché con claridad que lamía su hocico. Volteé rápidamente, pero no vi nada. Eso me espantó mucho y desde entonces me sentí enfermo. Es cierto papá Aurelio, si me cuidas yo sanaré. Así lo dice María Sabina.

En el curso de la velada el enfermo se puso de pie porque el Lenguaje le dio fuerza. También froté San Pedro en sus brazos.

Transcurrieron las semanas y alguien me avisó que Perfecto había muerto. No lo atendieron debidamente. Si se hubieran hecho varias veladas seguramente habría sanado. No lo hicieron así.

Wasson, su familia y sus amigos se fueron y no volvieron más. Hace años que no los he vuelto a ver; pero sé que su esposa falleció. Solamente Wasson regresó una vez no hace muchos años. La última vez que lo vi me dijo: —María Sabina,

tú y yo aún viviremos por muchos años.

Después de las primeras visitas de Wasson vinieron muchas personas extranjeras a pedirme que hiciera veladas para ellos. Yo les preguntaba si estaban enfermos, pero ellos decían que no. Que solamente venían a "conocer a Dios".[5] Traían consigo innumerables objetos con los que tomaban lo que llaman fotografías y tomaban mi voz. Después me traían papeles en los que yo aparecía. Conservo algunos papeles en donde yo estoy. Los conservo aunque no sé qué dicen de mí.

Es cierto que Wasson y sus amigos fueron los primeros extranjeros que vinieron a nuestro pueblo en busca de los niños santos y que no los tomaban porque padecieran de mal alguno. Su razón era que venían a encontrar a Dios.

Antes de Wasson nadie tomaba los niños simplemente para encontrar a Dios.

Siempre se tomaron para que los enfermos sanaran.

1Cayetano García fue síndico en el periodo de 1953 a 1955, en que Erasto Pineda fungió como presidente municipal. Cayetano recuerda: "Wasson nos solicitó a un sabio y yo me comprometí a llevarlo ante María Sabina. Después, fue necesario ir a Río Santiago para conseguir hongos buenos, pues en Huautla escaseaban por esos días, para que los extranjeros visitantes conocieran nuestras costumbres."

2María Sabina llamaba "Bason" a R. Gordon Wasson.

3María Sabina lo llama Trofeto.

4Se trata de Aurelio Carrera, muerto a la edad aproximada de 90 años. La gente de Huautla llamó a este sabio Lio-Ndiáa (Aurelio-Camino) por tener su casa ubicada a la vera de un camino real.

5María Sabina dice con frecuencia que los extranjeros toman los hongos con el fin único de "buscar y encontrarse con Dios": Ninàa Bá-zée (en mazateco).

6Diarios y revistas.

XV

He pertenecido a las hermandades desde hace 30 años. Ahora pertenezco a la hermandad del Sagrado Corazón de Jesús. La hermandad está compuesta por diez mujeres. Si la sociedad está compuesta por hombres, se llama mayordomía.

A cada socia también se le llama madre. Nuestra tarea consiste en hacer velas y juntar dinero para pagar la misa que mensualmente se hace en acción de gracias al Sagrado Corazón de Jesús. Cada socia entrega a la madre principal cincuenta centavos. Entre todas juntamos cinco pesos; pero si la misa es para el día de fiesta del Sagrado Corazón, o de algún otro santo, entonces damos tres pesos.

Juntamos en total treinta pesos. Damos tres pesos el día de la Virgen de la Natividad que es el 8 de septiembre, también damos tres pesos el tercer viernes de marzo, que son los días de fiesta para nosotros. En Semana Santa, cuando se crucifica a nuestro Padre, también damos tres pesos.

El señor cura tiene una lista donde anota el nombre y la contribución de cada socia. También se entera el obispo.

Quince días antes de la fiesta del patrono, los mayordomos y las socias de la hermandad van por un crucifijo que presta la iglesia. El crucifijo lo lleva en la mano el mayordomo principal.

Con flores que entregan las socias se adorna un altar en la casa del mayordomo principal; y en el camino que llega a esa casa se hace un arco de carrizos adornado por flores. Se recibe a la comitiva que fue por el crucifijo debajo del arco. Se queman cohetes y se tiran flores al paso del crucifijo. La comitiva se acompaña con música y en ella van madres y mayordomos. Las madres van sahumando a la comitiva del crucifijo con copal y cada una lleva velas y flores.

Al frente, un mayordomo va tocando una campanita.

Al llegar a la casa del mayordomo principal, cada socia debe entregar una libra de cera pura. Cada libra de cera se funde y se labra en presencia del crucifijo.

Las velas resultantes se adornan con papel y un moño que sea del mismo color que el vestido del santo patrono. Después de labrada la cera, las socias entregan tres pesos cada una para que se pague la misa. Ése, es día de fiesta. Los músicos tocan y se toma aguardiente, se fuma y se queman más cohetes. Las velas

quedan así benditas. Esas velas son sagradas a partir de entonces y no deben ser encendidas sino en ceremonias religiosas. No para alumbrarse en la oscuridad.

Ya en la víspera de la fiesta, los mayordomos van a las casas de los vecinos a pedir ayuda monetaria. Después de mediodía, los músicos llegan a la casa de la madre principal. Allí se toma aguardiente y se reparten cigarros. Se mata un chivo y se le come en caldo con tamales agrios. Allí llegan los mayordomos con sus mujeres, quienes llevan trece velas de media libra cada una. Las socias llevan flores de toda clase.

Los músicos tocan Flor de naranjo y entonces la madre principal baila con el mayordomo principal. La madre segunda baila con el mayordomo segundo, la madre tercera baila con el mayordomo tercero.

Entrada la tarde, las madres y los mayordomos llevan las trece velas a la iglesia para encenderlas en el altar del Santo Patrono mientras que el señor cura dice el Rosario.

A la mañana siguiente, en el día de la fiesta del patrono, los mayordomos y las madres salen de la casa del mayordomo principal y, en procesión, se dirigen a la iglesia para oír la misa en la que se vuelven a encender las velas que son sostenidas en la mano por las madres. Terminada la misa las velas son apagadas y las madres se las llevan consigo. Las madres y los mayordomos se reúnen otra vez en la casa del mayordomo principal, donde las guitarras y el salterio tocan la música. Allí, nuevamente se toma caldo de chivo con tamales agrios, se fuma y se baila. Los mayordomos y algunas madres toman aguardiente.

Terminada la fiesta, los mayordomos van a la casa municipal y regresan a las autoridades el dinero que prestaron desde un principio para los gastos de la celebración.

Cada dos, cuatro, o seis años, se turnan las socias para que cada una sea, alguna vez, madre principal.

Nunca se deja de ser madre. Cuando una muere, las velas sagradas que son de su propiedad y que no se consumieron se meten en su ataúd, junto al cadáver.

Hará treinta años ya que supe de las hermandades. De la Iglesia salió, creo.

Desde un principio participé en las hermandades con entusiasmo porque siempre he guardado respeto a todo lo que sea asunto de Dios. Obedezco a los sacerdotes.

También soy obediente a las palabras de las autoridades municipales. Ellos son las cabezas. Ellos nos gobiernan.

Cuando se iniciaron las hermandades, hace unos treinta años, conocí en la iglesia a Apolonio Terán. Los dos, en pareja, fuimos a las casas de los vecinos para invitarlos a formar la primera hermandad y la primera mayordomía. Yo sabía que Apolonio era un gran sabio, que tenía poder para curar. Sabía hablar con los Dueños de los Cerros. Los dos sabios, él y yo, nos juntamos en esa tarea sin hablar nunca de nuestras propias sabidurías. Únicamente hablábamos de las cuestiones de las hermandades y de las mayordomías. Entonces, yo no me daba a conocer. Los sabios no deben andar propalando lo que son, porque es asunto delicado. Apolonio era un hombre activo, formaba las hermandades y las mayordomías. Él daba los nombres de las personas a las autoridades municipales, quienes se encargaban de comunicar, mediante un escrito, a las personas elegidas. El escrito era el nombramiento que se le daba a las personas y a quienes se les citaba en determinado día. Formada la sociedad, la misma autoridad prestaba dinero para iniciar las actividades de las

madres y los mayordomos. El dinero se ocupaba para comprar la cera con que se hacen las velas. Más tarde se regresaba el dinero prestado.

Apolonio y yo considerábamos el parecer del marido, de los padres, de los hermanos o de los hijos de la persona que iba a pertenecer como socia a la hermandad o a la mayordomía.[1]

1A propósito, extraemos de nuestro archivo la entrevista que hicimos en agosto de 1970 al sacerdote Antonio Reyes Hernández, encargado de la parroquia de Huautla: "He vivido durante 21 años en la sierra mazateca. He estado en Chiquihuitlán durante 20 años. Ahora he cumplido un año de estar en Huautla, en cuya parroquia existen Libros de Bautismo que datan de 1866. Las campanas fueron fundidas en 1863 en esta misma población. La iglesia fue construida por los dominicos en 1777. Me preocupa el saber que la gente que vive al otro lado de esta cortina de montañas tiene la idea de que Huautla es un centro de vicio.

La verdad es que ni siquiera uno de prostitución se ha establecido y que los habitantes se dedican al trabajo en la cosecha del café para su subsistencia."

Preguntamos si las autoridades eclesiásticas no se oponían a las ceremonias

"paganas" que en la zona mazateca se practican comúnmente como herencia

prehispánica, por parte de hechiceros, curanderos y sabios. "La Iglesia —

respondió el presbítero— no está en contra de estos ritos paganos —si así puede llamárseles—, sino que lleva la palabra de Dios a todos los oídos y convence de la verdad cristiana a los pocos que aún mezclan las creencias locales con la religión católica. No hay mucho de eso, la propia María Sabina es miembro de la Asociación del Apostolado de la Oración y viene a misa el primer viernes de cada mes. Usa su escapulario. Ella es una persona humilde, por lo que me consta, y a nadie hace daño. En cambio, la escandalosa publicidad que se le hace la perjudica y compromete con las autoridades. Deben dejarla en paz. A los periodistas, ¿quién los llama? ¿A qué vienen? Se lo digo, Álvaro, pese a que sé que el hablar con personas que escriben en los periódicos: es peligroso. Es peligroso hablar con los periodistas." Preguntamos: —¿Y los sabios y curanderos? "Los sabios y curanderos no hacen competencia con nuestra religión, ni siquiera los hechiceros. Todos ellos son muy religiosos y vienen a misa. Ellos no hacen labor de proselitismo, por lo tanto, no son considerados herejes y es remoto que se les lance anatemas, ¡huy!, ni en el pensamiento…"

XVI

He sufrido. Y sigo sufriendo. Aquí, abajo de la cadera derecha, en la parte donde recibí la bala que el borracho disparó, ha salido un tumor, ha crecido poco a poco y me duele si hay frío. Hará ya cinco años que vinieron unas personas de la ciudad y quisieron llevarme. Dijeron que los sabios en medicina de por allá me cortarían para desaparecer el tumor. Antes de decidirme consulté al presidente municipal, Valeriano García; él se opuso a que yo me fuera a la Ciudad de México para que me curaran.

—Te puedes morir en el momento que te estén cortando el tumor —dijo—; nos podemos quedar sin María Sabina y eso nos pondría muy tristes.

Como obedezco a la autoridad, yo me negué a acompañar a los señores.

He sufrido por pobre. Mis manos encallecieron por el trabajo rudo. Mis pies también son callosos. Nunca he usado zapatos pero conozco los caminos. Los caminos lodosos, polvosos o pedregosos han curtido las plantas de mis pies.

Nunca de mí ha salido la maldad, tampoco la mentira. Siempre he sido pobre, pobre he vivido y pobre moriré. He padecido. Mis dos maridos murieron. Varios de mis hijos murieron, por enfermedad o en tragedia. Unos hijos fallecieron cuando eran muy

pequeños; otros, nacieron sin vida. A los pequeños no los curaba con mi poder porque entonces tenía marido; las relaciones con los hombres invalidan el poder de los niños.

Ha habido tristeza en mi corazón. He tenido que criar a algunos de mis nietos huérfanos. Uno de mis nietos murió recientemente con la cara hinchada.

Trabajaba como peón abriendo camino para los fierros pero tomaba mucho aguardiente; pobre, apenas tendría veinte años. Ahora estoy criando otro chiquillo. Me gustan los niños. Me gusta acariciarlos y platicar con ellos… A los niños hay que cuidarlos bien. Deben ser bautizados tan pronto nazcan, porque los niños que no están bautizados mueren si sobreviene la tempestad. Los rayos de la tormenta se llevan el espíritu de los niños que no han sido bautizados.

Apenas ayer por la tarde escuché el estruendo que produjo un rayo que cayó por aquí cerca y hoy me avisaron que un niño amaneció muerto en la casa de una

vecina.[1]

Catarino, Viviana y Apolonia, hijos de mi primer marido, sí viven y cada uno tiene hijos y se han retirado de mí, los quehaceres familiares los mantienen ocupados seguramente. De mi segundo marido, solamente vive mi hija Aurora.

Uno de mis hijos, hermano de Aurora y de nombre Aurelio, fue asesinado. Antes de que sucediera la tragedia, los niños santos me lo avisaron. Eran los días en que Wasson venía a Huautla. Fue un día jueves en que durante una velada tuve una visión: apareció una piel pinta de res, tendida en el suelo hacia el lado derecho de donde yo me encontraba hincada. Me quedé callada al ver aquello, pero no me intimidé pese a que era un cuero putrefacto de animal. Olía feo.

Luego apareció un hombre, vestido de paisano, cerca de la piel y al momento gritó: “Yo soy. Yo soy. Con éste serán cinco. Con éste serán cinco a los que asesino.” Un vecino llamado Agustín había tomado los niños conmigo para curarse de dolores que sentía en la cintura. Yo me dirigí a él para preguntarle: —

¿Viste a ese hombre? ¿Oíste lo que dijo?— Agustín contestó: —Sí, lo vi. Es hijo de la señora Dolores.

Quedé muy extrañada, no comprendí las palabras del hombre aparecido en mi visión. Al siguiente día seguí pensando en aquello, sin encontrarle explicación.

Mi hijo Aurelio se encontraba en Teotitlán del Camino la noche del jueves.

Tres días después de haber visto la piel pinta, precisamente un domingo a mediodía, llegaron a mi tiendita tres hombres, uno de ellos preguntó por mi hijo Aurelio de 19 años. Mi hijo acababa de llegar de Teotitlán y se encontraba en un cuarto contiguo tocando la guitarra que recién había comprado. Uno de los hombres era hijo de la vecina Dolores, el mismo que había aparecido en mi visión del jueves anterior. Mi hijo Aurelio los invitó a pasar adonde él se encontraba y les ofreció aguardiente.

Más tarde, los visitantes y mi hijo, al efecto del aguardiente, cantaban acompañándose de la guitarra.

Después de que hubieron cantado varias canciones hubo una breve pausa y, sorpresivamente, el hijo de Dolores insultó a mi hijo. Al asomarme, vi que ese hombre se levantó la camisa y sacó de su cinto un puñal, que de inmediato clavó en la garganta de mi hijo. Grité desesperada al ver que mi Aurelio caía de bruces cerca de la puerta que comunicaba a la tiendita.

El asesino, llevándose su puñal, huyó camino arriba, rumbo a San Miguel, seguido de sus acompañantes.

Yo me arrojé enloquecida de dolor y angustia sobre el cuerpo sangrante de mi hijo, en tanto que otro de mis hijos y algunos amigos salieron en persecución del asesino, al que no lograron atrapar.

Mi pobre Aurelio murió ahí mismo donde cayó. A los dos días lo enterramos.

Los vecinos vinieron al velorio. Tomaron aguardiente y jugaron barajas. Yo les di café, pan y cigarros. Ellos pusieron dinero cerca del cadáver; con eso pagué los gastos del entierro. Lo enterramos con música como es la costumbre.

Al estar siendo enterrrado mi hijo recordé la horrible visión de ese jueves pasado. Entonces comprendí lo que las cositas habían tratado de avisarme: La piel, el hijo de Dolores gritando: "Con éste serán cinco…" Eran avisos de la pena que se avecinaba.

Los hombres que asesinaron a mi Aurelio ahora ya están muertos también. Era gente mala de por sí. La violencia con que actuaban se volvió contra ellos. Uno a uno fueron asesinados por personas que sí pudieron defender sus vidas a tiempo.

Su razón habrán tenido para asesinar a mi hijo. Yo nunca la supe. Mi Aurelio tomaba aguardiente pero no era hombre violento. Durante varios meses lloré la muerte de mi hijo.

Y aunque soy la mujer limpia, que soy la Payasa principal, la maldad ha existido contra mí. En cierta vez quemaron mi casa de siete brazadas de largo. Estaba construida de madera con techo de zacate. Ignoro el motivo por el que lo hicieron. Unas personas pensaron que el motivo era que yo había revelado el secreto ancestral de nuestra medicina nativa a los extranjeros.

Es cierto que antes de Wasson nadie hablaba con tanta soltura acerca de los niños. Ninguna persona, de nuestra gente, revelaba lo que sabía de este asunto.

Pero yo obedecí al síndico municipal; sin embargo, ahora pienso que si los extranjeros hubieran llegado sin recomendación alguna también les hubiera mostrado mi sabiduría, porque en eso no hay nada malo. Los niños son la sangre de Cristo. Cuando hablamos de las veladas lo hacemos en voz baja y para no pronunciar el nombre que tienen (Ndi-xi-tjo) los llamamos cositas o santitos. Así los llamaban nuestros antepasados.

Otras personas creyeron que el motivo por el que quemaron mi casa fue que el

incendiario había pensado que estaba embrujado por mí. Ya dije, yo no soy bruja. Soy sabia. Otras más dijeron que era la envidia que las personas malvadas sentían de mi poder. Nunca supe el verdadero motivo que los impulsó a hacerme daño, ni tampoco sé el nombre del incendiario porque no me interesé en consultarlo a las cositas.

Con la casa ardió mi tiendita, el maíz, las cervezas, el aguardiente, las semillas y los cigarros que vendía, mis huipiles, mis rebozos… ¡Cristo! Todo se acabó. Ese día yo no me encontraba en casa. Estaba vacía, mis hijos y yo habíamos ido a San Miguel, a la fiesta de San Miguel, para revender pan y velas; al regresar, encontramos pura ceniza. Sin saber a quién recurrir, me fui al monte con mis hijos. Para subsistir comimos camotes silvestres. Para no sentir tanto frío hacíamos té de hojas de limón o naranja. Doña Rosaura García, vecina de Huautla a quien conocí en una de las visitas del señor Wasson, me regaló un tazón de peltre. Otra persona, a quien no recuerdo, me regaló una jícara. Eso me sirvió.

Al cabo, nos fuimos a vivir a casa de unos familiares. Y había que empezar nuevamente. Trabajé mucho para levantar otra casa. Ésta sí de adobes con techo de lámina y vivo actualmente en ella.

Pero no todo ha sido sufrimiento. Me pongo contenta al escuchar música en salterio. Me gusta la música. A los Seres Principales también les gusta, ahora recuerdo que cuando ellos me entregaron el Libro, había música. Sonaba el tambor, la trompeta, el violín y el salterio. Es por eso que canto:



Figura 9. María Sabina en el patio de su casa: "lo normal era verla vestida en andrajos". Fotografía de Álvaro Estrada.

Soy la mujer tamborista

Soy la mujer trompetista

Soy la mujer violinista

Y es que yo misma tuve un salterio. Lo compré y lo guardé en mi casa. Lo compré porque en una velada los niños me preguntaron: "¿Tienes salterio?" y yo decía: "No. No tengo." Luego que compré mi salterio les contesté: "Sí, sí tengo salterio."

Quienes sabían tocar el salterio venían a mi casa para tocarlo. A veces lo prestaba, pero un día, sufriendo en la penuria, lo vendí; ahora sé que el salterio está en Santa Cruz de Juárez.

Y me gusta bailar el jarabe mazateco. Lo bailo en mis visiones con los Seres Principales. Un Ser Principal es mi pareja. Pero también bailo en las fiestas de la mayordomía. En una ocasión bailé para el joven sabio [Guerra] la Flor de naranjo, el jarabe mazateco, en casa de doña Rosaura García, para que vieran que soy mujer de gusto. Pero no solamente bailo, también cocino. En cierta vez preparé hongos comestibles para los extranjeros. Creo que fue en casa de la profesora Herlinda Martínez. En una olla grande cocinamos Tjain T'xua (hongos blancos), los que nacen en los jonotes. Hicimos un tezmole picoso que condimentamos con cebolla. Los extranjeros comieron hasta que sintieron sus estómagos llenos.

1"Si la criatura muere porque se lo ha llevado la tempestad, se pone morado. Yo vi una muerte así en una comunidad cercana a Río Santiago", nos ha dicho

Fortunata García, de Huautla.

Sin ser nosotros una autoridad en materia médica, nos atrevemos a decir que en este caso,

los mazatecos se refieran a lo que el lenguaje popular llama “pulmonía fulminante”. El hecho de que el cadáver queda morado y de que se presenta cuando hay tempestad, es decir, en los momentos en que sobreviene la extrema humedad, nos hace suponer que ésta es la causa de la muerte de los niños no debidamente tratados con las precauciones necesarias. Mi padre me dice algo más sobre los niños no bautizados: “Si hay tempestad, se les pone una cruz con agua de cal en la frente o se coloca ahí mismo una cruz de palma bendita.”

XVII

Las personas rubias, hombres y mujeres, llegan a mi puerta. Me llaman

“abuelita” o “Sabinita” desde afuera, entonces yo salgo y los invito a pasar. A los que gustan, les doy café, no tengo más que ofrecerles. Creo que algunos rubios se sienten bien en mi casa, como si fuese suya, porque tienden sus cobijas o petates en el suelo y allí descansan.[1] En esta época del año me visitan extranjeros, pero no todos quieren veladas, vienen también en tiempo de secas, en el que no brotan los niños. Los extranjeros me toman fotografías en cualquier lugar que me encuentran. Me toman fotografías si voy por el camino con mi carga de maíz en la espalda, o estoy descansando sobre una piedra en el mercado. Ya me he acostumbrado a todo eso. Ahora recuerdo que en alguna parte de la ciudad de Oaxaca hay una fotografía enorme, donde aparezco labrando la tierra con azadón. Las personas que tomaron aquella imagen mía compraron mi azadón y se lo llevaron. Me gusta que me obsequien fotografías de mi imagen.

Viene mucha gente a visitarme. Unos dicen ser licenciados, otros dicen tener puestos importantes en la ciudad; toman mi imagen con sus objetos parándose junto a mí y me dan algunas monedas cuando se van. Vienen las personas que hacen “papeles”, traen sus intérpretes mazatecos y hacen preguntas sobre mi vida.[2] Lamento no saber español ni saber escribir; de lo contrario, yo misma diría en los “papeles” lo que yo sé.

Sé que el señor Wasson ha hecho discos y libros de mi Lenguaje.

Hace años estuve en Tehuacán durante un mes. Me acompañó Herlinda, la profesora huauteca. Mi estancia en Tehuacán fue para que se hicieran correcciones a la traducción que dos misioneros extranjeros, llamados Florencia y Jorge, habían hecho de mi Lenguaje. Estos misioneros hablaban bien nuestra lengua, pero ignoro si ellos entendieron exactamente mi Lenguaje. Si yo pudiera leer lo que escribieron, lo sabría… Yo me daba cuenta que tenían cierta dificultad para entenderme.

Con el cura Alfonso Aragón, el que estuvo muchos años en Huautla, conservé grande amistad. Este cura tenía un disco donde estaba grabado mi Lenguaje; lo

supe un día que me invitó a escucharlo. Me dijo que ese disco valía mucho, que su precio era inalcanzable. Yo le agradecí sus palabras.[3]

Yo misma tuve ese disco, imagino que fue el propio Wasson quien me lo envió para que pudiese escucharlo. También me obsequió un objeto que hacía sonar los discos. Pero vinieron unas personas de la ciudad que se dijeron autoridades y se llevaron todo.

En la temporada de lluvias brotan los santitos en nuestra tierra húmeda, entonces más extranjeros vienen a mi casa; me siguen buscando, pero ya no los atiendo; es que ya estoy vieja. La debilidad de mi cuerpo se acentúa a cada día; ya respiro con dificultad, ya no bajo con frecuencia al mercado de Huautla porque me canso mucho. Hay ocasiones en que mi cuerpo es tan flácido que caigo por el camino o dentro de la casa. Resbalo fácilmente por las veredas, no puedo levantar ya el hacha con que antes partía la leña.

Ahora, cuando junto algún dinero, compro leña y la revendo a los vecinos. Mi mayor ilusión en estos últimos años fue tener una tiendita donde pudiera vender nuevamente jabón,

cigarros y refrescos a los caminantes; pero nunca he tenido el dinero suficiente.

Más o menos hace siete años vino un obispo que quería tomar niños santos. Yo se los hubiera dado al obispo, porque sé que los obispos también son grandes, pero no era la temporada. Era marzo y los niños brotan por junio, julio, agosto y septiembre, aunque en algunas zonas frías se pueden encontrar durante noviembre o diciembre, pero escasamente se pueden obtener en abril o marzo. Si tengo a un enfermo en el tiempo en que no se consiguen hongos, recurro a las hojas de la Pastora. Molido y tomado, trabajan como los niños. Desde luego, la Pastora no tiene la fuerza suficiente. Existen otras plantas llamadas semillas de la Virgen. Estas semillas fueron creadas por la Virgen. Yo no uso las semillas, aunque algunos sabios las utilizan.

El obispo me aconsejó que iniciara a mis hijos en la sabiduría que yo tengo; le dije que se puede heredar el color de la piel o de los ojos, incluso la manera de llorar o de sonreír, pero con la sabiduría no puede hacerse lo mismo. La sabiduría no puede heredarse. La sabiduría se trae consigo de nacimiento. Mi sabiduría no puede enseñarse; es por eso que digo que mi Lenguaje nadie me lo enseñó, porque es el Lenguaje que los niños santos dicen al entrar a mi cuerpo.

Quien no nace para ser sabio, no puede alcanzar el Lenguaje aunque haga

muchas veladas. ¿Quién podría enseñar un Lenguaje así? Apenas mi hija Apolonia me ayuda a rezar o a repetir mi Lenguaje durante las veladas. Habla y dice lo que le pido, pero ella no es sabia, no nació con ese destino. Apolonia está dedicada a criar a sus hijos y a atender a su marido, ella tiene hijos grandes que viven en la Ciudad de México, allá trabajan y le envían algún dinero a su madre.

Apolonia y Viviana, mis dos hijas, nunca serán sabias. Ellas no recibirán el Libro de manos de los Seres Principales. En cambio yo, soy conocida en el cielo y el mismo Santo Papa sabe que existo.[4] La gente importante sabe que he nacido. En las veladas oigo que me dicen que soy la mujercita acuática del Libro, que soy la mujer de agua rastrera.[5] Es verdad, por eso soy humilde, pero también soy la mujer que asciende.

No cualquiera puede ser sabio, así se lo hago saber a la gente. Un día me enojé con una maestra de escuela. Me enojé con ella porque no quiso darme un dinero que debía darme. Ella me aseguró que no tenía ningún dinero para mí. Yo le dije:

“Eres maestra y se supone que enseñas a los niños, pero tú quieres burlarte de mí, te crees superior porque sabes leer y escribir. Debes de saber que no me siento insignificante ante nadie, porque es cierto que sabes leer y escribir gracias a que tus padres te enviaron a la escuela para que aprendieras. Tuviste que ir muchos días a la escuela para saber lo que sabes… pero debes comprender que yo, para ser sabia, no tuve necesidad de ir a ninguna escuela. Los sabios no necesitamos aprender lo que sabemos en una escuela. La sabiduría se trae de nacimiento. Y viene junto a uno cuando está siendo parido, como si fuese la placenta.” Y es que los honguitos me han revelado cómo era yo en los días en que me encontraba en el vientre de mi madre: es una visión en la que me veo convertida en feto. Un feto iluminado. Y sé que en el momento en que yo nací, los Seres Principales estaban presentes. También allí estaba el corazón de Cristo y había música.

Los extranjeros trajeron ante mí a un señor de cuerpo grande y gordo. Se veía tonto. No decía una palabra. Hice una velada porque esas personas que lo acompañaban querían ver si los niños tenían la capacidad de curar a los enfermos que hay en la ciudad donde ellos viven. La velada se hizo en casa de Cayetano García.

La reacción del extranjero tonto fue que, pasada la medianoche, rugió como un león. ¡Ay! Me dio temor por un momento, pero el Lenguaje me dio valor.

Guadalupe, la mujer de Cayetano, al escuchar el rugido se llevó a su criatura recién nacida,

la apartó de donde hacíamos la velada para que el extranjero que

rugía no atrapara el espíritu de la critura. Sucede a veces que si la “suerte” de una persona sale, esa “suerte”, al quedar libre, puede entrar en el cuerpo de otra persona cercana. Una sana, y la otra queda enferma… El hombre que rugía pudo haber transferido su “suerte” al recién nacido. El extranjero tonto se fue a su país y no sé qué le ha sucedido hasta ahora.

En una ocasión más reciente, una pareja de extranjeros me pidieron que les diera cositas porque tenían un hijo de cinco años que padecía de granos en la cabeza.

La madre del niño y yo tomamos los niños. En el curso de la velada, el niño empezó a llorar. Lloró mucho. Entonces me fue revelado que la propia madre del niño era la causante de la enfermedad del niño. ¡Cristo!, me dio miedo estar cerca de la señora, pero me armé de valor y la tomé de sus cabellos: “Entrégame el espíritu del niño” —le dije en nuestra lengua. “Dámelo. Dámelo”, repetí a gritos en los oídos de la señora mientras jalaba fuertemente su cabellera.

El niño dejó de llorar, poco a poco, conforme la señora me devolvía el espíritu del niño. La verdad era que ella tenía dentro de sí a un ser maligno que encantaba el espíritu de su propio hijo.

Al amanecer, la pareja se llevó a su niño. Dijeron estar agradecidos por la curación. Aunque al niño no le habían desaparecido los granos de su cabeza, su semblante era mejor ahora que el del día anterior a la velada. La señora se despidió amablemente de mí… pero nunca supo que ella misma había atrapado el espíritu de su hijo provocándole granos en la cabeza.

1La señora involucra a personas de países extranjeros (Estados Unidos, Italia, Argentina, Francia o Japón) y de México.

2Periodistas.

3Folkways Records Album No. FR. 8975. Copyright (c) 1957 By F. Records Service. Corp. 165W 46 St. NYC, USA. “Mushroom Ceremony of the Mazatec Indians of Mexico”. Grabado por V. P. y R. G. Wasson en Huautla de Jiménez, Oaxaca.

4El ya largo contacto de María Sabina con la Iglesia la hace conocedora de las

jerarquías eclesiásticas.

5La mujer de agua rastrera (Chon-da-fe) es personaje en la mitología mazateca.

Se dice que es la mujer del Chicon Nindó.

XVIII

En cierto tiempo vinieron jóvenes, hombres y mujeres, de largas cabelleras, con vestiduras extrañas. Vestían camisas de variados colores y usaban collares.[1]

Vinieron muchos. Algunos de estos jóvenes me buscaban para que yo me desvelara con el pequeño que brota. “Venimos a buscar a Dios” —decían. Para mí era difícil explicarles que las veladas no se hacían con el simple afán de encontrar a Dios, sino que se hace con el propósito único de curar las enfermedades que padece nuestra gente.

Más tarde supe que los jóvenes de larga cabellera no necesitaban de mí para comer cositas.

No faltaron paisanos que con el fin de obtener algunos centavos para comer vendieron los niños santos a los jóvenes. A su vez, éstos los comieron en el lugar que quisieron; lo mismo les daba masticarlos sentados a la sombra de cafetales que sobre un peñasco o en alguna vereda del monte.

Estos jóvenes, rubios y morenos, no respetaron nuestras costumbres. Nunca, que yo recuerde, los niños santos fueron comidos con tanta falta de respeto. Para mí no es un juego hacer veladas. Quien lo hace para sentir simplemente los efectos puede volverse loco y quedar así temporalmente.[2] Nuestros antepasados siempre tomaron los niños santos en una velada presidida por un sabio.

El indebido uso que los jóvenes hicieron de las cositas fue escandaloso.

Obligaron a los principales de la ciudad de Oaxaca a intervenir en Huautla. No todos los extranjeros son malos, es cierto.[3]

Por esos días llegaron a mi casa unas personas que hablaban español y vestían como gente de ciudad. Con ellos venía un intérprete mazateco.[4]

Entraron a mi casa sin que los invitase a pasar. Posaron sus ojos sobre unos niños santos que yo tenía sobre una mesita. Uno de ellos, señalándolos, preguntó: —Si yo te pidiera hongos, ¿me los darías?

—Sí, porque creo que vienes a buscar a Dios —le dije.

Otro de ellos, con voz autoritaria, me ordenó: —Vendrás con nosotros a San Andrés Hidalgo. Iremos en busca de una persona que, al igual que tú, se dedica a enloquecer a la gente.

En tanto, las otras personas que venían en el grupo revisaban mi casa por todos lados. Uno de ellos señaló a los demás una botella que contenía San Pedro. Con decisión les dije: —Es tabaco molido mezclado con cal y ajo. Nosotros le llamamos San Pedro. Sirve para proteger a los espíritus de la maldad.

—¿Se fuma? —preguntó con voz fuerte uno de los hombres.

—No —respondí—, es un tabaco que se frota en los brazos de los enfermos y también se puede colocar un poco dentro de la boca… lo usaron mis antepasados y lo llamaron San Pedro. El San Pedro tiene mucha fuerza… ayuda a sacar la enfermedad.

Una persona más, trajo entre sus manos los papeles que hablaban de mí.

También enseñó a los otros el disco y el aparato que me había regalado Wasson.

Todos voltearon a verme, y me dije: “No puedo hablar español con ellos, pero pueden ver en esos papeles lo que yo soy…” Luego, con cierta suavidad me subieron a una camioneta, obedecí sin oponer resistencia. Me sentaron entre el hombre que manejaba y otro que se sentó junto a la puerta. Este último, continuaba hojeando los papeles donde aparecían fotografías de mi imagen. Me daba cuenta que de cuando en cuando me miraba de reojo.

En ningún momento me asaltó el temor, aunque comprendía que estas personas eran autoridades y que trataban de hacerme daño. Llegamos a San Andrés y ahí apresaron al agente municipal. Finalmente, supe que a este hombre y a mí nos acusaban de vender un tabaco que enloquecía a los jóvenes.

Luego, nos llevaron a la Presidencia Municipal. Un médico del Instituto Indigenista habló con los señores. Hablaron mucho rato. Al cabo, el médico me dijo: “No te preocupes María Sabina, nada te pasará. Aquí estamos para defenderte.” También los señores que me apresaron me dijeron: “Perdona. Ve a tu casa y descansa…” Pero se llevaron mi tabaco San Pedro, los papeles, mi disco y el objeto que lo hacía sonar. Dejaron también en libertad al agente municipal de San Andrés.

Genaro Terán era el presidente municipal de Huautla. Él me dijo que un paisano mazateco a quien la policía buscaba inicialmente me había acusado de vender un

tabaco a los jóvenes que, al fumarlo, los enloquecía.[5] El presidente me reveló el nombre del acusador.

—Presidente —dije a Genaro Terán—, tú sabes que nuestra gente no usa el tabaco que ese desdichado afirma que yo vendo. Me acusan de traer gringos a mi casa. Ellos llegan a buscarme. Me toman fotografías, platican conmigo. Me hacen preguntas, las mismas que ya he respondido muchas veces… y se van después de tomar parte en una velada. Ninguno de estos jóvenes se ha vuelto loco en mi casa. ¿Pero de qué se trata? ¿Qué mal le he hecho al señor éste que me acusa? En mi vida, nunca lo he tratado. Lo conozco, sé que es hijo de la finada Josefina, paisana nuestra, pero jamás le he hecho daño a este individuo. A mí me enoja esta situación. Estoy dispuesta a liarme a golpes con este hombre. Y

si quiere pelear con cuchillo, yo tengo el mío. Y si quiere pelear con pistola, yo veré la forma de conseguir una… Si después el juez me condena a varios años de cárcel, eso será lo de menos, habré saciado mi coraje. No me gusta que la gente se burle de mí.

—Pierde cuidado —dijo Genaro Terán—, el asunto se ha solucionado. Tú no eres culpable de nada. Ve a tu casa María Sabina…

Fue una infamia. En balde ese señor trae pantalones. Me dolió su mentira, fue por eso que yo estaba dispuesta a ir a la cárcel o a morir con el fin de demostrar que yo no era culpable. Ese hombre, quizá para obtener algún dinero, vendía niños santos y tabaco que enloquecía a los jóvenes.

Finalmente, las autoridades se llevaron a la cárcel a ese señor porque se comprobó su maldad.

Las autoridades de Huautla me explicaron también que algunos extranjeros eran malos, que venían para descomponer nuestras costumbres…

Dos años más tarde, el señor Felícitos Pineda, presidente municipal, me envió un oficio en el que me pedía que me presentase ante el ministerio público de Teotitlán del Camino. Fue entonces que tú, Álvaro, me llevaste a México. Estuve viviendo en casa de parientes tuyos. Y me llevaste con un señor que escribe en los papeles y que, como tantos, me hizo preguntas para luego pedir a las autoridades de Oaxaca que me dejasen en paz. También me llevaste a una casa muy grande donde había objetos de nuestros antepasados.[7] Había piedras que labraron hace cientos de años las manos indígenas. Allí mismo, había fotografías

de paisanos. Lo que más me gustó fue escuchar ahí mi voz que sonaba incesante.

Mi Lenguaje sabio en ese lugar; casi no lo podía creer. Recuerdo que las personas se acercaban para saludarme. Me reconocieron. También recuerdo que vi un dibujo en una pared en el que me pareció ver a seres malignos. Seres con alas negras. Creo que así son los demonios, aunque los mazatecos no tenemos imagen del demonio; para nosotros no tiene cara ni forma.

Al regresar a Huautla, Felícitos Pineda insistió en que debía de ir ante los principales de Oaxaca porque se me estaba requiriendo. A los pocos días me presenté en esa ciudad; me acompañó una persona de la autoridad municipal, quien me explicó que me llevaría ante un personaje, un Principal, un personaje que representaba grande autoridad en Oaxaca. Con valor, sin temor de nada me dejé conducir hasta el lugar de la cita. En el momento en que el personaje me vio, gritó mi nombre y se puso de pie. Sonriente sé acercó a mí. Su actitud fue contraria a lo que yo esperaba. Me abrazó; me acarició los cabellos y dijo:

“Quise que vinieras para comunicarte que no hay nada contra ti.” Platicamos por un momento. Al despedirme, agradecí las palabras del personaje y pronto regresé a Huautla.

Ahora, ya he ido en varias ocasiones a la ciudad. Las mismas autoridades municipales de

Huautla me llevan a Oaxaca en la primera semana de julio.[8] Me pongo mi mejor huipil y allí me siento junto a los Principales. Las monjas que están establecidas en Huautla me llevaron a la Ciudad de México y fui con ellas a varias iglesias, entre ellas visitamos donde está nuestra Virgen de Guadalupe.

1Se refiere a los jóvenes de finales de la década de los sesenta que la prensa calificó como hippies.

2Se sabe de algunos mazatecos que han quedado traumados por largo tiempo, dos años por ejemplo, a causa de un "castigo" de los hongos.

3El ejército y agentes federales intervinieron en Huautla a partir del verano de 1969 para expulsar a los jóvenes, extranjeros y mexicanos, que habían hecho del lugar un centro de alucinogenación desenfrenada. El comportamiento de los jóvenes mexicanos, entre los que se encontraban delincuentes y no pocos "niños ricos" en busca de aventura, fue lamentable. Esta irresponsable intromisión de

los jóvenes a Huautla orilló a las autoridades mexicanas a prohibir los alucinógenos —su tráfico y su uso—, al ser incluidos en enero de 1971 en el Código Sanitario vigente en la República Mexicana a iniciativa del presidente Gustavo Díaz Ordaz. La vigilancia federal se prolongó hasta últimas fechas en que los jóvenes dejaron de ser numerosos. A la fecha, las autoridades municipales se encargan de velar por la tranquilidad del pueblo. La fama de Huautla, extendida a todo el mundo occidental, atrae en todo el año un turismo incipiente pero constante. El bordado, labor de las mujeres, es un atractivo que los turistas aprecian. La presencia de jóvenes extranjeros (hippies) en Huautla (1969) no fue escandalosa pero sí notoria.

4Agentes federales del estado de Oaxaca.

5Marihuana.

6Entrevista de María Sabina con José Natividad Rosales (traductor: Álvaro Estrada. Revista Siempre!, núm. 830, 1969) pidiendo al profesor Víctor Bravo Ahuja —gobernador del estado de Oaxaca— dejasen en paz a la "chamana más famosa del mundo, a la que arruinaron la antropología y el escapismo".

7María Sabina habla del Museo de Antropología de la Ciudad de México. En el stand dedicado a los mazatecos de Oaxaca se reproduce, una y otra vez, la grabación de Folkways Records a que se hace referencia en la nota 3 del capítulo anterior.

8Celebración de la Guelaguetza, famosa concentración anual en la ciudad de Oaxaca de las Siete Regiones del estado representadas por grupos de jóvenes danzantes.

XIX

Durante la velada deben apagarse las velas de cera pura que se usan, la oscuridad sirve de fondo a las imágenes que uno está viendo. No es necesario cerrar los ojos, basta con ver hacia el fondo infinito de la oscuridad: allí aparecen los Seres Principales sentados alrededor de una mesa sobre la que existen todas las cosas del mundo. La mesa muestra el reloj, el águila y el tlacuache…

Hay diferentes clases de niños; los que brotan en el bagazo de caña, los que brotan en el excremento del ganado (también llamados San Isidro), los que brotan en los árboles enmohecidos (también llamados "pajaritos") y los que nacen en la tierra húmeda (también llamados "derrumbe"). Los de caña y los

"derrumbe" tienen mayor fuerza en comparación con los "pajaritos" y San Isidro.

La noche que por vez primera hice una velada ante los extranjeros no pensé que algo malo fuera a suceder, pues la orden de atender a los rubios venía directamente de la autoridad municipal, con la recomendación del síndico Cayetano García, amigo mío. Pero, ¿qué resultó?: pues que ha venido mucha gente a buscar a Dios, han venido personas de todos colores y de todas las edades. Los jóvenes son los que han sido más irrespetuosos, ¿sabes…?, ellos toman niños a cualquier hora y en cualquier lugar. No lo hacen durante la noche ni bajo las indicaciones de los sabios y tampoco los utilizan para curarse alguna enfermedad.

Pero desde el momento en que llegaron los extranjeros a buscar a Dios, los niños santos perdieron su pureza. Perdieron su fuerza, los descompusieron. De ahora en adelante ya no servirán. No tiene remedio.[1]

Antes de Wasson, yo sentía que los niños santos me elevaban. Ya no lo siento así. La fuerza ha disminuido. Si Cayetano no hubiera traído a los extranjeros, los niños santos conservarían su poder. Hace muchos años, cuando yo era niña, brotaban en todas partes. Nacían alrededor de la casa; éstos no eran usados en las veladas porque si los ojos humanos se posan sobre ellos invalidan su pureza y fuerza. Había que ir a lugares lejanos a buscarlos, donde la vista humana no los alcanzara. La persona indicada para recogerlos debía guardar cuatro días antes la

abstinencia sexual. En esos cuatro días tenía prohibido asistir a velorios para evitar el aire contaminado de los difuntos.

El aire que rodea a los difuntos es impuro; si alguien tiene una herida y se acerca a un velorio, puede contraer la gangrena. Otra recomendación al enviado a recoger los niños santos era que, de preferencia, lo hiciese después de haberse bañado. En estos últimos años los ve cualquier persona y no se tiene ningún cuidado para recogerlos.

Los cadáveres de animales también producen gangrena. Lo descompuesto es impuro.

Unos extranjeros dicen que vienen a curarse, no falta quien asegura que ya ha sido operado sin encontrar remedio. Después de que han participado en una velada conmigo, me agradecen y dicen sentirse mejor. Dicen que tienen azúcar en la sangre. No conozco esa enfermedad. Sólo sé que el espíritu es quien enferma. Y el espíritu es quien enriquece: las personas que han alcanzado fortuna es porque sus espíritus han viajado al lugar espiritual de la riqueza. Éste es un lugar donde está la fortuna, lo grandioso y la felicidad. El espíritu llega a este reino y roba lo que puede. Si logra atrapar alguna riqueza, la persona llegará a tener dinero o alcanzará puestos importantes en su vida. Pero el espíritu debe tener cuidado de no ser sorprendido por los vigilantes del lugar de la riqueza. Si un vigilante sorprende a un espíritu robando riqueza, lo hiere con pistola. Así es como los espíritus reciben el impacto de una bala. El espíritu viaja y la persona lo sueña.

Para curar a las personas que tienen calentura, sacrifico un pollito abriéndole el pecho con los pulgares de mis manos. Le extraigo el corazón y se lo doy a comer, aún latente, a la persona enferma. El cadáver del pollito puede dejarse en la parte más alta de un arbusto, así no se pudre, simplemente se seca.

Pero ya estoy vieja y enferma. Es cierto, la vida se acaba. Y no sólo trato de curar las enfermedades de algunos extranjeros, sino que ellos también han intentado curar mis achaques. Me regalan medicinas o me visitan quienes se dicen ser sabios en medicina de la ciudad y quieren cortar mi tumor. Yo no les hago mucho caso. Pero siempre hay un hecho que me impide dedicarme a tomar las medicinas o a aceptar que me corten el tumor. Y es que, la verdad, es que no quiero tomar las medicinas de los extranjeros porque yo tengo mi medicina húmeda. Un día un médico auscultó mi cuerpo y me dejó medicinas para que yo

las tomase, no lo hice porque por esos días murieron muchos niños aquí en mi barrio. La causa de esas muertes fue que los dueños —duendes— de los lugares por donde abrieron

la carretera que va a San Miguel y que pasa cerca de mi casa cobraron la profanación que se les hizo echando a perder la quietud de sus lugares, llevándose a muchos niños. No tomé las medicinas porque quien lo hace puede empeorar su enfermedad si, al mismo tiempo, asiste a un velorio o hay un difunto en la casa vecina. Los que saben que me duele la espalda y que me cuesta trabajo tragar, me dan masaje. Primero un hombre y luego una mujer extranjera, me han dado masaje.[2] Siento que son expertos porque después me siento aliviada de los dolores de mi cuerpo. No todos los extranjeros son malos.

Algunos me traen comida o fruta y se los agradezco. Los que usan mi fogón para prepararme comida, les pido que me perdonen porque no tengo cucharas. Saben que soy pobre y que vivo sola, si acaso me acompaña un nieto huérfano…

Los personajes que llegan a mi puerta siempre me traen obsequios. El gobernador de Oaxaca, Zárate Aquino,[3] me regaló dos colchones. Dijo que una cama suave daba mayor comodidad al cuerpo que el suelo duro donde se tienden los petates. Para usar los colchones mandé a comprar dos camas de madera.

Un joven extranjero que vestía ropa multicolor y huaraches me quiso regalar un perro grande y bonito. Yo le dije que no quería perro, que no tenía dinero para mantenerlo. ¿Qué iba a comer el animal? ¿Acaso mierda? El joven extranjero comprendió mi situación y se llevó a su perro.

A mí me gustan los pajarillos. Hace dos años compré una chachalaca traída de Cañada Mamey. La compré en ochenta pesos. Yo sabía que se acercaba la tormenta cuando la chachalaca empezaba a graznar; era como una compañera mía, pero, ¡Jesucristo!, me la robaron. Ahora ya no tengo chachalaca que me distraiga…

1Aguirre Beltrán ha escrito que el médico indígena no buscaba precisamente el conocimiento de las propiedades farmacológicas de las plantas alucinógenas, sino dos aspectos que produjeron un impacto en la mentalidad mágica del indígena: 1] La fuerza mística que provocaban las plantas mágicas en la mente del médico nativo y 2] el poder diagnóstico, más que las supuestas virtudes terapéuticas, contenidas en los alucinógenos.

Algunos estudiosos han afirmado que, en la antigüedad, los hechiceros curaban al cuerpo enfermo a través de la mente. Indudablemente que el uso de los alucinógenos, considerados medicinales y sacros por los antiguos mexicanos, pudieron curar cierto tipo de enfermedades, pero son los investigadores en este tipo de fenómenos quienes deben dar una mejor ilustración al respecto. “Una circunstancia más, de gran entidad, debe ser considerada. Las hierbas sagradas, deidades en sí, actúan en virtud de sus propiedades místicas; esto es, no es la hierba propiamente la que cura sino la divinidad, parte de la divinidad o poder mágico en ella imbuido. Para que este poder permanezca en la planta es indispensable todo un complicado ritual, tanto en su cosecha como en su preparación y uso; de no llevarse a efecto resulta completamente ineficaz su empleo, ya que no curan las propiedades farmacológicas de las hierbas sino las propiedades místicas.” (A. Beltrán, op. cit., p. 123.) Sin duda que María Sabina se refiere a esa fuerza mística cuando dice que los hongos “han perdido su fuerza”. El misticismo que envolvió por siglos anteriores a la ingestión de los hongos en la región mazateca, “ahora se ha perdido”…

Una entrevista inédita, hecha por quien esto escribe al anciano Apolonio Terán, tenido en la comunidad como poderoso sabio, daba ya, en 1969, una idea paralela a la que nos ha dicho María Sabina.

Hongos que hablan

Existen dentro de la zona mazateca sabios de uno y otro sexo que destacan en la comunidad por su gran maestría.

En una mañana de octubre, en 1969, fui en busca del sabio Apolonio Terán, quien había

logrado gran prestigio en la región. Lo encontré sentado en un banquillo de madera, en el centro del patio de su casa. Al sentir mi presencia alzó la mirada anciana, triste, sin lucidez.

—¿Quién eres? —preguntó con dificultad.

—Soy hijo de Evaristo Estrada —contesté con calma y precisión.

—¿Qué deseas?

—Hablar contigo sobre los hongos. Sobre tu sabiduría; pero antes, ¿qué haces aquí sentado?

—Estoy tomando el sol. Dentro de la casa hace frío.

—¿Cuántos años tienes?

—¡Cabrá veri! (¡Cabrones!) hace mucho tiempo que vivo. ¿Sabes? me faltan dos años para que yo cumpla 100…

—¿Cómo te iniciaste para alcanzar la sabiduría?

—Me inicié solo, cuando tenía 20 años…

—¿Tus padres o tíos fueron sabios como tú?

—No. Mi sabiduría no fue hereditaria, aunque en otros sí.

—La gente que sabe de ti, en Huautla, dice que tu Lenguaje ritual es muy elevado. ¿Cómo lo aprendiste?

—No hay mortal que sepa o que pueda enseñar tanta sabiduría. Mi Lenguaje me lo enseñó el honguito.

—¿Podrías decirme ahora parte de tu Lenguaje?

—No, el Lenguaje viene solamente si el hongo está dentro del cuerpo. Un sabio no aprende de memoria lo que debe decir en sus ceremonias. El sagrado hongo es quien habla, el sabio simplemente da la voz.

—¿Sabes de alguno que haya enloquecido por comer hongos?

—No, no, el hongo no enloquece, pero sí castiga a los malvados, a quienes hace vomitar sapos, culebras, cucarachas o gusanos…

—¿Los curanderos son ricos en dinero?

—Sí, son ricos, pero en sabiduría, y pobres en bienes materiales. Los comerciantes, como los de ahí arriba, los del centro de Huautla, viven en casas grandes y bonitas; los curanderos habitan en chozas, como sus antepasados…

—¿Por qué el hongo es sagrado?

—Porque cura las llagas del cuerpo y del espíritu, porque en él habita Dios.

—A tus años, ¿podrías llevar a cabo una ceremonia (velada)?

—Ya no. Mas no por la edad que parece haber vencido mi fuerza física y que es probable que ahora no resista la actividad ritual que suele durar de cuatro a cinco horas. Lo terrible, escucha, es que el hongo divino ya no nos pertenece. Su Lenguaje sagrado ha sido profanado. El Lenguaje ha sido descompuesto y es indescifrable para nosotros…

—¿Cómo es ese nuevo Lenguaje?

—¡Ahora los hongos hablan nguilé (inglés)! Sí, es la lengua que hablan los extranjeros…

—¿A qué se debe ese cambio de Lenguaje?

—Los hongos tienen un espíritu divino, siempre lo tuvieron para nosotros, pero llegó el extranjero y lo ahuyentó…

—¿Dónde quedó ese espíritu divino ahuyentado?

—Vaga sin rumbo por la atmósfera, anda metido entre las nubes. Y no sólo el espíritu divino fue profanado, sino también el de nosotros (los mazatecos).

(Apolonio, curandero y compañero de Sabina en las hermandades, falleció poco después de la entrevista que reproducimos.)

2Lisa Law, de Santa Fe, Nuevo México, dio masaje a María Sabina. S.

Grossman, amiga de la sabia, le cocinó en su propio fogón hígado de res encebollado.

3Llegó a Huautla durante su campaña como candidato por el Partido Revolucionario Institucional.

XX

Pero yo nunca he visto a los demonios, aunque para llegar a donde debo paso por los dominios de la muerte. Me sumerjo y camino por abajo. Puedo buscar en las sombras y el silencio. Así llego donde las enfermedades están agazapadas. Muy abajo. Abajo de las raíces y del agua, del barro y de las piedras. Otras veces asciendo, muy arriba, arriba de las montañas y de las nubes. Al llegar adonde debo, miro a Dios y a Benito Juárez. Allí miro a las gentes buenas. Allí se sabe todo. Del todo y de todos, porque allí todo está claro. Oigo voces. Me hablan. Es la voz del pequeño que brota. El Dios que vive en ellos entra en mi cuerpo. Yo cedo mi cuerpo y mi voz a los niños santos. Ellos son los que hablan, en las veladas trabajan en mi cuerpo y yo digo:

Porque me diste tu reloj

Porque me diste tu pensamiento

Porque soy mujer limpia

Porque soy mujer estrella cruz

Porque soy mujer que vuela

Soy la mujer águila sagrada,

Soy la mujer águila dueña,

Soy la dueña que sabe nadar

Porque puedo nadar en lo grandioso

Porque puedo nadar en todas formas Porque soy la mujer lancha

Porque soy la tlacuache sagrada

Porque soy la tlacuache dueña

Puedo ser águila, tlacuache o mujer reloj.[1] Si los veo, pronuncio sus nombres.

Los niños se convierten en Seres Principales. Los Seres Principales aparecen en las visiones de los iniciados. Ponen sobre su mesa sagrada relojes, papeles, libros, hostias, estrellas, rocío o águilas… Los Seres Principales preguntan a los iniciados:

—¿Qué tipo de sabio quieres tú ser? ¿Quieres que te guíen los Señores de las Montañas, los dueños de los lugares o quieres que te guíe Dios Cristo?—.

Entonces el iniciado escoge y le dice a los Seres Principales lo que prefiere. En ese momento, el iniciado recibe un libro que contiene el Lenguaje que ha escogido.[2]

Yo me decidí por Dios Cristo. Así se los hice saber a los Seres Principales. El lugar de los Seres Principales es el lugar de la abundancia. Allí hay cervezas y música. Cuando estoy en ese lugar, pido que sirvan cervezas para todos. Un Ser Principal sirve las cervezas y entonces todos juntos brindamos. Hay veces en que no es necesario pedir las cervezas, están al alcance de la mano. Si suena la música, yo bailo en pareja con los Seres Principales y también veo que el Lenguaje cae, viene de arriba, como si fuesen pequeños objetos luminosos que con fuerza caen del cielo. El Lenguaje cae sobre la mesa sagrada, cae sobre mi cuerpo. Entonces atrapo con mis manos palabra por palabra. Esto me sucede cuando no veo el Libro… Y yo canto:

Con la Virgen Magdalena

Con la Virgen Guadalupe

Con el Señor Santiago

Porque soy el agua que mira

Porque soy la mujer sabia en medicina

Porque soy la mujer hierbera

Porque soy la mujer de la medicina

Porque soy la mujer de la brisa

Porque soy la mujer del rocío

Si durante la velada los santitos ordenan chupar la enfermedad, yo succiono desde donde me encuentro, no es necesario que pegue mi boca en la parte enferma. Y mi lenguaje dice:

Vengo con mis trece chuparrosas

Porque soy la chuparrosa sagrada

Porque soy la chuparrosa dueña

Porque traigo mi chupador limpio

Porque traigo mi chupador sano

Porque traigo mi carrizo

Mi carrizo con sereno

Mi carrizo fresco

Y es que…

Soy la mujer-libro que está debajo del agua

Soy la mujer de la población grande

Soy la pastora que está debajo del agua

Soy la mujer que pastorea lo grandioso

Soy pastora y vengo con mi pastor

Porque todo tiene su origen

Y yo vengo recorriendo los lugares desde el origen…

Si pongo tabaco en los brazos de un enfermo, entonces yo digo: Y traigo mi San Pedro

Sólo con San Pedro

Sólo con San Pablo

Con lo que yo trabajo

Y con lo que yo aprecio

Con lo que yo trabajo

Y con lo que yo aprecio

Nuestro padre cúmulo de nube

Nuestro padre Arosio[3]

¡Padre mío! ¡Padre del rocío!

Padre labrador

Padre rico

Los santitos me dicen que soy la mujer del dueño de todas las sierras. Por eso digo:

Soy la mujer de agua rastrera…

Me dicen que soy la mujer de los mares, que traigo la sabiduría en mis manos.

Que soy la mujer de San Pedro y San Pablo. Que soy mujer niña pero puedo hablar con los héroes. A veces lloro, pero cuando silbo nadie me espanta.

Y es que en el medio está el Lenguaje. En esta orilla, en el medio y en la otra orilla está el Lenguaje. Con los niños veo a Dios, entonces yo canto: Porque soy la mujer estrella Dios

La mujer estrella cruz

Porque puedo nadar, en lo grandioso

Porque soy mujer dispuesta

Porque tengo a mi gente sanada

Porque tengo a mi cura sanado

Y tengo a mi obispo sanado

Tengo a mi obispo puro

Porque es nuestra gente grandiosa

Porque es nuestra gente excelente

Padre santísimo

Está tu casa que es grande

Está tu casa que es casa de autoridad

Nuestro obispo

Gente de nuestro corazón

Sacerdote bueno y limpio

Obispo bueno y limpio

Cirio bueno y limpio

Monja buena y limpia

Porque existe tu Libro

Tu Libro que yo traigo

Pues…

Soy mujer piedra del sol sagrada

Soy mujer piedra del sol dueña

Soy la mujer aerolito

Soy la mujer aerolito que está debajo del agua Soy la muñeca dueña

Soy la payasa sagrada

Soy la payasa dueña

Porque puedo nadar

Porque puedo volar

Porque puedo rastrear…

Los niños santos curan, curan la calentura, los resfriados, las pieles amarillas o el dolor de muelas. Sacan los malos espíritus del cuerpo, o rescatan el espíritu atrapado por un encantamiento de los dueños de manantiales o montañas. Sanan a los que tienen "suerte" por hechicería. Se toman y luego se vomita al espíritu maligno.

Si veo papeles sobre la mesa rica de los Seres Principales, yo digo: Soy la mujer que escribe…

El Lenguaje pertenece a los niños santos. Ellos hablan y yo tengo el poder para traducir. Si digo que soy la mujercita de libro, eso quiere decir que un pequeño que brota es mujer y que ella es la mujercita de libro, así me convierto durante la velada en hongo-mujercita-de-libro…

Si estoy en la orilla acuática, yo digo:

Soy mujer que está parada en la arena…

Porque la sabiduría viene desde el lugar donde nace la arena.

1Por ser objeto brillante en el pulso, para María Sabina el reloj es símbolo de fortuna.

2Anexamos la traducción que hemos hecho del Lenguaje del sabio mazateco Román Estrada, de 60 años, quien se inició bajo las enseñanzas de un sabio natural de San Lucas, de nombre Juan Manuel, que vivió 122 años. Su padre había vivido más de 130 (p. 201).

El Lenguaje de Román, de acuerdo con los conceptos de María Sabina, está dedicado a los Señores de las Montañas, aun cuando la inclusión de divinidades cristianas es inevitable por la influencia de la Iglesia. Estos dos aspectos no demeritan, no tienen por qué, el exquisito Lenguaje de Román (de la grabación y las anotaciones efectuadas en el otoño de 1969).

3Arosio , palabra indescifrable. María Sabina dice que es “el nombre de un lugar en la sierra”.

XXI

Me gusta fumar cigarro y tomar poco aguardiente, pero nunca me emborracho, ya estoy vieja y me fatigo pronto. Me duele la espalda y el pecho al tragar mis alimentos. No hablo mucho porque mi boca ha perdido algunos dientes, me avergüenza ser desdentada, esto me dificulta comer la carne dura. Prefiero tomar líquidos.

Hace tiempo que vivo sola, mis hijos se han apartado de mí. Cada uno está dedicado a su familia. Sola me he quedado, mis hijos casi no me visitan, los extranjeros que llegan a verme me distraen y me siento acompañada con su presencia.

Mi madre, María Concepción, murió hace menos de diez años. Era una ancianita. Ella enfermó y traté de curarla. Hice tres veladas para darle fuerza, pero ella misma comprendió que su fin estaba próximo y que no había más remedio.

Poco antes de morir me dijo: “Resígnate Bí —así me llamaba—, te agradezco lo que haces por mí, pero ya debo morir. No tengo nada que reprocharte. Al contrario, estoy contenta por las atenciones que me has brindado en la vida.

Aunque siento dejarte. ¿Qué será de ti, después de mi muerte? Confío en que Dios sabrá cuidarte…”

Y yo también ya estoy vieja. Por eso le pido a Dios que me bendiga. Siempre pido bondad, a cada día… Pido bondad para el mundo y para mí.

Sé que pronto voy a morir. Pero estoy resignada. Moriré en el momento en que Dios quiera. En tanto, que la vida siga su curso, que sigamos viviendo nuestro tiempo en este mundo que es de Cristo. Este mundo de cristianos donde también hay maldad y discordia, en este mundo donde la gente pelea por cualquier cosa.

Conozco el lugar de la muerte, porque he llegado allí. Es un lugar en el que no hay ningún ruido, porque el ruido, por mínimo que fuere, molesta. En la paz de ese reino, veo a Benito Juárez.

El día en que yo muera, se hará lo que dicta nuestra costumbre. Le torcerán el pescuezo a un gallo que deberá morir junto a mi cadáver. El espíritu del gallo acompañará a mi espíritu. El gallo cantará cuatro días después de que he sido enterrada, entonces mi espíritu despertará y se irá para siempre al lugar de la muerte. Durante el velorio, mis familiares

colocarán jarritas de agua junto a mi cabeza sin vida. Será el agua que habré de llevar conmigo para que no me agobie la sed mientras viaje al lugar de la muerte. Dentro de mi ataúd pondrán siete semillas de calabaza, quintoniles y bolas de muerto,[1] todo junto en una bolsita de trapo. Será el alimento que llevaré para que el hambre no me moleste en el camino.

Las mujeres que asistan a mi velorio harán tezmole con la carne del gallo sacrificado. El tezmole lo comerán solamente el rezandero y las personas que vayan a cavar mi fosa. Si tengo velas sagradas, que hubieran sobrado de mis andanzas de socia de hermandad, las pondrán junto a mi cadáver. Me vestirán con un huipil limpio y mi mejor rebozo. Entre mis manos se colocará una cruz de palma bendita.

Es que los mazatecos guardamos respeto a los muertos. En los días de los Fieles Difuntos, en los primeros días de noviembre, hacemos ofrenda de flores de cempasúchil colocadas en arcos de carrizo y ponemos sobre la mesa fruta y comida. Tamales con carne de puerco, café y pan.

Un grupo de hombres forman una comparsa, a cada uno se le llama ombligo bolado. Se disfrazan con caretas y ropa de hombre o mujer, llevan música con violines, guitarras y una tambora estruendosa. Visitan las casas de los vecinos cantando:

Ombligo boludo

Fruta de lima

Un favor yo les pido

Un favor nada más:

Denme un poco de limonada

En cada casa bailan en pareja y comen tamales, toman café o aguardiente.

Y es que los ombligos boludos representan a las ánimas que regresan para comer y para saciar su hambre y sed de comida mundana.

Desde hace muchos años, las personas que quieren disfrazarse de ombligo boludo vienen a mi casa. Aquí se transforman. Yo les presto los sombreros de ala tan ancha como una brazada y tejidos de lianas que mis nietos hacen a propósito.

En el resto del año guardo estos sombrerotes colgados del techo dentro de mi casa.

Septiembre de 1975-agosto de 1976



Figura 10. María Sabina de visita en casa de Álvaro Estrada. Fotografía de Álvaro Estrada.

1Fruto abundante en la sierra mazateca. Por su función en las costumbres mazatecas se le llama to-le-kéen (bola de muerto).

Epílogo

[1]

De la serie de sucesos que acontecieron en la vida de María Sabina, después de haber entregado yo el manuscrito de su biografía a Siglo XXI en septiembre de 1976, podría inferirse que era víctima de la fatalidad. Ella misma así lo creía.

Decía que después de haber revelado a los extranjeros el secreto del ritual de los hongos sagrados, hechos funestos se encarnizaban sobre ella. Pero no culpaba de nada a Gordon Wasson, su anglosajón descubridor, sino que aceptaba "su"

responsabilidad con la parte que le correspondía en esta historia particular que, a nuestros días, tiene sus ramificaciones de leyenda.

La realidad era que ciertos acontecimientos graves pudieron evitarse si algún familiar, cercano y honesto, hubiese velado por ella y protegido como lo que era: una madre y anciana indefensa. Por el contrario, sufrió en sus últimos años de vida su propia soledad y el abandono filial. Además, habría de sufrir la envidia aldeana de sus vecinos. El vivir sola facilitó que paisanos mercenarios la manipularan y sustrajeran el poco dinero que le llegaba.

En los primeros días de octubre de 1976, Sabina vino a la Ciudad de México acompañada de sus hijos Catarino y Apolonia. Aquí, un dentista filántropo le regaló una dentadura postiza, pero antes tuvo que extraerle tres incisivos de los únicos cinco dientes que le quedaban porque, débiles, "no resistirían la presión de la dentadura nueva", según el mecánico dental.

Años después, al visitarla, le pregunté por la dentadura al ver la estrecha comisura de sus labios. Pensé que se la quitaba por alguna molestia. Ella explicó: "La perdí un día que, viajando, el camión se detuvo en el camino para que el chofer comiera. Me bajé. Iba conmigo mi hijo Catarino quien me había dado un durazno al que hinqué los dientes. En eso alguien gritó que el camión continuaba su marcha. Asustada tiré el durazno, llevándose mi dentadura bajo las ruedas del camión que ya sonaba [su motor]. Avergonzada, no me atreví a detener el camión. Subí y me conformé pensando que esos dientes nunca

sirvieron, ya que la dentadura, floja, bailaba en mi boca."

Terminaba yo de escribir la biografía de María Sabina en agosto de 1976 y ella quedaba con un tumor en la cadera derecha. Era una protuberancia carnosa que parecía un pulgar inflamado, consecuencia de la vieja herida de bala que un ebrio le disparara en una riña, aparentemente sin importancia. Catarino, el hijo mayor, se había separado hacía muchos años para retirarse a vivir a Río Sapo, un poblado de la Tierra Caliente mazateca. La familia estaba compuesta por tres hijas y diez nietos.

En tanto que se preparaba la impresión de Las confesiones de María Sabina (título original de la obra y que fue cambiado por el actual a sugerencia de Octavio Paz y del editor Arnaldo Orfila) una beca para estudios de posgrado en ingeniería del Istituto per la Ricostruzione Industriale (IRL) de Italia, habría de llevarme a Roma durante el primer semestre de 1977.

A mi regreso me enteré de algunos detalles ocurridos a la sabia mazateca.

A principios de mayo de 1977, en un pleito, fue tomada de los cabellos y tirada al suelo. La débil anciana, de unos 83 años, cayó sobre la cadera tumorosa lastimándose gravemente.

Sin pedir auxilio a nadie, Sabina esperó que su lastimadura sanara por sí sola. Lo que no ocurrió, pues la herida comenzó a supurar. Amigos mutuos extranjeros se enteraron de su situación y solicitaron la intervención del gobierno del estado de Oaxaca para que le proporcionase auxilio médico. Pronto una ambulancia arribó a Huautla para transportar a la chamana a la ciudad capital, Oaxaca. La tripulación ambulante no encontró a la enferma reposando en su cama de tablas de tradicional manufactura regional. Los parientes informaron que la "viejita" se encontraba caminando a pie hacia el cercano poblado de Mazatlán, localizado a más de diez kilómetros de Huautla. Paisanos informaron haberla visto tomar el antiguo camino de herradura, por cierto sinuoso, de pendientes exageradas, como los caminos de toda sierra y por los que Sabina transitaba con naturalidad y agilidad, moviendo con rapidez los pequeños pies descalzos, curtidos y callosos.

Los hombres del gobernador tuvieron que rastrear los pasos de Sabina con el auxilio de un nativo, acortando por veredas y atajos en ocasiones, en tanto que la

ambulancia esperaba en la carretera haciendo lo posible por mantenerse cercana a la vía vecinal. La anciana decidía viajar a pie pudiéndolo hacer en alguno de los vetustos autobuses que eventualmente comunican entre sí a las rancherías por la carretera de terracería. Al fin, el guía identificador señaló a Sabina, quien caminaba aprisa, considerando su edad y su mal, acompañada por uno de sus nietos. Uno de los que ella acostumbraba criar para atenuar su soledad.

María explicó que se dirigía a dejar flores y velas de cera pura al santo patrono de Mazatlán. Los camilleros le explicaron el deseo del gobernador y, después que comprobaron que la lesión se había complicado, la subieron a la ambulancia con el nietecillo y se la llevaron rumbo a Oaxaca, donde fue sometida a una operación de emergencia para extirparle aquella vieja tumoración, mantenida durante más de veinte años y a unos días de haber reventado.

En ocasión anterior, amigos de la Ciudad de México le habían propuesto operarse sin ningún costo, pero no aceptó por ser totalmente extraña para ella la medicina de la gente que "viene de lejos".

Después de ocho días de convalecencia, la anciana regresó con su nieto a Huautla.

En otra riña, una mujer le mordió el antebrazo derecho. Al mostrarme la cicatriz, en forma de media luna, de unos ocho centímetros, me dijo: "Mira, quedó peor que si me hubiera mordido un perro."

En 1978, otra tragedia se presentó: un vecino, ebrio, trabó pleito con el nieto-acompañante de la anciana y lo asesinó de dos tiros. La sufrida abuela exigió justicia a las autoridades, pero nadie la escuchó. El asunto fue olvidado y encapsulado como simple gresca de borrachos.

En ese verano, de 1978, hice un viaje especial de la Ciudad de México a Huautla para visitar a Sabina. Anocheciendo, la encontré sentada en cuclillas sobre su cama frente a una veladora colocada en un plato (única luz en la estancia amplia) que tenuemente iluminaba un ejemplar de su biografía publicada por Siglo XXI.

El libro se hallaba recargado en el centro de la cabecera. La cama de tablas tenía una colchoneta encima y dos cobijas amontonadas en una esquina opuesta.

¿Habría sabido que yo llegaría y el gesto sobre el libro y la veladora era una actitud para halagarme? El hecho me conmovió. Nuestro libro parecía una de las

estampas religiosas que Sabina idolatraba en su altarcillo. Miraba y acariciaba la portada sin hablar, con reverencia gandhiana. Yo había entrado a su casa sin divisiones, de adobes con techo de lámina acanalada y piso natural de tierra. Al sentir mi presencia, sonriente me saludó, mirándome bajo sus espesas cejas.

Luego del saludo, alcé los brazos y le dije: "Vengo a visitarte. No traigo cámara fotográfica, grabadora o máquina de escribir. Quiero que esta noche nos desvelemos con tus 'niños santos'. Nunca los he tomado contigo y esta oportunidad me parece interesante porque sólo deseo escuchar, sentir el eco de tus cantos en una sesión sólo dedicada a mí." Me tomó las manos y contestó: "Te los daré con gusto. Ahora tengo varias jícaras llenas de niños frescos."

Quedamos en que yo regresaría más tarde, a las nueve de la noche, ya que en ese momento debía, aún, bajar al centro del pueblo para saludar a mis padres (que allí viven).

Después de haber estado con mi familia, enfilé otra vez cuesta arriba, a casa de Sabina.

Pero al llegar ante ella me sorprendió encontrarla… ¡desmayada! Yacía boca arriba sobre su cama, con los brazos extendidos, formando con su cuerpo una cruz. Nadie la asistía, y unos niños, que entraban y salían de la casa, me dijeron que ya tenía rato así y que habían retirado la veladora para evitar un incendio. El libro seguía en su sitio. La respiración de Sabina era muy débil. Su cuerpo frío.

Parecía no tener vida. Yo no sabía qué hacer. Tomé un sombrero y abaniqué el aire sobre su rostro. Mojé un pañuelo con aguardiente y lo puse muy cerca de su nariz. Un mal pensamiento tuve: ¿Acaso estaba presenciando la muerte de la mujer de cuya vida yo conocía más que sus propios hijos? Pensamientos peores se arremolinaban en mí, mezclados con la angustia cada vez creciente: si Sabina moría ante mí, ¿que dirían sus familiares, suspicaces por naturaleza? Luego, el informe a las autoridades. Los datos para la prensa. Ni pensar en el periodismo vulgar, amarillista, que rodeaba a la chamana.

Cuando mi angustia parecía entrar en crisis, Sabina balbuceó algo. Me acerqué a su rostro para sentir su aliento… el que despedía un fuerte olor a aguardiente.

Luego, se recuperó poco a poco, hasta sentarse por sí sola en la orilla de la cama.

Pasaron otros minutos hasta que pudo distinguirme a su lado. Con rictus de gravedad me preguntó: "¿Ya llegaste?" Le tomé una mano y le acaricié los cabellos. Parecía haber recobrado plena conciencia. Nadie más había en la casa, a excepción de los dos o tres niños (que por momentos desaparecían), Sabina y

yo. La seguí mirando sin hablarle. Hasta que ella me ordenó traerle tres jícaras repletas con niños que estaban sobre una mesa. Las jícaras tenían hongos sagrados, frescos y grandes. Coloqué dos jícaras junto a ella en la cama. Ahí le pregunté qué había provocado su desmayo. "Me di fuerza", fue su única respuesta al tiempo que me pedía la jícara restante. No hablé más del asunto, comprendí que se había "preparado" ingiriendo una ración más que abundante, fuerte, compuesta de algunos niños, aguardiente y tabaco, lo que hubo de provocarle un shock. Al rato, sus movimientos eran normales, como si nada hubiese ocurrido. Me extendió una jícara con unos doce pares de "derrumbes-niños" (Psilocybe caerulescens). Le dije que eran muchos. Entonces tomó un puño de tabaco molido (con cal y ajo) y me pidió lo masticara y tragara. El tabaco era verde, de hoja fresca, como el que los brujos y curanderos de estas montañas usan en su parafernalia ritual. Me puse un poco en la boca y comencé a masticarlo. Sentí náusea por su sabor horrible, indescriptible. Masticaba contra mi voluntad mientras Sabina me decía: "Trágate todo el tabaco para que tengas fuerza. Te aconsejo esto porque te quiero." Pasé lo que pude. El resto, lo dejé a un lado. Tomé tres pares de "derrumbes" y los mastiqué lentamente, como rumiante, hasta terminar. Sabina todavía me dijo: "Acábate los que hay en la jícara. Si aún quieres, tengo más." Contesté que había tomado ya la mitad de la ración que me asignaba, los tres pares que ya estaban dentro de mi cuerpo. Me miró extrañada y luego, burlona, me susurró: "¡Miedoso!" Tuve que aclararle que mi objetivo en esta velada era no perderme en los profundos e insoslayables sueños que habría de tener si abusase de más pares de niños. Que deseaba mantener mi control para disfrutar de su lenguaje chamanesco. Al terminar de ingerir su propia ración, una jícara de niños, Sabina apagó la veladora y quedamos a oscuras.

Después, en el trance, me recosté en su cama. Ella, en cuclillas, inició sus cantos, que sólo los mazatecos de Oaxaca —y no todos— podemos entender y sentir en plenitud su fuerza mística. Las palabras de Sabina me transportaban a estratos de mágica sensibilidad. Todo lo que me rodeaba y yo mismo, mi cuerpo mismo, estaban fuera de lo habitual. Las palabras de Sabina entraban a través de mis párpados cerrados, convirtiéndose en imágenes. El ritmo de sus palabras era una percusión que, paralelamente, hacía que yo tuviera visiones en las que se presentaban figuras de plantas, flores, hojas, animales, personas. Visiones

fugaces, temporales. Algunas parecían interminables, lomos de serpientes en movimiento que, apretados entre sí, se perdían en un sumidero estrecho, como una boca de remolino que las engullía.

Luego aparecieron plazuelas, plazas de la antigua Tenochtitlan… Visiones que producían miedo, admiración, llanto y reflexión sobre la propia vida… Más, más. De pronto, otra vez la voz de Sabina, su canto rítmico, me devolvía al origen y hacía que de un hueco en la pared (no existente en realidad) brotasen figuras, como plumas de pavo real, de muchos colores: gris, negro, violeta, azul, índigo… festones multicolores reptaban por las paredes de mi universo visual.

Aparecerían también "personas" vestidas como paisanos, de satín azul, verde, rosa y rojo. Sonreían mostrando dientes de oro como los usan los mazatecos.

Bailaban y podía ver sus narices rectas y con aletas anchas, como la de mi madre. Una voz me hablaba. Me explicaba como guía de turistas (claro, estaba en el viaje). No era la voz de Sabina. Era la voz de los niños santos. La voz me explicaba que eran los "derrumbes" convertidos en personas. Estaban bailando para mí, estaban a gusto con mi visita…

La velada seguía desarrollándose en la oscuridad. Sabina continuaba guiando mis visiones. Habrían transcurrido varias horas, tal vez cuatro o cinco. A mí me parecían siglos. (Reflexionaba yo sobre la vitalidad de Sabina, ¿cómo podía resistir las agobiantes sesiones rituales que duraban en promedio cinco a seis horas y que se sucedían casi a diario durante el verano? Ahora tenía 84 años y, aun aparentando fragilidad corporal, era indudable su resistencia interior. Tres a cuatro meses cada año de entrega total a su ministerio chamánico atendiendo a forasteros y paisanos que subían a verla para "encontrar a Dios" o para sanar sus enfermedades por el camino mágico en el que ella transitaba con harta frecuencia.)

Yo seguía recostado viendo hacia el techo… ¿Cuál techo? El techo había desaparecido y la casa de Sabina era un cajón de adobes desde donde podía

"ver" el cielo y sus estrellas palpitantes. Así, mirando hacia la profundidad celeste, "vi" cómo venía hacia mí una brisa fina y fresca que caía en mi cuerpo, empapando mi ropa, mi cara y mis manos. La brisa continuó por un lapso y luego desapareció.

Pasó el tiempo. Sentí a Sabina que estaba sentada a la orilla de su cama. Me senté junto a ella y la cubrí con mi brazo derecho. Una ternura inmensa me invadió; seguía cantando para mí: "Soy mujer luna, mujer águila, mujer transparente como hoja fresca, mujer tlacuache…"

Rompiendo las reglas rituales, la interrumpí. "Descansa viejita", le dije mientras

la cargaba como una criatura, acomodándola sobre las cobijas extendidas. "¿No querías escuchar mi lenguaje?", preguntó. Sinceramente, yo pensaba que estaba extenuada. La cubrí como pude con las mismas cobijas sobre las que descansaba.

La cubrí como a niño pequeño, deseando que durmiera. "Sí. Quiero escuchar tus cantos, pero por ahora debes descansar", le dije. También yo decidí hacerlo.

Coloqué el brazo doblado bajo mi cabeza, a manera de almohada. Mientras hacía lo posible por dormir, aparecían de cuando en cuando algunas visiones, como borbotones que emergieran periódicamente hacia la superficie de aguas tranquilas…

Serían las tres o cuatro de la madrugada. Yo pensaba: "Duermo junto a María Sabina, la famosa sabia de los hongos…"

Unas voces resonaron en mi oído y me despertaron. Eran las añosas hijas de Sabina que

habían volado la tranca de la puerta a empellones. Entraba por allí la débil luz mañanera. Levanté la vista y noté que el techo de lámina existía, continuando intacto. Me incorporé y vi que Sabina miraba a sus hijas sin hablar y que también tenía puesto el brazo como almohada. Las hijas me reconocieron y Apolonia me ofreció huipiles bordados por ella. La verdad, no eran muy buenos, comparados con su precio. Escogí tres, se los pagué y se retiraron. En esos momentos habría querido sorber una taza de café caliente, pero nadie parecía dar importancia a los alimentos, como si allí no se comiera nunca.

Platiqué con Sabina, puse dinero en sus manos y prometí volver por la tarde de ese mismo día.

Así, regresé horas después con una dotación generosa de víveres: leche en polvo, café, galletas, latas de sopa, huevos, carne seca, harina de maíz, cigarros, cerveza, brandy… Pero en el fondo yo intuía que la dotación resultaría efímera porque, ahora sí, nos rodeaban numerosas personas sonrientes…

Y la vida siguió su curso. En 1979, la Dirección de Radio, Televisión y Cinematografía (RTC), dependiente del gobierno mexicano, ordenó la filmación de un cortometraje titulado María Sabina, mujer espíritu, en honor a la anciana indígena de México. La chamana asistiría después, descalza, a la premier, ataviada en su huípil de Huautla, al evento realizado en el cine Regis de la Ciudad de México, hoy desaparecido a causa de los terremotos de 1985.

Sabina recibió como pago de su participación en el cortometraje una tiendita de abarrotes instalada en su propia casa. Se la obsequió Nicolás Echeverría, director del filme. La tiendita duró relativamente poco. Y es que llegaban las vecinas paupérrimas, vestidas con sus huipiles andrajosos, a pedir fiado un kilo de frijol, azúcar, cigarros, arroz, cerveza, cerillos, refrescos…



Figura 11. María Sabina con Jenny Estrada, hija del autor. Fotografía de Álvaro Estrada.

Al fin, nadie pagó. Allí terminó una de las “ilusiones” de la legendaria María: tener una tiendita.

Con estos antecedentes, el gobierno, por su parte, no dio dinero a Sabina como pago por su participación en el filme, sino que le instaló una casa campestre, de madera, tipo prefabricada, junto a su antigua vivienda, para que “viviera con más decoro”. Desde luego, la anciana tardó años para aceptar su nueva casa y cuando lo hizo le encontró defectos: no tenía acometida de electricidad ni de agua potable. ¿Qué caso tenía contar con WC dentro de la casa si no podía usarse? Si ella cantaba en sus versos chamánicos ser la mujer luz de día, mujer luna, mujer piedra de sol, eso no quería decir que no deseara, en el fondo, manipular un interruptor de circuito de electrones que permitiera, a capricho, encender y apagar los focos de la sala, ya que en estos tiempos los usuarios de la magia precortesiana también tienen derecho de ser usuarios de los descubrimientos del hombre blanco.

La realidad era que la acometida de los servicios de agua y electricidad resultaba difícil para el municipio por la lejanía de la casa de Sabina.

Al regresar a Huautla, después de la premier de su filme, arribaron muchos

“buscadores de Dios”. En una sola sesión estuvieron diecisiete adoradores de los hongos santos, según refirió un convidado.

También después del filme Sabina empezó a recibir correspondencia por arrobas.

Me pedía que le leyera las cartas. Eran solicitudes de consejos, artificios o medios de curación de personas angustiadas. No se interesó en contestar ninguna.

Pero si la vida de María Sabina no había sido de dicha ilimitada, tampoco tuvo desdicha total. En 1980 decidió contraer matrimonio con un anciano de ochenta años. Ella de 86. La boda se realizó en Huautla. Para ello se celebró, especialmente, una misa. Ya en casa de Sabina, la pareja bailó un poco al compás de la Flor de naranjo, música regional, y los invitados bebieron,

comieron y también bailaron. Ella misma nos contó la historia: “Un día llegó a visitarme un hombre viejo, que dijo llamarse Trofeto (Perfecto) y venía de Barranca Seca (pueblo vecino). Dijo ser viudo y que se sentía solo. Que sus hijos eran ya grandes y cada uno dedicado a su familia. Me visitó otras veces y platicamos, hasta que me propuso matrimonio. Ya me había puesto a pensar que el fin de mis días se acercaba, que a cada año que pasa se inmoviliza más y más mi cuerpo y que yo también me siento sola, muy sola. Que me alegran ustedes, mis amigos, cuando me visitan y me pongo triste cuando se van. Así que decidí casarme con Trofeto. Compartiríamos el resto de nuestras vidas. Además, tendría la oportunidad de enfrentarme a Dios cuando a la hora de presentarme ante él preguntara: ¿Te casaste ante mí? Le respondería que sí. En mis anteriores matrimonios no me casé. Ni ante la autoridad ni ante la Iglesia. Se hizo la boda y vinieron mis vecinos y amigos. Yo pagué los gastos del casamiento: la misa, los músicos y la bebida…”

Pero el insólito y feliz matrimonio duró pocos días. La insidia de algunos familiares de Sabina ahuyentó a Trofeto, quien no estaba dispuesto a soportar el acoso injurioso y cotidiano, así que, una mañana, tomó sus pocas pertenencias y regresó a Barranca Seca. Sabina lloró, extrañando a su Trofeto, quien jamás volvió.

A principios de marzo de 1983 Sabina llegó a la Ciudad de México. Quienes la trajeron aseguraron que estaba agonizante. Los periódicos, la radio y la televisión difundieron su “grave enfermedad”. La traían paisanos solícitos que, además, le prometían fortuna —a cambio de publicidad—. Aprovechaban las recaídas de la ancianita para hacerse notorios. Al ser entrevistada afirmó que, debido a su edad, ya no tomaba los hongos sagrados. Lo que no dijo fue que los tomaba en cantidad ceremonial, pero yo sabía que comulgaba con dos o tres honguitos, de vez en vez, para “darse fuerza”. No había tal gravedad, sólo achaques de senilidad. La visité y platicamos. Escuché sus palabras pausadas:

“Ya estoy vieja. Es un problema para mí moverme dentro de la casa. Sufro hasta para hacer mis necesidades. Mi vejez es el problema. Cuando tomo atole, haz de cuenta que estoy bebiendo orines. El alimento ya no tiene sabor agradable para mí.”

La rescaté, a su solicitud, del Hospital General, salvándola de filón del fastidio de atender a periodistas banales. Hastiada, ella no quería ver ni a sus

acompañantes, quienes molestos me informaron por teléfono haber desbaratado una rueda de prensa por ausencia de Sabina.

Antes de partir a Huautla estuvo, tranquila, dos días en mi viejo apartamento de Iztapalapa. Escuchó música de salterio y platicamos en el patio. Suceso infeliz: recuerdo que le serví una copa de rompope y al primer sorbo lo escupió, haciendo una mueca de asco. Limpiándose la boca con la mano inquirió: “¿Qué es esto?” Luego, mientras sorbía café, me decía no temer a la muerte porque sus

“niños santos” ya le habían mostrado ese mundo traspuesto; para ella era normal penetrar

en el dominio de la eterna incógnita. Recordó que un día tomó los honguitos a petición de unos padres angustiados que buscaban remedio para dos de sus pequeños hijos muy enfermos. La sabia tomó los honguitos para buscar el remedio, pero una mala visión se interpuso. Vio que seres descarnados, vestidos de paisanos, entraban a la casa graznando como guajolotes. Tomaban los cuerpos de los enfermitos y se los llevaban al tiempo que se los comían a mordiscos. La chamana trabajó durante la velada para salvar la vida de los pequeños, invocando una y otra vez sus espíritus amenazados, pero la visión era decisiva.

Era un revelación de un fin próximo y fatal. A los pocos días, las criaturas murieron.

En otro tono de plática le comenté que médicos de Huautla se quejaban de que no tomaba las medicinas que le recetaban. Dijo que sí tomaba sus pastillas, en cualquier momento, cuando se acordaba, pero que no confiaba en "esa"

medicina.

Reiteré una invitación para que se quedase aquí, en la Ciudad de México, el resto de sus días. No quiso. ¿Quién cuidaría de los pollos? ¿Quién revendería la leña almacenada en casa? Le entregué un paquete conteniendo ejemplares de su biografía. (Le gustaba venderlos con su huella digital impresa. Ya lo había hecho, con éxito, en su pequeña tienda donde los exhibía en un estante especial.) Se llevó dinero, para placer de sus acompañantes.

María Sabina partió de la ciudad el 15 de marzo de 1983. Dos días después, el 17, esta legendaria piscis cumpliría 89 años.

Con frecuencia, redactores de prensa arribaban a la casa de Sabina para entrevistarla. Consecuencia del periodismo ágil, usaban a intérpretes a la mano,

quienes se encargaban de proporcionar datos de valor periodístico pero no confiables. Recuérdese que Sabina no hablaba el español, sólo su lengua nativa.

Alguien inventó, por ejemplo, que los integrantes del famoso grupo musical británico The Beatles hicieron un viaje especial de Londres a Huautla para llegar ante Sabina y conocer, en su hábitat, a los hongos sagrados. ¡Falso! Sería irresponsable de nuestra parte confirmar falacias de este tipo.

Los periodistas llenaban sus libretas, rollos de película y regresaban de inmediato con información obtenida con intérpretes que tenían problemas de lenguaje, porque no dominaban la lengua local y aparte tenían el problema de no expresarse correctamente en español. Y más aún: entender a Sabina no era fácil.

Usaba metáforas y palabras antiguas no fácilmente traducibles por los eventuales intérpretes.

Los periodistas más atrevidos comulgaban en una velada con Sabina. Algunos salían disparados de espanto, al término de la experiencia, y descargaban su furia con narraciones sensacionalistas, "cabeceadas" a ocho columnas en diarios influyentes. Por fortuna Sabina nunca se enteraba de lo que los diarios publicaban sobre ella, ya que parecía no importarle las notas periodísticas.

"Un viaje con María", pues, era material preciado para reforzar un reportaje o, también, eslabón de un proceso micoterapéutico a largo plazo, cuyo término requería de sesiones posteriores. Los periodistas pagaban unos pesos a Sabina por la entrevista, otros se concretaban a cumplir con su trabajo de informar y algunos más "a defender a Sabina de las injusticias del mundo".

Pero un hecho que no entendieron los periodistas pese a su "olfato innato", fue el siguiente:

Lo que descubría el periodista primerizo, al llegar ante Sabina, era la pobreza en que vivía. A primera vista la veían andrajosa y sucia, lo que era un buen tema para fotografiar y "leadear". Esperaban encontrar a una maga pintarrajeada de colorete, con collares y anillos de oro, con asistentes y consultorio habilitado de antesala y aire acondicionado al tipo de algunos "brujos" de Catemaco, de farsantes con esfera adivinadora o quizá con sahumerios y ollas de caldos hirvientes. Otra hubiera sido, en efecto, la imagen de Sabina si familiar alguno la hubiese asesorado para explotar la fama —estarían en su derecho— de que gozaba, aunque, como dijera Wasson, "cundieran por el mundo entero toda suerte de narraciones envilecidas". Pero Sabina era auténtica y vivía su vida

ordinaria. En su casa, lo normal era verla vestida en andrajos, porque no quería

"ensuciar" los huípiles elegantes que usaba en las grandes ocasiones. Gustaba de los aretes y collares de fantasía. Las joyitas, auténticas, que recibía de sus amigos, agradecidos o conmovidos de su humildad, no le duraban. Adornos de poca monta, pero atractivos, le eran sustraídos. Una vez, mi esposa le obsequió un bonito collar con cuentas de mosaico florentino. A los dos días ya no lo traía y no sabía en dónde había quedado. A sus años, cerca de los noventa, no tenía cabal conciencia de lo que ocurría en su vida. No presentaba signos de afectación por el consumo de las plantas sagradas, sino de vejez. Sus reacciones eran propias de su edad.

Comoquiera, Sabina siempre tuvo el dinero suficiente para subsistir en su ambiente y de acuerdo con sus necesidades. De niña aprendió a ganarse la vida.

Mujer valiente, no se arredraba ante nada ni ante nadie.

Wasson descubrió a Sabina cuando ella tenía unos 60 años; después de esa edad no iba a cambiar su régimen de vida, pasara lo que pasara; pero un hecho significativo y justificable cambiaría su actitud y pensamiento ante el dinero.

Aun así, sería una injusticia afirmar que la chamana vivía de comerciar con los honguitos sagrados. Ella seguía revendiendo leña a sus vecinos y habría mantenido la tiendita de no haber sufrido de la "orfandad" filial.

Wasson era, en el tiempo en que conoció a Sabina, un funcionario importante dentro de la banca de Estados Unidos, pertenecía a un selecto y discreto grupo del jet set neoyorquino. Los motivos que lo llevaron a Huautla para más tarde encontrarse con Sabina se describen en Mushrooms, Russia and history y Flesh of the gods,[2] escritos con otros colaboradores. El encuentro Wasson-Sabina fue crucial. Al paso del tiempo surgieron improvisados chamanes que iniciaron la comercialización de los ritos prehispánicos. En gran parte la nueva situación tenía su justificante, ya que, a excepción de los investigadores, los hippies de la década de los sesenta no buscaban la sabiduría milenaria ni datos para un informe antropológico, sino un narcótico más que "elevara el espíritu". Todos traían dinero para pagar, incluso los burdos imitadores como lo eran los hippies mexicanos. A su vez, un fenómeno en la mentalidad neolítica de Sabina era evidente: podía entender el monto insignificante de sus gastos, propios de su condición de vida; pero insertada contra su voluntad en un mundo comercial, frío, que le llegaba de frente, consecuencia de la publicidad, hubo de ceder a la tasación de las sacras veladas, sin que esto, repetimos, fuera criticable desde un punto de vista actual. Sin embargo, después de años de tratarla descubrimos que

ella no conocía el valor del dinero. No descifraba siquiera el valor de los billetes.

Si recibía miles, ella decía que eran unos cuantos pesos. No tenía conciencia monetaria. En una carta fechada el 6 de agosto de 1983, Wasson me refería al respecto: "Echo de menos lo que vi en los años sesenta (¿cincuenta?) cuando le pagaba a María Sabina por sus servicios: entregaba el dinero a sus hijas en seguida. No comprendía nada el papel que desempeñaba la moneda en el mundo contemporáneo. Vive hoy día en la prehistoria." Periodistas y

curiosos le preguntaban si tenía dinero a consecuencia de su fama. Ella negaba tenerlo.

Estaba en su derecho. Para ella el dinero era asunto privado que no debía divulgarse.

Lo imperdonable fue que, a partir de Wasson, vecinos aviesos trataron —y lo consiguieron — de inquietarla diciéndole que había dinero en el mundo a sus expensas. Imposibilitada para comprobar patrañas de esa dimensión, Sabina me decía que le provocaban "dolor en la boca del estómago". Wasson había donado los derechos a Folkways Records para imprimir en discos la ceremonia —una parte— de 1955, los necios en molestarla le aseguraban que los discos se vendían en el mundo masivamente, compitiendo con los hits de las cantantes estadunidenses de moda. María Sabina cantaba en mazateco, ¿quién la iba a entender más allá de su gente? Por ese estilo eran las sandeces que en Sabina provocaban dolor en el estómago. En agosto de 1977 envié a Wasson recortes de diarios mexicanos que ya daban crédito a este tipo de "informaciones", quien no les daba importancia y nunca se molestó en contestarlas. Poco después, el 3 de septiembre, Wasson me dice en su carta: "Hay que acostumbrarse a tales artículos escritos por ignorantes." Sabina sufrió en sus últimos años el acoso de paisanos interesados en notoriedad. Aparecieron "nietos" y "ahijados"

advenedizos, que prometieron ayudarla sin realizar nada al fin. Apoyados en algunos diarios y revistas, se dio amplia difusión del "caso Sabina". Yo, ocupado en mi trabajo técnico deploraba esta censurable actitud. Me dolía leer en los diarios el producto de la manipulación, ver la foto de Sabina, con su rostro triste en busca de "cheques y dinero extraviados". Seguía a sus "salvadores espontáneos", pensando quizá, en su ingenuidad, que eran sinceros. Llegaron al extremo de aumentarle un nombre y apellido variando su fecha de nacimiento, como pretendiendo dar veracidad a las patrañas. Sabina era ajena a las intenciones de los solícitos intérpretes.

Dejando a un lado las inquietudes y los dolores que le originaban los

irresponsables paisanos, Sabina vivía tranquila en su casa prefabricada. Cuando llegaban sus amigos su buen humor se mantenía. Bebía brandy y fumaba. Un día sus nietos se acercaron a nuestra tertulia y tocaron los violines y las guitarras que la famosa abuela les había comprado. Emocionado, bailé con ella la danza mazateca Flor de naranjo. Fue nuestro momento de felicidad.

Otras veces subí a la parte alta de la montaña oriente a Huautla, para visitar a la chamana. En febrero de 1985 me acompañaron mi hermano Antonio y los huautecos Demetrio Olguín y Rutilio García. Un nieto de María, Eduardo, arrancó unas ramas y cortó flores del patio y con ellas Sabina me hizo una

"limpia" frente a su altarcito. Mencionaba mi nombre e impetraba a los dueños de los cerros, en mágicas palabras, bondad y salud para mí, al tiempo que frotaba mi cuerpo con el manojo de plantas. Al terminar, me regaló una de las flores pidiéndome que la trasplantara en el patio de mi casa.

Al atardecer del 2 de noviembre de 1985 llegué a la casa de Sabina. Me dijo que ya no oía. Estaba sorda. Veinte días después, el 22, murió en la ciudad de Oaxaca, a donde fue trasladada para salvarle la vida. Los servicios médicos de emergencia fueron inútiles. María Sabina habría vivido más años si quienes la rodeaban la hubiesen asistido como madre y abuela que era.[3]

Sabina fue velada en su casa de Huautla y sepultada en el panteón municipal.

A solicitud de las autoridades tuve el honor de despedir a Sabina a nombre del pueblo, en un discurso que leí, de cuerpo presente, en el espacio bajo del edificio municipal, donde se realizan los eventos importantes de Huautla. Acompañaron a la chamana unas tres mil personas. En las honras fúnebres pidió la palabra un canadiense, que habló en inglés. Venía, dijo, a ver a María Sabina, encontrándose con la noticia de su lamentable deceso.

Personalmente enteré a Wasson de la muerte de la chamana. Como respuesta, me envió algunas cartas. Orillado por su cariño a Sabina, recibí una carta fechada el 22 de febrero de 1986 en la que decía: "Muy querido amigo mío: Hace tiempo que no te he escrito. Ya soy viejo y mi salud inquieta a mis amigos. Tengo 87

años y he gozado de una buena y larga vida y no me quejo. Desde años una idea me preocupa. Se trata de María Sabina y de Huautla de Jiménez. Seré breve. La iglesia debe canonizarla. Su carácter fue impecable. Siempre fue fiel católica.

Aun de la gente que la odiaba…" etcétera.

Aquella carta terminaba con dos líneas: "Si esta idea mía es una locura, perdóname. Mi vejez tendrá la culpa." Contesté a Wasson que su proposición no era posible, además de que a Sabina le restaría su valor antropológico.

Antes de que Sabina cumpliera un año de haber bajado a la tumba, un grupo de damas voluntarias de Huautla donaron un fondo para la construcción de su monumento funerario. Tuvieron la atención —que les agradezco— de solicitarme redactar el epitafio.

En la placa principal fue colocado un libro abierto de mármol, en el que en bajorrelieve se inscribieron algunos cantos de la chamana, en mazateco y en español:

Mujer aerolito soy

Mujer estrella soy

Mujer águila soy

Mujer sabia en medicina soy

Mujer sabia en hierbas soy

María Sabina (17 de marzo de 1894 - 22 de noviembre de 1985).

Siguiendo otra inscripción:

Aquí reposan los restos

de una mujer mazateca

que con su sabiduría

fue admirada

por propios y extraños.

DIF 1985 - 1986

R. Gordon Wasson, el descubridor de la chamana que nos ocupa, falleció el martes 23 de diciembre de 1986, un día antes de Noel. Había nacido el día 1 de octubre de 1898, cuatro años, seis meses y un día después que Sabina. The New York Times informó del deceso con la siguiente nota: R. GORDON WASSON, EXPERTO MICÓLOGO Y BANQUERO, HA MUERTO.

R. Gordon Wasson, exbanquero que escribió libros académicos acerca de los cultos que incluyen hongos alucinógenos, murió el martes en casa de su hija en Binghampton, N.Y. Tenía 88 años. Antiguo residente de Manhattan, vivía en Danbury, Conn.

Wasson, que era vicepresidente retirado de la Morgan Guaranty Trust Company, obtuvo la condecoración Addison Emery Verrill del Peabody Museum of Natural History de la Yale

University en 1983. El comunicado dice que, junto con su esposa y coautora, la doctora Valentina P. Wasson, “iluminó la santidad de los hongos psicotrópicos, no sólo en Rusia y en Siberia, sino también en las más antiguas de las escrituras hindúes, en los cultos de misterio de la antigua Grecia y entre los pueblos indígenas de México y Guatemala, tanto antiguos como modernos”.

Su mujer, que murió en 1958, y él escribieron también de un modo más general acerca de la función de los hongos en muchas culturas.

A su muerte, Wasson era profesor asociado en etnofarmacología en el museo botánico de la Harvard University. El museo conserva una colección de miles de libros sobre hongos y temas relacionados que reunió y donó en nombre suyo y de su mujer hace cinco años.

Nacido en Great Falls, Mont., hijo de un pastor episcopaliano, creció en Newark, N.J., sirvió en el ejército de Estados Unidos en la primera guerra mundial y

estudió en la escuela de periodismo de la Columbia University y en la London School of Economics. Enseñó en el departamento de inglés de Columbia y fue reportero de The New York Herald Tribune antes de entrar en la banca.

R. Gordon Wasson estuvo por muchos años con J. P. Morgan & Company, la cual se fundió con el Guaranty Trust, convirtiéndose en Morgan Guaranty Trust.

También fue fideicomisario del Barnard College.

Fue autor y coautor de ponencias y libros académicos, incluyendo Mushrooms, Russia and history (1957), The wondrous mushroom: mycolatry in Mesoamerica (1980) y Soma: divine mushroom of inmortality (1968).

A su muerte, R. Gordon Wasson era también investigador asociado honorario y director honorario del jardín botánico de Nueva York.

Le sobreviven su hija Mary X. (Masha) Britten, su hijo Peter, de Gatesville, Texas, y tres nietos.[4]



Figura 12. María Sabina frente al mural Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central, de Diego Rivera. Fotografía de Raúl Paniagua.

1Para la realización de este epílogo, agradezco a Eugenia Huerta, de Siglo XXI, su paciencia; a Olga Peralta García, su iniciativa para la construcción del monumento funerario de María Sabina; a Adela, mi esposa, su constante ánimo.

2Compilado por Peter T. Furst, Nueva York, Praeger Publishers, 1972, caps. 6 y 7.

3Un 22 de noviembre moría Aldous Huxley —1963; la misma fecha en que fue asesinado J. F. Kennedy—, el escritor inglés que incursionó en las experiencias psicotrópicas con el sagrado peyote del norte de México, cuyo resultado fue su libro The doors of perception. Por coincidencia, la chamana de Huautla y Huxley nacieron en el mismo año: 1894.

4R. G. Wasson, A. Hofmann y Carl A. P. Ruck, llegaron a la conclusión de llamar enteógenos a los hongos y, en general, a las "sustancias vegetales que cuando se ingieren proporcionan una experiencia divina". Los términos

"alucinógenos", "psiquedélicos", "psicotrópicos", etc., deben ser sustituidos por enteógenos (neol.) que quiere decir "Dios dentro de nosotros" (El camino a Eleusis. Una solución al enigma de los misterios, México, ECE , 1980).

Cantos chamánicos de María Sabina

[1]

Soy mujer que llora, dice
Soy mujer que chifla, dice
Soy mujer que hace tronar, dice
Soy mujer que hace sonar,[2] dice
Soy mujer espíritu, dice
Soy mujer que llora, dice
Ah, nuestro Jesucristo
Ah, nuestro Jesús
Nuestra mujer San Pedro, dice
Nuestra mujer San Pedro, dice
Nuestra mujer Ustandí,[3] dice
Nuestra mujer aerolito, dice
Nuestra mujer aerolito, dice
Nuestra mujer remolino, dice
Nuestra mujer
Ah, nuestro Jesucristo
Nuestra mujer santo, dice
Nuestra mujer santo, dice
Nuestra mujer santa, dice
Nuestra mujer de las alturas, dice
Nuestra mujer santo, dice
Nuestra mujer espíritu, dice
Ah, nuestro Jesús
Nuestra mujer espíritu, dice
Nuestra mujer que da luz, dice
Soy mujer espíritu, dice
Soy mujer de luz, dice
Soy mujer espíritu, dice
Soy mujer de luz, dice

Soy mujer día, dice
Soy mujer limpia, dice
Soy mujer águila dueña, dice
Ah, nuestro Jesucristo, dice
Soy mujer sagrada, dice
Soy mujer importante, dice
Soy mujer de luz, dice
Soy mujer espíritu, dice
Ah, nuestro Jesucristo, dice
Soy la mujer que viste bien, dice
Soy la mujer altiva, dice
Ah, nuestro Jesucristo
Soy mujer remolino, dice
Ah, nuestro Jesucristo
Es la mujer reloj, dice
Es la mujer limpia, dice
Ah, es Jesucristo, dice
Es la mujer limpia, dice
Es la mujer arreglada, dice
Es amanecer limpio, dice
Es amanecer arreglado, dice
Es amanecer arreglado, dice
Es amanecer arreglado, dice
Es amanecer arreglado, dice
Ah, es Jesucristo, dice
Ah, es Jesús, dice
Ah, es Jesucristo, dice
Ah, es Jesús, dice
Tú, nuestro Padre Santísimo, dice Tú eres el santo, dice
Tú eres la santa, dice
A-jum, jum, jum, jum,[4] dice

Santo, dice
Santa, dice
Santo, lo que es santo, lo que es santo
y lo que es santa, santo, santo, santa
Lo que es llamado santo
y lo que es llamada santa
Lo que es llamado santo
y lo que es llamada santa
Soy mujer que ha hecho parir
Soy mujer que ha ganado
Soy mujer de asuntos de autoridad
Soy mujer de pensamiento
Mujer de sentarse
Mujer de pararse[5]
El corazón de Cristo traigo yo
El corazón de nuestra virgen traigo yo
El corazón de nuestro padre traigo yo El corazón de Cristo traigo yo
El corazón del padre traigo yo
El corazón del tata traigo yo
Es por eso que digo que traigo ese corazón
Santo traigo yo, santa traigo yo
Tú, madre pastora, dice
Tú eres la madre, dice
Madre que tiene vida
Madre que se mece, dice
Madre de brisa
Madre de rocío, dice
Madre que pare
Madre que se pone en pie, dice
Madre de leche
Madre con pechos, dice

Tú, madre de leche
Madre de pechos, dice
Madre fresca
Madre tierna, dice
Madre que crece
Madre verde, dice
Madre fresca,
Madre tierna, dice
Ah, es Jesucristo, dice
Ah, es Jesús, dice
Nuestro padre fresco, dice
Nuestro padre tierno, dice
Madre que crece, madre verde, dice
Madre fresca, madre tierna, dice
Ah, es Jesucristo, dice
Nuestra mujer santo, dice
Nuestra mujer santa, dice
Nuestra mujer espíritu, dice
Nuestra mujer de luz, dice
Es mujer día, dice
Es mujer día, dice
Nuestra mujer de luz, dice
Es mujer día, dice
Nuestra mujer espíritu, dice
Ah, es Jesús, dice
Es mujer de luz, dice
Es mujer día, dice
Soy mujer que mira hacia adentro, dice
Soy mujer que examina, dice
Soy mujer que llora, dice
Soy mujer que chifla, dice

Soy mujer que truena, dice
Soy mujer que es arrancada, dice
Soy mujer que es arrancada, dice
Soy mujer sabia en medicina, dice
Soy mujer sabia en hierbas, dice
Ah, es Jesucristo, dice
Soy mujer labó [?]
Soy mujer sabia en medicina, dice
Soy mujer sabia en lenguaje, dice
Soy mujer de sabiduría, dice
Soy mujer chuparrosa, dice
Soy mujer chuparrosa, dice
Soy mujer que chupa, dice
Soy mujer que chupa, dice
Ah, es Jesucristo, dice
Soy mujer limpia, dice
Soy mujer arreglada, dice
Soy mujer San Pedro, dice
Soy mujer San Pedro, dice
Soy mujer Ustandí
Soy mujer Ustandí
Soy mujer aerolito
Soy mujer aerolito
¡Cayetano!
[Cayetano responde: "Sí. Trabájale, trabájale.]
Soy mujer limpia, dice
Soy mujer arreglada, dice
Soy mujer que mira hacia adentro, dice
Soy mujer que mira hacia adentro, dice
Soy mujer que mira hacia adentro, dice
Soy mujer que mira hacia adentro, dice

Soy mujer que mira hacia adentro, dice
Soy mujer de luz, dice
Soy mujer de luz, dice
Soy mujer de luz, dice
Soy mujer día, dice
Soy mujer que truena, dice
Soy mujer sabia en medicina, dice
Soy mujer sabia en Lenguaje, dice
Soy mujer Cristo, dice
Ah, Jesucristo, dice
Soy mujer estrella grande, dice
Soy mujer estrella Dios, dice
Soy mujer estrella cruz, dice
Soy mujer Luna, dice
Soy mujer labó, dice
Ah, es Jesucristo, dice
Soy mujer del cielo, dice
Soy mujer del cielo, dice
Ah, es Jesucristo, dice
Soy la mujer que sabe nadar, dice
Soy la mujer que sabe nadar en lo sagrado, dice Porque puedo ir al cielo, dice
Porque puedo ir a nadar sobre el agua del mar, dice Aquello es muy suave, dice
Aquello es como tierra, dice
Es como la brisa, dice
Es como el rocío, dice
Santo, santo, santo, santo, santo,
santo, santo, santo, santo, santo,
santo, santo, santo, santo, santo,
santo, san, santo.
na, na, mai
mama, mama, mama, mama, mama, mama,

Que estás, estás, estás, en el cielo

Cristo, tú eres el padre, tú eres el Cristo

Kisosososo sos osi[7]

Tú eres nuestro padre, tú eres el tata

Madre pastora, madre concepción, madre patrona Madre María Mercena[8]

Tú eres madre María Concesa

Tú eres madre María patrona

Tú eres madre todos los santos

Todos los santos

Madre Ususná[1]

Madre santuario[11]

Tú eres madre Ususná

Padre del santuario[12]

Madre que está sobre la mesa cerca de Ojitlán

Como nuestra Virgen agua chiquita

Nuestra Virgen todos los padres[13]

Pa, pa, pa pai, papai

Kisosososo si[14]

Tú, madre que estás, estás, estás en el cielo

En un cielo hermoso, dice

Un cielo que está en lo elevado, dice

Un cielo de claridad, dice

Porque allí me voy a tomar, dice

Y porque por la sombra me voy, dice

Porque hay huellas

Porque tengo mis manos, dice

Porque tengo mi lengua

porque tengo mi boca, dice

Porque mis huellas, dice

Porque tengo mis manos, dice

Porque tengo mi lengua, dice

Porque estoy hablando con humildad, dice
Porque estoy hablando nada más[15]
Nga kgo, nga tí[1]
Hablando con humildad
Hablando nada más
Madre que estás en el cielo
Padre que estás en el cielo
Hacia allá me dirijo
Hacia allá voy
Pues allí estoy hablando con mi libro
Pues allí estoy hablando, dice
Con mi lengua y con mi boca, dice
Porque allí lo estoy poniendo, dice
Cuán grande y cuán limpio es, dice
Soy mujer San Pedro, dice
Soy mujer San Pedro, dice
Soy mujer Ustandí, dice
Soy mujer aerolito, dice
Es padre, dice
Es santo, dice
Es santa, dice
Es santo, dice
Es santa, dice
Ah, qué caro es, dice
Ah, qué hombre es, dice
Porque miro hacia adentro, dice
Porque examino, dice
Mi libro limpio, dice
Mi libro arreglado, dice
Mi Dios limpio, dice
Mi Dios bien hecho, dice

Mi ave limpia, dice
Mi ave arreglada, dice
Ah, qué caro es, dice
Es padre, dice
Cayetanito García, dice
Tu hombre fuerte, dice
Porque es padre, dice
Y porque es madre, dice
Jesús, dice
Tu hombre fuerte, dice
Tu hombre grandioso, dice
Es hombre poderoso, dice
Es hombre altivo, dice
Que sabe hacer bailar, dice
Que llora, dice
Este Cayetano García
Qué caro es…
Qué hombre es…
Santo, kisosososi[17]
Tú madre, tú madre
Jesús madre pastora
Tú madre Concesa
Madre patrona
Madre Magdalena
Tú, muñeca Virgen del Rosario
Y tú padre del santuario
Nuestro padre
Padre fresco, padre tierno
Tú madre Ususná
Jesucristo
Tú madre que estás sobre la mesa cerca de Ojitlán Madre patrona

Jesús
Madre Concesa
Tú, muñeca Virgen Guadalupe
De México de Oaxaca
Ay, Jesucristo
Porque son papeles de juez
Es el libro de la ley
Es el libro de tu gobierno
Pues puedo hablar con tu águila
Pues nos conoce el juez
Pues nos conoce el gobierno
Pues nos conoce el juez
Pues nos conoce Dios
Es cierto, así está[18]
Es cierto, así es[1]
Porque soy mujer justicia
Porque soy mujer con autoridad
No es nada salado
No es nada mentira
Jesucristo…
Ah, Jesucristo
Soy mujer que llora
Soy mujer que chifla
Soy mujer que hace girar
Ah, Jesucristo
Ah, Jesús
Ah, Jesús
Eh, Cayetano García
[Como invitándolo a escuchar]
[Cayetano responde: "Sí. ¡Trabaja! ¡Trabaja!"]
Ah, Jesús

Mujer santa, ah, Jesús
Jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum
Jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum
Jum, jum, jum, jum
So, so, so, si, jum, jum, jum, jum
Jum, jum, jum, jum
Mujer que truena
Mujer que es arrancada
Mujer que truena
Mujer que es arrancada
Mujer dulce dueña
Mujer dulce sagrada
Ah, Jesús
Mujer que busca
Mujer que toma entre manos
Jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum
Jum, jum, jum, jum,
Mujer de cabeza altiva, jum, jum, jum, jum
Una que se marchita, una que crece
Un espíritu, uno que es luz, uno que es día
Jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum
¡Cayetano García!
[Invitándolo a escuchar]
[Cayetano contesta: "Sí...]
¿No es así?
[Pregunta María Sabina]
[Cayetano responde: "Sí... es así."]
¿No es así? ¡Así! ¡Oye!
Mujer que truena, mujer que es arrancada
Ah, Jesús, ah, Jesús, ah, Jesús, ah, Jesús
[Cayetano ríe, extasiado.]

Ah, Jesús. Jum, jum, jum, jum

So, so, so, so, mujer justicia

Jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum

[Cayetano: "¡Muchas gracias!"]

Mujer San Pedro, mujer San Pablo

Ah, Jesús

Mujer libro

Mujer libro

Jum, jum, jum, jum

Mujer estrella grande[2]

Mujer estrella cruz

Mujer estrella Dios

Ah, Jesús

Mujer Luna, mujer Luna, mujer Luna

Jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum

Mujer brisa, mujer rocío

[Cayetano dice: "Trabaja. Trabaja. Tú trabaja."]

Jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum

Mujer libro

Ah, Jesús, jum, jum, jum, jum

So, so, so, so, jum, jum, jum, jum

Mujer payasa dueña

Mujer payasa que está debajo de lo sagrado

Mujer payasa, ven

Ah, Jesús. Jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum, jum So, so, so, so, mujer que truena

Mujer que es arrancada, jum, jum, jum, jum

Mujer Cristo, mujer Cristo, jum, jum, jum, jum So, so, so, so, so, so, so, so, so, so, so, so Mujer remolino, mujer remolino

Mujer de población grande, mujer de población grande

Mujer águila dueña, mujer águila dueña Jum, jum, jum, jum. So, so, so, so

So, so, so, so. So, so, so, so. Jum, jum, jum, jum Jum, jum, jum, jum. Jum, jum, jum, jum

[Cayetano: "Trabaja, trabaja, es tu trabajo…" Otras palabras indescifrables.]

So, so, so, so. So, so, so, so

Si, si, si, si, si, si, si, si

Si, si, si, si, to, to, ta, ta

Si, si, si, si, so, so, ta, ta

Jumjumjumjumjumjumjumjum

Jum, jumjumjum Sisososoooooooiiii

[Aplaude con la terminación de la nota.]

¡Cayetano García!

[Cayetano: "Trabaja, trabaja."]

mmmmmmmmmmmmmmmmm…

¡Cayetano García!

[Cayetano: "Trabaja, trabaja, pierde cuidado."]

Fiiiiiiii

Jai, jai, jai Sisoui

Jinoi…

Tú eres el papi

Tú eres Cristo

Tú eres Cristo

El camino de tus huellas

El camino de tus pies

Donde dejas tu sangre, Cristo

Donde está tu saliva

Donde está tu sudor, Cristo

Es por eso que yo voy al camino

de tus huellas

Así como tú te situaste, Cristo

Así como tú te situaste, padre

Así como tú te situaste, tata Porque eres padre hermoso

y padre altivo

Porque eres padre sagrado

y padre altivo
Porque eres padre fresco y
padre tierno, Padre fresco y padre tierno
Padre que crece y padre verde[21]
Padre fresco y padre tierno
Jesucristo
Porque allí entregamos
Estamos hablando humildemente
Estamos hablando nada más
Está tendida la huella
Está tendida nuestra mano
[Cayetano: "Trabaja, trabaja."]
Así como todos los santos
Así como todas las santas
Siempre ha habido santos
Siempre ha habido santas
Siempre ha habido santos
Siempre ha habido santas
Siempre ha habido espíritu limpio
Siempre ha habido semblante que es bueno
Y es semblante limpio
Y es semblante que está arreglado
Es semblante que está arreglado
Es semblante sagrado
Es semblante importante
Fresco lleno de brisa
Flor llena de rocío
O, ¿es flor que crece?
O, ¿es flor tierna?
Ah, Jesús
[Cayetano: "Es tan fresco y tan importante cuando está en su casa."]

Es flor de agua fresca

Es flor de agua tierna

Es flor fresca, es flor tierna

Porque hay flores limpias donde voy Porque hay agua limpia donde voy

[Cayetano: "Aquí sucede lo mismo."]

Flor que es limpia, agua que es limpia

Flor fresca, flor que se eleva

[Indescifrable]

Me llaman la fresca

Me llaman la que crece

Porque no hay viento

[Indescifrable]

Porque no hay basura

Porque no hay polvo

Porque no hay remolinos de polvo en el espacio Porque no hay solar[22] en el espacio

Ése es el trabajo de mis santos

Ése es el trabajo de mis santas

Es Jesucristo

Es Jesucristo

Es Jesucristo

Es Jesucristo

Es santo, es santa

Es santo, es santa

Es espíritu, es espíritu

Es luz, es rocío, es brisa

Es fresco

Es Jesucristo, es Jesucristo, es Jesucristo

Porque no hay dolor

Porque no hay tristeza

Porque no hay guerra

Porque no hay coraje

No hay nada salado
No hay mentiras
Porque con sólo “eso” vivimos
Con “eso” nos iluminamos
“Eso” que estamos levantando
Que estamos elevando
Hombre de lucha
Hombre de virtud
Hombre que truena
Hombre que es arrancado
Hombre cacao
Hombre dinero
Hombre pájaro
¡Dame!
Pájaro fresco
Pájaro tierno
Hombre sagrado
Hombre importante
Como todos los santos
Como todas las santas
Señor de San Pedro
Señor de San Pablo
Pedro Mara[23]
Pedro Martín
Como todos los santos, todos los santos,
todas las santas
Cayetano García
¡Dame!
El camino de tus huellas, el camino de tus pies Tu camino de brisa, tu camino de rocío
Padre santísimo. Así como todos los santos
Así como todas las santas

Sinen nombre del hijo del Espíritu Santo

Así como todos los santos, así como todas las santas

¡Dame…!

[Se interrumpe y pregunta María Sabina a Cayetano:

—¿Ya se durmieron las personitas? (refiriéndose posiblemente a Wasson y acompañantes.)

Cayetano: "¿Qué?"

—¿Ya se durmieron las personitas?

Cayetano: "No. Aún están despiertos."

—Ah, están despiertos —continúa cantando.]

Como todos los santos…

[Cayetano pregunta en español a los visitantes:

"Ustedes están despiertos ¿verdad?" Alguien le contesta: "Sí. Cómo no".

Cayetano: "¿Y el otro?" Se oyen voces mezcladas con el canto de María Sabina.]

Así como todos los santos, así como toda las santas

Dame padre [indescifrable]

¡Dame! [indescifrable]

Así como todos los santos, así como todas las santas Así como todos los santos, así como todas las santas Todos los santos y todas las santas

¡Dame!

Prepararé trece águilas dueñas

Prepararé trece tlacuaches dueños

Prepararé trece [indescifrable] dueños

Prepararé trece señores San Pedro

Señores San Pablo Pedro Mara

Pedro Martínez

¿Cómo le hizo la Santísima Trinidad?

Caidá caidá [palabras indescifrables]

Camino hecho para el cura

Camino hecho para las criaturas

Camino hecho para el Espíritu Santo

¡Dame!

Porque ya le hemos puesto el camino

Porque ya le hemos arreglado

¿No somos limpios ante su conciencia?

¿No somos limpios ante su corazón?

Se han amacizado las montañas

Se han amacizado las laderas

Porque ya te miré, ya te toqué

En el cielo, en tu mundo

Por eso vamos al camino de tus huellas

Camino de tus manos

Cristo. Tú, padre

Cuán limpio y total madre pastora

Madre labradora madre rica

Madre que pare, madre que se pone en pie

Madre tierna, madre fresca

Madre patrona, madre Concesa, madre patrona

Jesús

Nuestra muñeca agua de la plaza

Nuestra muñeca agua, nuestra Virgen que está en la tierra Mujer Xacama, mujer Naxacama[24]

Mujer Xindijin, mujer Naxindijin[25]

¿Dónde ha caído? ¿Dónde ha nacido?

Mujer de rocío

¿Dónde ha nacido una monja?, dice

Ha nacido el obispo bueno y limpio, dice Ha nacido el cura bueno y limpio, dice

Y allí donde está el agua sagrada[2] limpia, dice Padre santísimo

es así como vamos a entregar y así es como vamos a entregar Un sueño y un… [indescifrable]

¡Dame!

[Cayetano: "Que de una vez se quite todo…"]

In nombre ndi hijo ndi spíritu santo

Dame, dice

Que se quite, dice

La enfermedad, dice

El solar, dice

[Indescifrable]

El polvo, dice, el remolino de polvo, dice

El ventarrón, dice

Padre santísima, dice

Ven, dice

Ven santo, dice

Ven santa, dice

Ven señor de San Pedro, dice

Ven señor de San Pablo, dice

Vengan trece águilas dueñas, dice

Vengan trece águilas sagradas, dice

Vengan trece remolinos dueños, dice

Remolinos sagrados, dice

Vengan trece [indescifrable]

Vengan trece [indescifrable]

Porque están mis trece mujeres que saltan hacia el fondo del agua Porque están mis trece mujeres que saltan hacia el fondo de lo sagrado Padre

Porque tenemos trece niños tiernos que caminan en el fondo acuático Porque tenemos trece niños tiernos que caminan en el fondo de lo sagrado Padre la santísima

Como todos los santos, como todas las santas

Dame, dice

¿Cómo le hizo el santo sabio en medicina?

¿Cómo le hizo el santo sabio en hierbas?

Padre la santísima

Y fuiste medicina y fuiste hierba

Eres el curaenfermedades

Eres niños que crecen

Porque hemos podido sanar

Porque hemos podido enyerbar

No es resentimiento, no es discordia

No es guerra, no es rencor

Camino de lucha

Camino de bondad

Camino de trabajo

Así como todos los santos, así como todas las santas Porque así hizo el padre labrador, el padre rico Padre labrador, padre rico

Porque en el principio me incliné ante él

Porque en el principio me incliné hasta el suelo[27]

Había flores medicinales, flores con hojas

donde yo me incliné, donde yo me incliné

hasta el suelo…

So so so so so so so soooooooo

So so so so so so ¡Lo que es limpio, va!

[Cayetano: "Jum…"]

So so so so soooo

Ki so so so sooo

Na na na na na naiiii

Na na na na naiiii

Ki ki ki ki ko ki ki

Ko ko ka ko koi ki ki kikikikiki

Kikikristo

siambre siambre

Siam siam siam siam siam

siam siam siam siam

siam siam pre siam siam siam

siam siambre siam siam siam

siam siam siam siam siam siam

siambre

ai ai ai kina mamaiii

Ki ki ki ki

na ma ma ma maiii

na na na nai ki sosososo soso soiii

[Cayetano silba levemente la música del canto de María Sabina.]

Es la inguitación[28] que está bien la que pedimos Es la inguitación que madura, que es de la tierra Que es planta cultivable, que es raíz, que es retoño Que crece, que es pequeño y que es niño

La inguitación que está bien

Y el libro de mi Lenguaje

Que estás allá, en el cielo

Que está bien

Lo que está bien

Lo que ponemos en la boca

Lo que preguntamos, madre pastora

Tú madre pastora, madre de brisa, madre de rocío Madre de leche, madre con pechos

Madre labradora, madre rica

Madre que pare, madre que se pone en pie

Kristo

Tú eres el padre, padre. Jesucristo

Padre de sombra, padre de claridad eres tú

Padre de luz, padre día eres tú

Que estás encima, que estás encima

que puedes estar sobre la virtud Porque puedo hablar

Lo que llevan tus huellas

Lo que llevan tus manos

Lo que es medicina [indescifrable por ruidos de alguien que escupe]

Lo que es medicina

Es el trabajo de mi carrizo de brisa, de mi carrizo de rocío Mis niños pequeños, mis niños que bailan

mis niños no maduros

Padre santísima

Tú padre y tú madre que estás en el cielo

Y tú Cristo, y tú padre

Porque lo voy a medicinar

Porque lo voy a enyerbar

Porque es el trabajo de mis niños que crecen

de mis niños no maduros

Porque es el trabajo de mi carrizo de brisa

de mi carrizo de rocío

Porque es el trabajo de mi chupador dueño

de mi chupador sagrado

Porque es el trabajo de mi chuparrosa

Porque es el trabajo de mi chuparrosa Porque es el trabajo de mi chupador

Chupador dueño, chupador sagrado

Porque está arreglada mi aguja de medicina[2]

mi aguja de hierba

Hoja que crece, hoja fresca

Hoja de medicina, hoja [indescifrable]

Porque traigo a mis trece médicos de debajo del agua Porque traigo a mis trece médicos de debajo de lo sagrado Niños que truenan, niños que son arrancados

Padre la santísima

Tú eres el santo y tú eres la santa

Ah, Jesucristo. Tú eres el santo

Mujer que mira, que carga

Mujer luz, mujer día

Como todos los santos, como todas las santas

Padre la santísima, madre patrona, madre Concesa Dame, dice

Y estás fuerte y estás grandioso, dice

¡Dame!

Mujer brisa, mujer rocío, dice

Nuestra muñeca [indescifrable]

Como todos los santos [otras palabras indescifrables]

[Otras palabras confundidas con los ladridos de un perro]

Nuestra muñeca madre Ususná

Como todos los días, como todo lo que es rocío El señor de San Mateo, dice
¡Ha salido el papel! ¡Ha salido el libro!, dice Dame, dice
Todos los santos, todas las santas, dice
Con santo, solamente con santo, dice
Todos los santos, todas las santas, dice
Que hablamos humildemente
Que hablamos nada más
¡Dame!
Hablamos bajo la sombra
Hablamos… [indescifrable]
Hablamos tierno
Hablamos fresco
Hablamos creciendo
[Más ladridos de perro]
Hablamos humildemente
Hablamos sin ser maduros
Hablamos con frío
hablamos con claridad
Porque hay Lenguaje
Porque hay [indescifrable]
Porque hay saliva
Porque el Lenguaje es medicina
Porque es medicina fuerte, dice
Saliva limpia, saliva bien hecha
Luz que vive, luz que carga, dice
Luz de brisa, luz de rocío, dice
Padre la santísima
Dio de hijo dio de spíritu santo
Señor de San Pedro señor de San Pablo
Pedro Mara Pedro Martínez, dice
¡Y dice pues…! [Le dice a Cayetano]

[Cayetano: "Sí. Así es."]

Tu carrizo frío, tu carrizo claro, padre

tu carrizo de luz, tu carrizo día, padre

O, ¿acaso no eres la criatura que se ha inclinado, que se ha inclinado hasta el suelo con humildad?

¿No te posaste cerca de la flor, no te inclinaste, no te inclinaste hasta el suelo?

[Palabras indescifrables]

Que te has acostado, que te has acostado con humildad Tú eres padre. Tú Cristo. Tú eres Señor San Pedro Nuestro Ustandí debajo de agua. Nuestro Ustandí debajo de lo sagrado Nuestro San Pedro, nuestro San Pablo

Es nuestra lucha, padre

Es nuestra virtud, Cristo [lo que obtenemos]

Es tu sangre, la que nos debes dar, padre

Dame, tu corazón todo

Es tu Lenguaje Cristo [lo que quiero]

Es tu saliva, padre

Tú que estás en el cielo

[Cayetano: "Trabaja, trabaja. Pierde cuidado que estamos para…" Se escuchan ladridos de perros.]

Porque vamos al camino de tus huellas

Porque vamos al camino de tus pies **María Sabina inicia un canto que, de acuerdo con la sensibilidad mazateca, es un canto triste en el que llama Ustandí (palabra sin significado mazateco) a San Pedro:**

Nuestro Ustandí debajo del agua

Nuestro Ustandí debajo de lo sagrado

Nuestro señor San Pedro, nuestro señor San Pablo Es nuestro esfuerzo, padre

Es nuestra virtud, Cristo

Tu sangre entréganos, padre

Tu corazón entréganos

Porque es tu palabra

Porque es tu saliva

Tú, que estás en el cielo

Porque voy al camino de tus huellas

Porque voy al camino de tus pies

Porque vengo con mi mujer San Pedro

Porque vengo con mi hombre San Pedro

Porque tengo aquí tu pájaro limpio [chuparrosa]

Tu pájaro fresco

Porque está el obispo bueno y limpio Porque está el papel, está el Libro

Porque soy conocida en el cielo

Porque me conoce Dios

Jesucristo

Es cosa tierna, es cosa fresca

Es cosa del sentarse

Es cosa del pararse

Es cosa suave, es cosa tierna

Todo esto es por lo que yo pregunto

—Ahora sí, gracias… [Cayetano dice estas palabras con una expresión de satisfacción.]

María Sabina se limita ahora a cantar suavemente, en momentos susurra, pero sin perder el ritmo habitual de sus cantos. Repite una y otra vez

“Santo-Santa”.

Al comentar esta “banda”, la sabia refiere que pierde la palabra, durante la velada, cuando presiente que una persona extraña, tal vez un vecino, llega hasta la puerta de la casa en que ella se desvela: “es por eso —afirma— que no puedo hablar más. Atraídos por el rumor, los vecinos se acercan a la casa para escuchar el canto para saber si el sabio los nombra alguna vez. Las personas vecinas piensan que se hace una velada para hacerles una maldad, mas yo nunca hago esto…”

Continúa el mismo canto de la banda anterior y ahora Cayetano la sigue con silbidos suaves. María Sabina introduce dos nuevos nombres: “Tú eres

el Santo Niño de Atocha” y “Madre Natividad”.

En esta banda se escucha:

Tú santo, tú Cristo

Tú eres el Santo Niño de Atocha

Tú San Isidro

Padre labrador, padre rico

Padre fresco, padre tierno

Santo, santa, santo

Todavía hay santos, todavía hay santas

Tú eres mujer luna

Mujer estrella grande, mujer estrella cruz

Mujer estrella Dios

[y repite]

Tú eres Luna

Tú eres mujer estrella grande

Mujer estrella Dios

Mujer estrella cruz

Madre Guadalupe, madre Concesa

Madre patrona, madre Natividad

Madre Concepción…

Soy mujer águila dueña, dice

Soy mujer tlacuache dueña, dice

Soy mujer que examina, dice

Es Jesucristo, dice

Soy mujer limpia, dice

Mujer que truena, dice

Mujer que es arrancada, dice

Soy mujer Ustandí debajo de agua, dice

Soy mujer Ustandí debajo de lo sagrado, dice

Soy mujer aerolito, dice

Soy mujer Labó… dice [?]

[La banda termina con esta conversación:]

—¿Ya ves? [María Sabina]

— ¡Sí…! [Cayetano]

—¿No es así? [María Sabina]

—Sí, es así… [Cayetano]

[Un breve silencio, después María Sabina termina diciendo:]

—¿Qué dificultad hay para hacer esto?

1Agregamos la traducción de los cantos chamánicos de María Sabina grabados durante la velada de 1957 por R. Gordon Wasson.

Originalmente, las misioneras protestantes Eunice V. Pike y Sarah C.

Gudschinsky, estadunidenses, hicieron la traducción (del mazateco al inglés) que acompaña a la grabación. Desafortunadamente, el trabajo presenta lagunas y confusiones; sin embargo, alcanza a dar al lector una idea aproximada del lenguaje chamánico.

Con la autorización de Mr. R. G. Wasson hemos hecho la traducción de estos cantos auxiliados por la propia María Sabina. Cuando tuve problemas de interpretación de palabras antiguas del mazateco, poco corrientes en lo actual, fueron valiosísimas las observaciones de Salvador Terán y Fortunata García (hija del señor Cayetano), quienes diligentemente aportaron, además, su conocimiento profundo de las palabras secretas de los chamanes.

La presente grabación está integrada por un total de 17 bandas en las que se reflejan las diferentes fases (desde el canto lamentoso hasta el lenguaje de éxtasis) que la chamana adquiere en las horas del trance.

Esta edición de Folkways Records viene a ser el primer intento de R. G. Wasson para dar a conocer los cantos de María Sabina.

2Un instrumento musical.

3Otro nombre que María Sabina da a San Pedro.

4Ritmo.

5Sentarse y pararse, movimientos significativos de quien tiene vida.

6Ausculta.

7Jesús.

8Supuesto nombre de santa.

9Supuesto nombre de santa.

10 María Sabina dice que es la Virgen del pueblo de Mazatlán.

11 Otatitlán, Oaxaca.

12 Señor de Otatitlán, Oaxaca.

13 Todos los santos.

14 Jesús.

15 Sin que sea pagado.

16 Signos de articulación.

17 Santo Jesús.

18 Adonde llego.

19 Es la verdad.

20 Estrella de la mañana.

21 No maduro.

22 Solar: terreno en que se edifica y en que se forma el polvo.

23 Los nombre son compuestos por María Sabina en el trance.

24 Xacama y Naxacama son nombres de parajes.

25 Xindijin y Naxindijin son nombres de parajes.

26 Agua sagrada es el mar.

27 Es señal de humillación.

28 ¿Bendición?

29 Inyección.

Cantos chamánicos de Román Estrada Hierba medicina, hierba remedio
Hierba fría, Cristo señor
Liberemos a esta persona
de su enfermedad
¿Dónde está atrapado su espíritu?
¿Está atrapado en la montaña?
¿Está encantado en algún arroyo?
¿Está atrapado en alguna cascada?
Buscaré y encontraré al espíritu perdido
¡Ave María Santísima!
Seguiré sus huellas
Soy el hombre importante
Soy el hombre madrugador
Soy quien hace sonar las montañas Soy quien hace sonar sus laderas
Soy quien hace sonar el espíritu
Soy el que hago sonar mis huellas
Soy el que hago sonar mis uñas
Cristo nuestro señor
Está el señor San Martín
Está el señor del árbol seco
Está el señor de la laguna
Santa María Zoquiapan

Soy el amanecer
Soy quien habla con las montañas
Soy quien habla con el eco
Allí entre la atmósfera
Allí entre la flora
Haré sentir mi sonido
Padre San Juan Evangelista
Miremos cómo las muñecas y las águilas
Ya juegan en el aire
Ya juegan sobre las montañas
Ya juegan entre las nubes
No hará daño quien nos maldice
Porque soy el espíritu y la imagen
Soy Cristo señor
Soy el espíritu
Está la serpiente
Está enrollada
Está viva
Yo alivio
Yo doy la vida
Soy el altivo y guapo
Soy Jesucristo
Soy el señor San Martín
Soy el señor San Marcos
En cuyos dominios hay tigres
Sobre nosotros no hay influencia
del que maldice
Yo doy fuerza al enfermo
Soy la medicina
Soy la hierba húmeda
Regresa espíritu perdido

Silbaré para guiarte

[silba]

¡Vuelve!

Que contigo vengan:

Trece venados

Trece águilas

Trece caballos blancos

Trece arco iris

A tu paso mueve trece montañas

Te llama el payaso grande

Te llama el payaso maestro

Sonaré las montañas

Sonaré sus abismos

Sonaré la aurora

Sonaré el día

Sonaré el cerro cántaro

Sonaré el cerro rabón

Sonaré el cerro de piedra

Sonaré el cerro padre

Soy el hombre grande

El hombre alivio

El hombre día

Es tiempo de que el enfermo se recupere

Es tiempo de que suceda el milagro

El milagro de la Santísima Trinidad

Así como el milagro de la creación

Como el milagro de la luz lunar

Como el milagro de la luz de la estrella

De la estrella de la mañana

De la estrella cruz

Ya viene la aurora

Ya enrojece el horizonte

Nada malo hay afuera

Porque soy el que da el alivio

Soy quien da el amanecer

Habla Santa María Ixtepec

Habla Santa María Ixcatlán

Allí está la sequía y la espina

Desde luego, ésta es una fracción del largo canto del sabio, quien nos ha

narrado que el día que dejó de ser iniciado —Román habla español al explicar esto —, recibió un Diploma de manos de los Seres Principales.

(Román murió el 5 de agosto de 1986. Cartomanciano, mago y excelente cazador, en sus veladas imitaba a una jauría tras la presa, regularmente un venado.)



Figura 13. María Sabina junto a un maguey, en la Ciudad de México. Fotografía de Álvaro Estrada.

Document Outline

- Cover Page
- Portada
- Título
- Derechos de autor
- Índice
- De la alucinación a la visión enteogénica
- Breve correspondencia entre Álvaro Estrada y Albert Hofmann
- Presentación
- Introducción
- Vida de María Sabina
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII
- IX
- X
- XI
- XII
- XIII
- XIV
- XV
- XVI
- XVII
- XVIII
- XIX

- XX
- XXI
- Epílogo
- Cantos chamánicos de María Sabina
- Cantos chamánicos de Román Estrada